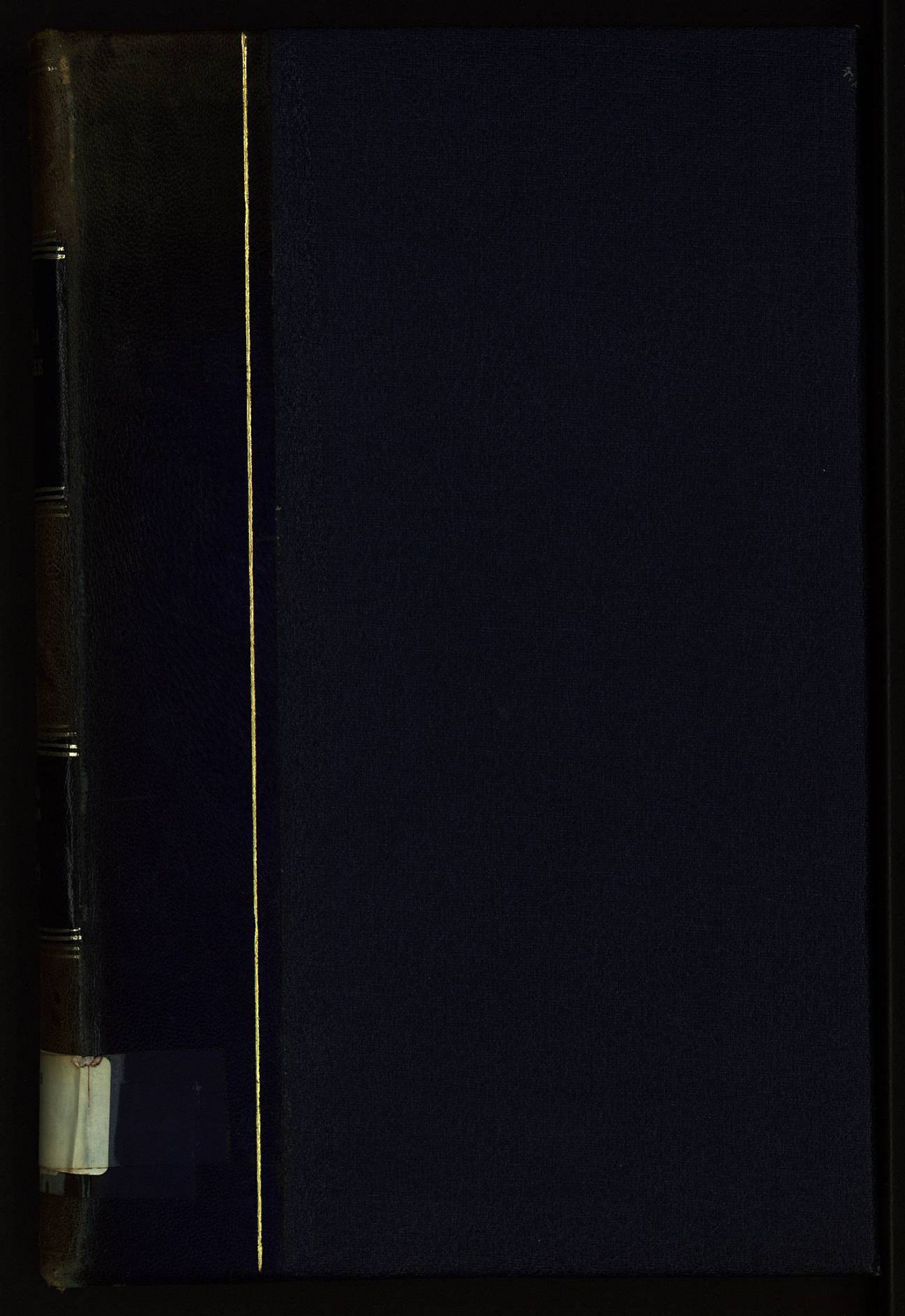

EN
TIERRA
YANKEE

JUSTO
SIERRA

1895

E168
S58

1020000737

CAPILLA ALFONSINA
UANL

103161

EN TIERRA YANKEE

JUSTO SIERRA

EN TIERRA YANKEE

(NOTAS Á TODO VAPOR)

1895

MÉXICO

TIPOGRAFIA DE LA OFICINA IMPRESORA DEL TIMBRE

PALACIO NACIONAL

1898

FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

E168
S58

Asegurada la propiedad literaria, con arreglo á la ley

CAPILLA ALFONSINA
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

AL SEÑOR

DON PEDRO G. MENDEZ

DEDICA ESTE LIBRO. POR CARIÑO Y GRATITUD,

SU SOBRINO,

J. Sierra.

DE BUENAVISTA AL BRAVO

Aun tenía en la boca lo amargo del matinal adiós dejado entre besos en el lloroso hogar; procurando disimular el estado de esta mi alma cobarde é inquieta ante toda perspectiva de movimiento material (así me la legaron dos ó tres generaciones de sedentarios y lectores), decía á los amigos (muy pocos, por cierto, pero muy buenos y muy míos): «No voy á ver los Estados Unidos, voy á *entreverlos;* puede ser que me atreva alguna vez á interrogar á las cosas, pero nunca á los hombres. Y no es mala mi razón; si creo poder traducir el inglés, no creo poder hablarlo y estoy seguro de no entenderlo; permaneceré, pues, incomunicado de antemano con la sociedad al través de la cual pasaré á todo escape como un sordomudo. Esto puede tener sus encantos; mas deben de ser mayores sus inconvenientes. . . . Por ahora, invitado por un hombre noble y generoso, que, más que un hermano de mi madre, ha sido para mí un paternal amigo, voy *á formarme una idea*, como dicen, de la grandeza en *crescendo* prodigioso que, desde niño, soñaba ver. . . .»

CAPILLA ALFONSINA
UANL

*

Y mientras pensaba estas cosas y otras, había pasado de los brazos de mis amigos á los muelles y calientes cojines del *Pullman*, y el tren devoraba kilómetros al ritmo presuroso de sus enormes herraduras metálicas que golpeaban á compás el acero de la vía. Por mi ventanilla abierta veía distraídamente un vulgar cielo de zafir maculado de nubes blancotas con vientre gris que despuntaban la serranía azulosa del anfiteatro del fondo; más acá, la ondulación verde amarillenta de los collados estériles y secos; aquí cerca, los nopales formados en batalla, ofreciendo al caminante, en gruesos platos de espinas, las esponjas de agua azucarada y fresca de sus tunas blanquizcas; de cuando en cuando los chopos y los mezquites cortaban con una mancha sombría aquel paisaje de desierto que salpicaban con sus pirámides de púas algunos centenares de magueyes. Aquello me parecía triste y feo; no eran una nota alegre los caseríos que, de tiempo en tiempo, agrupaban sus techos rojizos junto á los surcos barrancosos de riachuelos invisibles. Todas esas tintas se fundían en mi retina en una impresión monócroma; los indios que surgían de repente en las orillas de los secos y abortados maizales, tenían color de paisaje. Y, sin embargo, acabé por sentir algo de dulce y musical en aquella tonalidad fría y melancólica; los hilos del telégrafo, rígidos y en fuga perpetua, pautaban esa música sin notas. . . .

Y seguía el galope metálico del tren, al que mis compañeros de viaje y yo, acomodábamos versos capaces de poner los pelos de punta á las academias de la lengua en ambos mundos; ya nos acercábamos á las ventrudas colinas que con sus perfiles bajos cortaban el horizonte, ya las veíamos huir y dispersarse momentáneamente, mudándose de golpe la decoración, formada ahora por una amplísima superposición de lejanías, circuida por las curvas incesantemente rotas de las montañas azules. . . . ¡Un río! ¿de agua, de tierra? De piedra probablemente, porque yo no ví más que bloques y guijarros.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L.

*

¡Ah! infeliz de aquel que emprenda este viaje atenido á las *latas* de carne salada y de frijoles blancos del *buffet;* morirá de fastidio y de inopia; porque aquellos manjares son de una cruel monotonía y porque media libra de ternera conservada cuesta tanto como una vaca lechera. La amable previsión de las señoras, nuestras compañeras de viaje, nos libró de este fin dramático y prosáico, y ante las cestas y paquetes de tentadoras provisiones, pronto tomados por asalto, y saboreando un Oporto suave al paladar y al espíritu, miraba al soslayo y con profunda lástima el tapiz verde cendrado de los lomeríos, los grandes y caprichosos florones negros que estampaban en él las nubes, los surcos obscuros de los linderos, las repentinas pirámides elegantes de las montañas, las casucas ladrillosas por encima y por abajo inícuamente pardas, y me estremecía con la pasiva compasión de un sibarita, mientras sorbiendo una taza de café ideal, veía cerca de una estación un caballo más seco y pedregoso que la tierra que pisaba y el zacate de palo que comía filosóficamente. . . . El que se conforma es un animal, el que se resigna es un filósofo; este caballo era ambas cosas.

*

No, yo no pretendo hacer una «guía de paisajes para los viajeros del Ferrocarril Central;» á otros esa gloria; yo de vez en cuando levanto los ojos del libro en que leo soñolientamente (¡oh irreverencia!) los tercetos del Dante ó los diálogos y escenas absurdas de una novela del papá Dumas que no había leído nunca, *La San Felice*, y veo por mi ventanilla. Sucede alguna ocasión, que tomo mi cuaderno de viaje y apunto, en caracteres indescifrables y trepidantes, una que otra notita. . . . Mi biblioteca de camino se compone de un tomo en que está toda la *Divina Comedia* y cuatro tomos ó cinco de novelas de Dumas. ¿Tienen éstas mérito literario? me preguntaba. Francamente creo que no; pero al través de su estilo y de sus pinturas de brocha gorda, algunas

veces ingenuas y vivaces, vemos esa gran fotografía vieja, descolorida y deliciosa que se llama la juventud, la primavera para siempre ida. . . . Y en los renglones de la novela de Dumas me parecía que paraban las golondrinas que no vuelven y asomaban entre ellos sus delicadas cabecitas rubias las flores que no resucitan, y. . . .

La piel de las montañas, rugosa y gris como la de los elefantes, se tigrea con frecuencia con las sombras rápidas de las nubes; la sierra que está á mi vista, chata y trivial, baja por ambos lados de la vía. Entre los picos basálticos, leprosos acá y allá de vegetación sedienta y triste, se abren brechas enormes que se llevan nuestra mirada hacia amplísimas graderías de planicies, entre las que espejea á trechos el agua cenagosa de las presas. Al Norte, bañándose erguido y fiero en el azul lácteo de la atmósfera, se destaca el *Peñón de Bernal;* me recuerda á la pirámide de Saquarah, que no he visto; no importa, me la recuerda, es su amplificación máxima.

*

San Juan del Río es esto: unas torres, después otras torres; siguiéndolas aquí, rodeándolas allá, los cubos blanquecinos ó pintarrajeados de las casas ceñidas de árboles, perdidas alguna vez entre ellos. No deja de ser gracioso el aspecto. . . . ya pasó, ya se perdió. Solo es cierta la luz cruda y flava del sol, que extrae, por miriadas de intangibles cánulas de oro, todo el jugo de la tierra que queda exangüe y muerta. Las nubes, en el mar ofuscante que brilla sobre nuestras cabezas, se arman como flotas de piratas medioevales en las ensenadas del horizonte, y desplegando las inmensas alas membranosas, vogan en el aire cerúleo, seguidas de enjambres de peces vaporosos de formas insoñadas.

Ábrese á nuestra vista un circo de tierra, cuyas gradas están alfombradas de vegetación; en el último término los altísimos conos empenachados de humo de la fábrica de Hércules. Desfilamos á todo vapor entre grupos de árboles verdes y lustrosos, y por instantes se eriza la perspectiva de campanarios de todos

los tamaños, pero de un solo tono. Pasamos por un claro de un magnífico acueducto, muy alto, muy sencillo, de espacios majestuosos, entre los cuales se recortan en marcos ovalados los montañosos horizontes; dos minutos después de haber pasado bajo ese arco triunfal, el tren se detiene trabajosamente entre una multitud gárrula que ofrece en tumulto ópalos, verdosos como los ojos de las muchachas de San Juan del Río, y el delicioso pan azucarado y fino de los camotes de Apaseo.

*

¡Tantos recuerdos tiene para mí Querétaro! ¡He pasado ahí tantas horas angustiosas! He vivido ahí, enfermo en una casa hospitalaria, tantos días que me parecían siglos, que no podía mirar, sin conmoverme, el panorama efímero de la ciudad; es casi lo único que de ella conozco, á pesar de haber sido su huésped. Séame dado contar alguna vez los episodios de mi vida, solo interesantes cuando están ligados á los del gran drama que los hombres de mi generación han presenciado y en algunas de cuyas escenas he sido actor de quinto orden, si de casi todas espectador atento y apasionado. Entonces diré lo que nosotros sentimos y supimos y creímos del movimiento que se llamó *decembrista*, tan calumniado y ridiculizado *porque no triunfó*. Esas memorias serán estimadas acaso, porque serán sinceras, aunque me martirice hacer pasar el jugo de mi corazón á mi espíritu y teñirlo de negro en la punta de mi pluma. . . .

Contaba á mis compañeros de viaje, con motivo de mis recuerdos de Querétaro, que ya se esfumaba y desvanecía en las lejanías vesperales, un hecho singular del orden psíquico que mis lectores tendrán que creer, porque lo afirmo bajo mi palabra de honor.

Habíamos recibido instrucciones para reunirnos con el Sr. Iglesias que nos esperaba en Salamanca, y partimos por grupos rumbo á Querétaro. En el primer grupo íbamos el general Angulo, Franz Cosmes, Lauro Arizcorreta, mi hermano Santiago, que no se separaba ni se ha separado de mí, y yo. Esperaban en la puerta de la Casa de Diligencias de Querétaro el coronel Ban-

dala y otras personas, al General Cervantes que no llegó hasta el día siguiente. Tomábamos nuestros cuartos en el hotel, cuando un oficial, compañero nuestro también, nos dijo que estábamos descubiertos, que íbamos á ser aprehendidos, que el coronel B. había telegrafiado al general Escobedo, etc., etc. Inmediatamente salimos todos del hotel, y José García, hermano de Telesforo, que residía con su familia en Querétaro, y yo, nos dirigimos á su casa. Estábamos cenando cuando se presentó el Administrador de la casa de diligencias, que hoy ocupa una excelente posición financiera en Chihuahua, y luego los otros compañeros: la alarma era infundada, no había la menor señal de que vigilaran el hotel, el comandante militar se había ido á dormir, he aquí los informes que todos llevaban. Quedó convenido, sin embargo, que yo permanecería en la casa de mi amigo García, y á buena hora tomaría la Diligencia en una calle cercana al hotel. Los demás volvieron á su alojamiento acompañados del Administrador, y, poco después, descansaba yo, en una excelente cama, de las caricias del carruaje que precedió á los *Pullman–cars* en las sierras del Anáhuac.

Soñé que el hotel de Diligencias había sido invadido por la tropa, que se me buscaba para aprehenderme, que Angulo y los otros compañeros habían tenido que huir por las azoteas, y que se trataba de inquirir en dónde estaba yo; lo ví todo con sus detalles y sus incidentes cómicos y dramáticos. . . . Desperté sobresaltado; me incorporé rápidamente, y todavía no volvía mi corazón á su ritmo normal, cuando ya estaba lavado, vestido, listo; metía yo en su funda, unida á mi cinturon, un magnífico revólver (que me sacó después de un grave apuro. . . . de dinero, en los días de inopia que sobrevinieron) cuando oí, en la puerta del zaguán, los tres golpes que con el Administrador habíamos convenido en caso urgentísimo. García vino azorado á mi pieza: «vístase en el acto y vámonos, le dije, no hay tiempo que perder.» Un minuto después, el Administrador nos refería todo lo que yo había soñado; á las pocas horas le refería yo el caso al General Antillón en Celaya.

*

Á través de los árboles se columbra un gran velo gris perla, dulcemente tornasolado de oro; á veces se pliega y se riza con joyanteos de seda; enfrente las nubes inmóviles; debajo de un dosel azul *flecado* de púrpura, el globo rojo del sol cuelga tangente por su extremo inferior á un mar crespo de espumas de fuego. Después, el sol naufraga, la luz se ahoga con palideces divinas, como en un espasmo de placer, todo toma el azul negro de la cianosis, y muere el día asfixiado. La noche, entrevista por la ventanilla de mi camarote, tiene color de sueño. . . . Pasan las horas; de repente pára el tren; rumor de gentes que entran y salen; el negro que pasa, un camarote que se abre con ruido de cadenas y de anillos de cortinajes, después unos gritos lamentables afuera. ¿Qué grita ese hombre, Dios mío? Pide auxilio sin duda! Algún crimen! Dice *¡una toalla! ¡una toalla!*—Vendía toallas aquel energúmeno. Desfiló ante nosotros una estación. Era Aguascalientes.

Ondulaciones de montañas anegadas en sombra á lo lejos, tierras que parecen muertas aquí cerca, ese era mi espectáculo incesante por la doble vidriera de mi camarote. Un vago vislumbre me permitió ir poco á poco viendo mejor. En el gris amarillento del suelo resaltaban mechones de yerba corta y verde; el perfil de las montañas se aclaró y el cielo fué una infinita cúpula de amatista; bandas de nubes negras desplegaban sus alas inmóviles sobre los bordes del Oriente; bajo ellas el cielo azul toma una tinta verde levemente franjada de amarillo de girasol. Súbitamente toda la parte baja de las nubes se enciende en gloria de luz, todo el nublado se ensangrienta; en el suelo un gran lampo de oro. Aquello fué un relámpago, como si allá abajo, en lo invisible, se hubiese abierto y cerrado una boca del mar de claridad y hubiese reflejado en el espacio un enorme y fugaz escardillo. Las nubes tornan á su azul plomizo; pero el horizonte es de cristal ígneo y transparente y el domo celeste es un zafiro. Surge de golpe el sol, sin transición, sin permitir buscar una

metáfora, surge como una sorpresa; es exactamente como un ojo que despierta, como una pupila repentinamente abierta y que todo lo viese de golpe. Pronto las fajas obscuras de las nubes lo deforman, lo cortan, lo ocultan luego. Y tal es la *mise en scène* de una aurora en Zacatecas.

*

Seguimos á todo escape hacia las regiones inhabitadas, seguimos bajo un cielo color de plata viva, por un suelo que se levanta hacia nosotros, se disuelve en átomos infinitos y nos envuelve y nos engulle en su silencioso huracán de polvo. La yerba entrevista no tiene savia, sino tierra en las venas; aquí y allí algunas chozas de adobes claros indican la presencia del hombre que ha hecho más desolada la esterilidad en torno suyo. Las cercas de piedras blancas, colocadas prehistóricamente, parecen más bien denunciar un antiguo *paraje* chichimeca, que una aldehuela en nuestro siglo. Pero nuestro siglo está ahí presente en forma de telégrafo, cuyas altísimas cruces grises, unidas por las fibras metálicas, parece que huyen á grandes zancadas kilométricas hasta el confín del desierto; nuestro siglo va y viene con el tren de vapor. . . . . Alguna vez en esta tierra que jamás ha bebido agua, el agua vendrá del pozo, de la presa, del oasis, y con solo eso podrá una nación acampar cómodamente en estas soledades y abonar con su guano estos páramos. . . . Lo triste y lo encantador en nuestro país, son estos contrastes de civilización refinada y de incultura absoluta, de climas que se atropellan en una escalinata de montañas, de ciudades y soledades, de desiertos muertos de sed que se puedan contemplar paladeando un vaso de limonada fría y deliciosa. Dos cerros al Poniente nos ven desfilar, á pocos minutos de distancia de las tribus que vinieron á poblar el Anáhuac, á pocos segundos de las hordas de apaches que surcaban estas extensiones incoloras; porque unos cuantos centenares de años, ¿qué pueden ser sino un día para estos inconmovibles? Son dos conos severos, correctos, inmensos, bajo sus fundas grises.

Camacho.— Huímos del desierto que no nos dejará escapar; sigue, nos sigue con su color urinoso, el de esta inacabable tierra sin cesar entrevista bajo los eternos matorrales de huizache, un árbol impotente para llegar á serlo; las yerbas bajas son verdaderas esponjas de polvo. Rompen la alfombra gris grupos de cácteas que pegan al suelo sus paletas de un verde anémico, coronadas de tunas, como manos enfermas. Las dos cadenas de la sierra nos siguen desde lejos; al Poniente las cimas son trapezoidales, sin cúspides, caprichosamente truncadas por altísimas mesas, que recortan, en el azul crudo del cielo, sus prolongados perfiles horizontales; parecen los mausoleos de las humanidades prehistóricas muertas de sed.

Symon.—¡Oh ventura! la tierra está húmeda; grandes charcos de agua cerca de la vía indican que un copioso é inusitado aguacero proporcionó á la raquítica vegetación de estos contornos, la deliciosa sensación del agua, y grandes nubarrones elásticos que se divierten en imitar las formas de todos los monstruos de la fábula, prometen una segunda edición de lluvia para hoy.

¡Ojalá; esta sí que es agua bendita!

Jimulco.—Las montañas, viniendo del horizonte del desierto, se juntan, se *conectan*, como dicen los ferroviarios, con la vía misma que pasa por el cañón estrecho que entre ellas queda. Son curiosos estos vástagos de la Sierra Madre Oriental, al través de los que nos abrimos paso para lanzarnos á las estepas inmensas de Chihuahua y Coahuila. En primer término, colinas verdosas; más allá un enorme bloque de granito gris y rojo, muy característico, *muy bien*, parece un enorme aerolito lamido durante cien mil años por la atmósfera terrestre; luego la serranía que aleja tumultuosamente sus grupas redondas. Aquí abajo, los *izotes*, palmeros enanos de estos desiertos, yerguen por millares sus troncos secos y sus penachos de púas metálicas; se me antojan momias de caudillos apaches que erizan en el viento sus testas pomponadas de dardos.

Hornos, Jimulco, Torreón, pequeños oasis de estas sabanas: en Torreón, centro de cierta importancia que puja por parecer una aldea americana, á la sazón que tomaba una agua amarga, espumosa y fría que me costaba cuatro reales, y que, en suma, era tan detestable como todas las cervezas que adora Urbina, unos chiquitines harapientos, negros y graciosos, me rodearon pidiéndome centavos; eran gitanillos que venían de un campamento que se veía á cien varas de nosotros, como una mancha de grasa sucia. De repente se abrió paso entre ellos, resuelta y brava, una muchacha, apenas núbil, de color de tabaco, esbelta como una canéfora bajo sus andrajos azules, amarillos y rojos que cerraba sobre el pecho, bajo las sartas de coral, con una mano afilada y elegante, mientras tendía la otra hacia mí. Le dí una moneda blanca, y una risa de placer esmaltó, sobre sus dientes de marfil, el doble arco rojo de su boca sensual y grande, á la vez que sus ojos, inmensos y azules á fuerza de negros, se iluminaron como un relámpago nocturno. ¡Ah! si hubiera podido tener ahí á Izaguirre para que me *apuntase* con seis pinceladas francas aquella bayadera infantil!

Bifurcó nuestro camino en Torreón, á la entrada del Bolsón de Mapimí. Costeando la parte meridional de la cuenca del Nazas, nos lanzamos rumbo á la Sierra Madre Occidental, cortando diagonalmente el Estado de Coahuila. Reaparece el desierto; pero más vasto, más desolado, más incurable; en una vaga y esfumada lejanía de este nuevo imperio del polvo, las dos cordilleras bajas parecen hundirse, acotando una brecha titánica en el horizonte. Al fin la noche amortaja al polvo en su manto negro, y nos dormimos fatigados en los buenos carros del Internacional. Despertamos en Piedras Negras ó C. Porfirio Díaz.

*

Septiembre 30.

Eché una ojeada á la aurora; no valía nada, era una aurora de talco y oropel. El cielo no hacía caso del sol y estaba hulloso, bajo, cargado de humo y de agua. En las ondulaciones del terreno, un poco más densamente manchado por la vegetación, acampaban inmóviles largas líneas de wagones rojos. Detrás de la estación, entre árboles y jardinetes, se ven los perfiles de bonitas casas de madera. Acá y allá esbeltas chimeneas lanzan sin cesar humo negro.

El Bravo.—Aquí es un brazo de agua cenagosa, encajonado en una barranca vulgar, con un islote herbáceo en el centro. Pasamos sin emoción los linderos de la Patria; al parar del otro lado (Eagle Pass) oímos un repique en el campanario parroquial de C. Porfirio Díaz. La emoción vino entonces; aquello era muy lejano, muy melancólico, muy dulce; oíamos aquella voz con la garganta anudada por un sollozo; parecía que era la campana del hogar que nos decía adios. Hasta la vista, contestamos con el corazón, y caímos en manos de los aduaneros de la tierra clásica de la libertad. Eagle Pass es una bandera americana muy alta, una aduana y unos furgones de carbón.

DEL BRAVO AL MISSISSIPPI

Vamos andando, corriendo, volando ya. La fisonomía del paisaje no cambia en sus grandes líneas; pero aquí en los primeros términos varía rápidamente. Aquí la vegetación parece más copiosa, más grasa, de un verde mejor lavado que allá, aunque siempre chaparra. Rompen á trechos estas masas de colorido húmedo los cubos regulares de los caseríos color de ladrillo amarillento.

Uno que otro *ranger*, inmóvil sobre su caballo inquieto, con su *jarano* blando hecho en Chicago, sus botas rojizas á la federica y su cara seria de rubio abofeteado por el sol, ve pasar el tren en una encrucijada de árboles. Las casas pintorescas de madera menudean; primero se ven altas, coloradas y clareadas de ventanas, como manchas agradables que recortan el gris azul del cielo y alegran por abajo las masas verdosas de la arboleda; al cabo empiezan á ser monótonas, mas nunca es ésta como la desesperante monocromía de las cercas y las chozas de adobe, color de tierra muerta.

En el fondo, un esfume plomizo de montañas bajas; la mañana avanza y parece que el tren la deja atrás; vemos al pasar, las *sections* en que están divididos los condados texanos, sucederse casi sin interrupción.

Algunas de estas poblacioncillas son muy limpias; parecen vestidas de día de fiesta, y son como una especie de repique de colorido en un paisaje á dos ó tres tintas nada más. Los hotelillos regocijados, sus vastas tiendas de abarrotes (*grocerys*) arrancan de nuestros labios la consabida exclamación nacional: ¡qué bonito! De cuando en cuando un *city-hall*, un palacio municipal, como solemos decir, trivial, aislado, se yergue blanco y severo, flanqueado por techos negros de lámina, entre los que descuella en el centro, una torre pagódica pomposa y fuera de tono. . . .

Sigue la llanura aborregada de arboleda verde á *vista perdida;* los maizales tostados manchan aquella interminable tela de amarillo rural, pero no le quitan su visualidad.

San Antonio.—Aquí junto, del fresco *restaurant* para allá, dos ó tres millares de casas de madera con sus tejados blancos ó rojos. En cuanto se alinea el tren, se ven distribuirse, perpendicularmente á la vía, prolongadas avenidas entre masas iguales de construcciones altas, acotadas por rígidas vallas de postes telegráficos, por entre los cuales vienen y van continuamente, como enormes tortugas automáticas, los wagones eléctricos, armados de sus largas púas de fierro que buscan y pierden sin cesar el contacto con el alambre.

Tal es San Antonio á primera vista; á segunda vista percibimos varios lindos edificios de ladrillo; á tercera vista, San Antonio es una sopa de malva, un filete de cerdo, un *pudding* de cebada; á cuarta vista, un wagón que lleva este gran letrero *for whites*, para blancos: primer contacto con la democracia americana. Entramos en ese wagón en nuestra calidad de semiblancos. Una muchacha de trece años, un brote de aquel árbol inmenso cuya savia está hecha de leche y sangre, una flor encapullada de aquella civilización en que cada uno se siente algo y lo manifiesta con cierto aire de rey de su propio individuo, que ni se pierde ni se confunde con nada, ni cuando es ridículo ó cómico, eso era aquella muchacha elegante, bonita, seria, bloqueada en su asiento por un gran plato de uvas heladas, una canasta de panecillos y un montón de periódicos. Iba á Nueva Orleans sola, sin miedo y sin reproche. Eso allí es cosa tan común, tan natural, que nadie se fija en ello, ni lo ve siquiera; mas un mexicano tiene el derecho de dar testimonio del caso y de ver . . . . . de reojo, porque la mirada de un hombre que *insistiera* en dirección de una pequeña *miss* de estas, se encontraría al fin con la mirada sorprendida de la niña y luego con la del conductor . . . . ¡Y aquí de mis paisanos!

Y mientras repantigado en mi mullido asiento de polvosa pana roja, veía pintarse y desaparecer en la zona de cielo que encuadraba mi ventanilla, en perenne avance, uno tras otro, los molinos aéreos, como extrañas aves degolladas, con sus alas de abanico y sus colas rectas de palo pintado, hacíame estas reflexiones políticas, que son probablemente perogrulladas trascendentes: *for whites*, para blancos, nada más; y es que toda democracia necesita esclavos, ó abajo como la de Atenas, ó arriba, como la francesa; los de arriba son caros, se llaman diputados, son el Gobierno. Esta democracia americana tiene á los de arriba y quisiera tener aun á los esclavos de abajo. En suma, una democracia es un sueño; una democracia es una aristocracia constantemente asaltada por los que quieren entrar en ella. ¡Si los negros lograran tener la mayoría en el Capitolio, como la tienen en las calles de Washington, reducirían á los blancos á la esclavitud!

Paran aquí mis lucubraciones político–sociales; aquí paran, porque me fastidia pensar en esas cosas, tanto como á mis lectores leerlas; y Horacio dió la receta: si quieres fastidiar, abúrrete, *si vis me flere* . . . .

La tarde cae como una sábana gris sobre el campo distribuido en tableros de algodón ya casi cosechados; sobre el verde pajizo de los tallos la flor blanca ó morada (lo que llamó el gran

poeta de la naturaleza americana *las rosas de oro y el vellón de nieve*) muestra aquí y allí sus motas tupidas y encapulladas; de cuando en cuando un hombre que *pizca*, se endereza y nos mira pasar con su cara hosca y emborronada de pelos, y su mujer, arrodillada y apoyadas las manos sobre el cestón en que recoje los vellones, vuelve á nosotros sus ojos risueños y su frente atezada, bajo el gran paño azul de la cofia. Entre campos de algodón y campos de maíz descoloridos, brillan á trechos las grandes pajas de seda verde de las praderas sembradas de *johnson-grass*. Las casitas de madera se apiñan con más frecuencia ahora que esta mañana, y hay entre ellas edificios verdaderos cuajados de arabescos y con grandes pujos arquitectónicos; solemos detenernos en estos poblachos ricos. Bordando las estaciones hay parquecillos muy bien arreglados; en este que recorremos con deleite, por el sereno frescor de la temperatura, se lee el nombre del lugar trazado en el suelo con piedras bañadas de cal blanca: *Schulembourg*.

Al anochecer llegamos á Houston; esta es una ciudad en forma. ¡Houston! ¡qué melancólicos recuerdos! Esta ciudad lleva el nombre de nuestro vencedor en Texas; es decir, del vencedor de Santa–Anna. Estas páginas de nuestra historia no pueden recorrerse, sin que venga á la boca un sabor de ceniza y de muerte. La gran figura del federalista Zavala, surgió ante mí, del libro consagrado por mi padre á su memoria. No, no fué un traidor el primer vice–presidente de Texas; la patria apenas tomaba forma en el caos, aun se subalternaba esta noción, en las conciencias nuevas, á determinada forma política. No, Zavala no fué traidor; había nacido en Yucatán; pues bien, solo para los dos extremos del país, para Yucatán y Texas, el pacto federal había sido un hecho y no una ficción. . . .

Estamos en Houston; el ir y venir incesante de trenes en la estación, me proporciona la primera sensación de *un pueblo entero en movimiento*, á compás de un campaneo perpetuo y de un rugir de locomotoras que no acaba. Unos hombres andan como autómatas, suben con sus valijas en una mano y su periódico en

la otra, atraviesan nuestro carro, salen, bajan, desaparecen; uno que otro se sienta en el gabinete de fumar, enciende un puro y se va; ha descansado de cinco á seis horas de marcha. Cuando se mueven estos hombres, óyese el crujido de sus articulaciones de fierro. ¿Quién hizo estos muñecos tan impasibles, tan colorados y tan fuertes? Este es el pueblo americano, un pueblo que no se sienta más que para tomar cerveza, y eso no es sentarse. Además habla por la nariz.

La tierra sale desnuda á tomar su gran baño de plata á la luz de la luna. Esta es una noche pintada expresamente para ilustrar un poema de Chateaubriand; no tendría precio, como bambalina, en Atala, esa ópera de las vírgenes soledades americanas. No son vírgenes ya, por desgracia; por desgracia para ellas, no para mí, que sin este crimen no las habría visto. El vapor es el gran violador; hijo del carbón y del agua, es el dios de la mitología nueva (que es lo mismo que la vieja) mueve al mundo como si fuera una palanca ó un émbolo, y por eso esta noche de plata pura está incrustada de fierro y de fuego. Junto á mi ventana pasan los trenes diabólicamente ruidosos, allá abajo corren los ríos celestemente silenciosos. . . .

En Luisiana.—Mientras un negro me frotaba el pecho y la espalda con una gran esponja de agua helada, yo veía, apoyado en el mármol de los *lavabos*, amanecer el mes de Octubre en Louisiana, y en verdad que esta aurora estaba muy bonitamente arreglada, las nubes muy bien cardadas (en la próxima fábrica de tejidos de lana, me figuro) flotaban en copos de un gris azul impagable para una corbata–directorio; pegadas al Oriente había fajas de seda purpurina estriadas de largos pliegues horizontales; un verde en el cielo, muy de moda, y ¡qué cielo tan cristalino! ¡tan claro! Los tupidos cañaverales altos, repletos de miel, llegaban como esteras doradas hasta el horizonte, y los algodonales empolvaban, como peluca á la Luis XV, las rubias praderas.

Estamos en la tierra de *los bosques de la Luisiana*, esa espe-

cie de Edén con que Law enloquecía á los nobles y burgueses de Francia, al principiar el pasado siglo; verdad es que *Luisiana* se llamaba entonces una región que comprendía vagamente la mitad de los actuales Estados Unidos.

Pero los bosques no solo son de árboles, sino también de casuchas de lindo aspecto, de jardines acicalados; vimos en ellos algunos abetos, tan primorosamente cuidados, que no los desdeñaría un jardinero de Versalles. ¡Oh! qué envidia, qué envidia causan estos suelos tan bien regados, tan negros, tan grasos, tan bien preparados para el cultivo. Por entre las calles de maíz cosechado ya, desfilan por grupos *babys* y *misses* negras, del color de la tierra, sucias y mal perjeñadas, alargando hacia el tren el grueso y sensual hocico y en pos de éste, todo el indolente rostro encuadrado por las alas enormes de sus cofias de percal.

No que los árboles de estos bosques sean gigantescos, no; ni siquiera las largas guedejas grises que cuelgan de sus ramas, idénticas á las parásitas de nuestros ahuehuetes, les dan un aire secular; parecen bosques de cincuenta años, pero tupidos y repuestos á maravilla; en la sombra en que bañan los troncos de sus interminables arboledas, que rara vez puntea de oro un rayo furtivo de sol, espejean rápidamente grandes charcos de agua que de lejos dan frío y de cerca deben dar calentura.

Multiplícanse en el cielo las chimeneas con sus garzotas de humo ó negras ó grises ó blancas; las corrientes suelen ser más anchas: he aquí un río, lo atravesamos sobre un magnífico puente; sus riberas tienen un ribete de docks de madera color de chocolate, acotados de uno y otro lado por líneas simétricas de casas que, como todas las de por aquí, parecen portátiles, tan ligeras así son, y por vapores de todos tamaños que van ó vienen del Golfo. La señorita, que ha pasado la noche sola, entre los hombres del *sleeping–car*, vuelve en estos momentos del tocador, esbelta, correcta y limpia, con esa limpieza de las razas rubias que parece una irradiación del alma; y con sus ojos lucientes y tranquilos, su sombrero y su camisa blanca, bajo el jaquet de corte varonil, parece una Juana d'Arc de escuela normal. Y ¡oh contraste! en la estación siguiente se instala frente á ella una yanquesa de pelo rojo, de tez pálida, con unos anteojos que parecen un biombo de cristal y terminada por puntiagudo sombrero negro: ¿será un yankee? Merece serlo.

*

Y avanza la mañana y vuela el tren; ahora atraviesa una región pantanosa, cercada por las mismas cortinas boscosas y aquí y allí *drenada* por riachuelos ó canales sembrados de islillas cuajadas de habitaciones construidas sobre estacadas, como las habitaciones lacustres; aquí las inundaciones deben parecer diluvios universales. Por lo demás, el aspecto de la tierra trae á la memoria, con mayor precisión cada vez, el de nuestras calientes costas; se parece al litoral entre el Medellín y el Papaloápam; pero faltan las palmas. Abundan, en cambio, las chimeneas, las aldeas son ya ciudades, las personas parecen más decididas, van más de prisa en los wagones que pasan sin cesar en interminables cadenas, en los carros arrastrados por recios caballos; las fábricas que recortan y acercan el horizonte indican que hemos llegado al verdadero mundo americano, al reino del anuncio. Un reporter del *Picayune*, que toma informaciones corteses y rápidas, y una larguísima y ondulante faja de vaho negro que va á cortarnos el paso, anuncian la proximidad de la Emperatriz del Sur (estilo de la tierra) léase New–Orleans.

Ya podemos vislumbrar, entre la negrura que ciñe al cielo con un enorme crespón de luto, las cruces oscilantes de una selva de mástiles, las chimeneas que se balancean trazando en el viento denso y revuelto espirales de humo, y aquí cerca el fantástico contorno de un barco blanco que huye. . . . *Stop;* pára el tren; un mi primo que pasa sin transición de la suprema indolencia de un cacique criollo á la actividad vertiginosa de un campeón del *andarinato* internacional y á quien he nombrado mi guía, es decir, mi verdugo y mi víctima, nos precipita por una escalera á una especie de gigantesca *jangada* que tiene su gran motor de vapor, sus dos pisos de salones, sus pasillos, sus corre-

dores, todo atestado de gente, de coches con sus caballos, de carros, de wagones inmóviles sobre sus rieles, y esta flotante Babel, se llama un *ferry*. Salimos á la plataforma de proa; un larguísimo brazo de mar color de agua de cola, pasa por debajo de nosotros espumarajeando de rabia y golpeando los costados del *ferry* con su ola babosa y corta. Esto se llama el Mississippi, el *Mispi*, como dicen estos diablos en su nasal inglés, convulsivamente contraído, como si lo hubiesen inyectado de estricnina. Cinco minutos dura la travesía; atracamos á un muelle, subimos una escalera muy alta precedidos por la gentil yanquita de San Antonio que parece más firme y más dueña de sí misma cuando atraviesa con una maleta en una mano y un libro en la otra el río de gente que se precipita hacia arriba: ¡un río que sube! que arrellenada entre el *Globe Democrat* y el *Picayune* en los cojines del Pullman. Pensando en esto subí á un coche conducido por un negro más serio que el caballo de Carlos IV y tomamos al trote largo por las calles de la Nueva Orleans.

¡Qué nombre tan sabroso para mí! Está asociado, en los recuerdos de mi infancia, con unas manzanas muy coloradas, unas patatas muy grandes y una mantequilla muy rica. Todo esto mandaba esta gran señora á mi pobre y orgullosa Campeche por los años de 54 y 55, y yo que fuí un niño–prodigio. . . . en gastronomía, conservo intacta mi gratitud estomacal por *Novorleans*, como dicen los viejos pilotos de mi tierra que está allá en frente, al otro lado del Golfo.

NEW-ORLEANS

ENTRAMOS en una ciudad vieja, achacosa, sucia de humo de carbón y de tierra. Es una de esas ciudades del Golfo que parecen hermanas todas, pero muy grande, muy desarrollada; en ella caben Tampico, Veracruz y Campeche, y algo tiene de todas ellas, de Veracruz sobre todo; la impresión primera es desagradable, por el desaseo: ¡una ciudad costeña que no se lava la cara! ¡horror!—Las calles muy estrechas, tanto que un wagón Pullman, atravesado en la extremidad de la calle por donde vamos, esconde sus dos plataformas, recortado por las aristas de las esquinas; las casas en este barrio son verdaderos tugurios infectos, medio ocultos por montones de basura, de tablas, de barriles, de papel viejo, hacinados por donde quiera; á la orilla de las aceras piedras partidas y disparejas. Á medida que nuestros coches avanzan, las casas van siendo muy altas, lo que hace más sombrías las calles; algunos edificios suben á siete y ocho pisos, con balcones que son, por sus proporciones, verdaderas galerías de fierro apoyadas en columnas metálicas en los bordes de la acera y que se unen, de piso en piso, por sus arquerías llenas de

arabescos y adornos; de donde resultan fachadas enteras de fierro calado. En esta esquina y en la de más allá y en muchas otras, unos enormes armatostes de hierro, que parecen abortos de la torre Eiffel, estorban el paso, y hacen cavilar al transeunte novel: ¿para qué puede servir esto? Para lo que sirven tantas cosas: para nada. Después supimos que estos adefesios estaban destinados á los tranvías eléctricos y ahora sirven para anuncios. ¿Hay algo en los Estados Unidos que no sirva para anuncios? Murmúrase que hubo en todo esto un negocio medio bizco de la municipalidad; en todas partes cuecen habas y por aquí á calderadas.

Desembocamos en Canal–Street, muy amplia vía, bordada de construcciones de grandiosa arquitectura, sin proporciones, pero con dimensiones casi enormes; un río, no muy raudo, de gente orientada hacia el negocio, el bisnes (*bussines*), como dicen todos con singular energía de acento, llena la calle; este río se abre y cierra al paso de los carros eléctricos que aturden con su perenne campaneo, é inquietan con sus largos dedos de hierro que van pellizcando el alambre transmisor de la corriente sujetos por otros alambres frecuentemente *conectados* con los hilos del telégrafo ó del alumbrado. De cuando en cuando un tren de vapor, arrastrando dos ó tres wagones de pasajeros, llega por el centro mismo de la avenida y pasa cerca de una estatua qué parece esculpida no con el cincel, sino con el hacha, y que descansa su cuerpo de plesiosauro parado sobre la cola, en unos bloques rudos y mal acondicionados, que forman un pedestal no tan malo . . . . como obra de albañilería. . . . hasta la estatua parece hecha por un albañil. Es (descubrámonos) la del gran Henry Clay. Nosotros los mexicanos inscribiríamos en ese pedestal estas palabras que el gran *speaker* dirigía á su amigo Channing: «*Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime: la adquisición de Texas por nuestros compatriotas, tiene derecho á este honor. Los tiempos modernos no ofrecen otro ejemplo de rapiña cometido en tan vasta escala.*» Cito de memoria, pero eso es poco más ó menos.

*

Nos alojamos en un lujoso y confortable hotel en la esquina de Canal–Street y Carondelet y salimos en busca del Cónsul mexicano, de Manuel Gutiérrez Zamora, nombre que su ilustre padre hizo histórico. (1) Esto nos proporcionó el gusto de ver algunas calles feas, algunos enormes edificios, de mármol y granito rojo uno de ellos, no destituído de majestad. Un banco en construcción tiene en su pórtico cuatro ó seis columnas de mármol purpúreo de cerca de un metro de diámetro. Mucho comercio y mucha gente, esto se notaba al primer golpe de vista; pero nada extraordinario. Poco gusto para presentar las mercancías en los escaparates. Un sastre ha colocado en la entrada de su establecimiento una serie de muñecos que representan personajes de la historia de los Estados Unidos, vestidos con muestras de la ropa hecha que allí se vende; de modo que puede uno ponerse los calzones del general Sherman, hombre de muchos calzones indudablemente.

Recomiendo á los turistas gastrónomos (bellísima cualidad que es el antídoto de la gula, al grado de que en vez de «contra gula templanza» como reza el catecismo, deberíamos decir, «contra gula gastronomía»), les recomiendo, decía yo, los manjares de Nueva Orleans. ¡Qué bien comimos! En la *gargote* de una vieja alsaciana, legitimista por más señas, y cuyos manteles albeaban más que la bandera de las lises; en lo alto, en lo más alto de una casuca que tiene ventana sobre el río y se yergue en un extremo del negro y tortuoso barrio criollo; entre una abigarrada clientela de antiguos obreros franceses y viejos pilotos en receso, y á flor de cocina, eso sí, saboreamos un pescado maravillosamente guisado, una morcilla aderezada por mano de hada y unos camarones delicadamente amortajados en sus rosadas cornucopias de nácar Y en el aristocrático *restaurant* de Moreau ¡qué ostras! ¡qué delicado *papebotte!* qué truchas supre-

(1) Gutiérrez Zamora murió pocos meses después. Cuanto mexicano haya estado en New-Orleans en estos años últimos, habrá deplorado su muerte, como nosotros.

mas, capaces de enflaquecer de envidia al gordo cacique de las piscinas de Chimalhuacán! Con decir que solo en Campeche se come mejor, está dicho todo, y eso que pronto hará treinta y ocho años que no como en Campeche!

Un tren de vapor nos condujo á orillas del lago, desfilando por entre los suntuosos edificios de Canal–Street, que parecen hechos de yeso pintado; al salir de la gran calle, entramos en un barrio de casas de madera, primorosas algunas; después bordeamos un vasto cementerio, verde de cesped aterciopelado abajo, verde obscuro arriba, en donde balanceaban sus grandes hojas lustrosas y sus enormes copas de perfume los árboles de magnolia; en el claro que dividía las dos zonas verdes, blanqueaban los sepulcros de mármol y de piedra, simples estelas fúnebres, la mayor parte; uno que otro hermoso, con la hermosura del arte industrial. Luego costeamos una ancha esplanada, pavimentada de madera, salpicada de kioskos medio moriscos y medio chinescos, como todos los kioskos que desde hace un siglo cubren el planeta con su vegetación de fierro colado; vemos con complacencia las casitas de baños, instalando confortablemente en el agua su frágil y caprichosa arquitectura; los miradores elegantes, desde donde se domina el lago; los *bars* que encierran otro lago venenoso en sus millares de botellas multicolores . . . y *stopamos*. Así se dice en el castellano de la Nueva Orleans; el lector está en su derecho para leer: y *paramos*.

Cruzamos un puente sobre ancho canal; cuando llegamos al otro lado, un chiquillo movió una palanca y el puente semigiró sobre un piñón de hierro y tomó una posición vertical á la que antes tenía; una gran lancha de vapor remolcando cuatro ó seis balsas formadas por magníficos troncos de abeto, pasó; el chiquillo movió de nuevo su palanca y el puente se formó en cinco minutos.

El lago este, es un mar color de violeta bajo nuestros ojos, lentamente azul á compás de la vista que se levanta sobre él, é inmensamente azul en su horizonte elegantísimo de océano dormido. Permitámonos el lujo de un crepúsculo vespertino aquí,

meciéndonos en una *rocking-chair*, acompañados por un vaso de líquido helado (me da vergüenza decir que era cerveza), y acariciados, sin metáfora, por una brisa de esas que murmuran á través del ventalle de las palmas en los versos de mi pobre Alfredo Torroella, ó que vagan perfumadas de azahar en las confidencias de Lamartine. Sobre el raso joyante del lago una cúpula de raso sin mancha, el cielo; el domo infinito de aire zafirino y la ilimitada placa de cristal no se confunden, se tocan en una curva de lapizlázuli y los dos matices del azul parecen dos aspectos de un solo ensueño. Un celaje único, encima del sol que en el ocaso

ferme les branches d'or de son rouge eventail,

una sola nubecilla de encaje tramado de luz y teñido de amatista purísimo por arriba, flotaba lentamente en un segmento verde del cielo. El sol escarlata, pero de un escarlata absoluto, como si saliera de un baño de sangre humana, se destaca, ovalado y deforme, en el vaho violáceo de la atmósfera; del otro lado la luna, oxidada, de una cristalina palidez de histérica, viendo el sol al soslayo, con grandes ojeras azulosas de desvelada, una luna dulcísima é impura, en fin, que denunciaba en su luz enfermiza, en su mirada lánguida, la sensualidad eterna de sus amores tormentosos con el mar. A veces un soplo que viene del Oriente y que parece el hálito de la luna, hace correr un estremecimiento de plata por el lago, en el ocaso parecido á un disco de acero que el sol damasquina de arabescos de oro. — Los faros se encienden en las riberas, la luz eléctrica crepita y azulea entre los globos deslustrados, enfría la brisa, y el alma sale de su anestesia, cual si acabara de ser creada. Pienso como si pensara por vez primera; pienso en ellos; pienso en la que nos dejó. Volvamos; mientras volvíamos cantaban en mi memoria los versos del mártir Juan Clemente Zenea:

El sol al ver la luna acorta el paso
y quedan suspendidos frente á frente,
un globo de oro y sangre en el ocaso
y un globo de alabastro en el Oriente.

*

A trip to China-town.—Un viaje á China-town es un *vaudeville* ú opereta funambulesca en que se caricaturizan ciertas costumbres de la gente de trueno en New York; la escena pasa en Bowery, la famosa calle ó avenida popular y de malísima fama nocturna en la ciudad imperial; pegado á ella hay un barrio chino; ese es China-Town. Una serie de escenas ridículas y risibles, iguales á las pantomimas que organiza y anima Ricardo Bell; un rosario de interminables canciones, ensartadas en airecillos graciosos, pero infantiles, como el del walsecillo americano que cantan aquí y en México todos los chicos: *después del baile;* una colección de habilidades, silbidos, mugidos de locomotora, qué se yo, ejecutados á maravilla por uno de esos hombres que se disputan los empresarios de *circo*. . . . eso es el famoso *viaje*. Algunas bonitas decoraciones, algunas luisianesas bonitas, muy airosas, muy grandes de ojos y de boca, ¿inglesas? francesas? españolas? No sé; algo de todo eso con una gota de esencia africana en el fondo de la mirada negra y de la sangre roja.

*

Dormí un poco dentro de una bañadera de mármol llena de agua tibia; pero, ya en mi cama, me tuvieron despierto los campanillazos incesantes de los *tramways*. La civilización, como el crimen de Macbeth, ha matado el sueño; para dormir cual un patriarca precisa volver al tiempo de los patriarcas. La civilización ha inventado ruidos nuevos ó ha hecho nuevas combinaciones de ruidos viejos; por eso me aparece en mi insomnio como una joven *yankee*, coronada de estrellas eléctricas, con unas inmensas alas blancas de algodón fenicado y dos frasquillos mágicos en las manos: uno de bromuro de potasio y otro de cloral.

Muy de mañana, después de tomar algunas frutas heladas y un poco de te, salimos á vagar por las calles el jefe de la caravana, una primilla mía de diez años, esbelta y graciosa como una luisianesa, otro excelente compañero de viaje que habla en español un copioso inglés de Ollendorf, y vuestro servidor. Un cefirillo frío y sabroso nos convidaba á andar, y vagamos . . . . vagamos. Los blocks (nosotros diríamos las manzanas de habitaciones) se suceden en las irregulares casillas de interminable tablero; en unos domina el rojo, el color instintivo de la fabricación yankee; otros son amarillentos, y grises y color de humo todos. Mark Twain dice que desearía para New Orleans uno de esos colosales incendios, como los de Chicago ó Boston, para que en la ciudad nueva hubiese un poco de arquitectura; no la hay, en verdad. La célebre *Bolsa del algodón* con su jactancioso estilo del renacimiento francés, sus cariátides y su ornamentación profusa, me pareció de *papier-maché*. Más me gustó por dentro; su confortable instalación, su movimiento, no extraordinario, pero constante, revelan la gran importancia de la mercancía—reina en la metrópoli mercantil del bajo Mississippi. En una inmensa carta de los Estados Unidos están marcadas las temperaturas diarias de las ciudades principales.—Las líneas de balcones de fierro calado se interrumpen aquí y allí por alguna enorme construcción de muchos pisos, acribillada de ventanas; ya es una fábrica, ó un edificio de oficinas, ó una colmena humana. Por la calle Lafayette, fea y obscura, pasamos á la calle St. Charles, amplia y hermosa; en torno de un jardín lleno de copudos árboles, una iglesia gótica, un edificio público (la casa de ciudad), con altas escalinatas y enormes columnas grises en su fachada; del otro lado un templo masónico.

El tranvía eléctrico nos condujo á Carrolton; el frío picaba y mordía á su gusto; espléndidas avenidas de árboles, apenas despojados de hojas en los primeros días de su *toilette* de Otoño; casas de madera, algunas grandes y hasta suntuosas, rodeadas todas de jardincillos ordenados á la francesa; grupos de niños y niñas muy limpios y muy alegres que van á las escuelas. En una plaza, sobre altísima columna blanca, la estátua del gran rebelde Robert Lee.

Lonchamos (perdón Peñita, pero lo volveré á hacer) y salimos á pie para el barrio criollo, en compañía del buen Gutiérrez Zamora á quien entregué una carta que, por su delicada amabilidad, llevaba desde la primera línea la firma del Sr. Mariscal. Entramos en la catedral, vetusta, insignificante, fea; las naves laterales están cortadas en su parte superior por grandes galerías ó tribunas; algunas pinturas bastante malas; dos viejas mulatas rezan devotamente junto á la reja que cierra el ábside. Por fuera una fachada vulgar rematada por dos torres piramidales.

Salimos al parque Jackson; me acerqué con viva curiosidad al bronce ecuestre que le sirve de centro, la estatua de Andrés Jackson. New–Orleans debe la vida á este hombre; en 1815 la salvó de los ingleses que la amenazaban, y la salvó de él mismo, porque cuentan que estaba resuelto, en caso de derrota, á reducir la ciudad á cenizas antes que dejarla en poder del enemigo; enérgico, iracundo y brutal como era, habría ejecutado su propósito. Y de mucho más era capaz el bilioso magistrado duelista del Tennessee, el rabioso exterminador de los indios del Sudeste americano, el soldadón sin escrúpulos, que es, seguramente, el más notable hombre de guerra que presenta la historia de los Estados Unidos, á la par de Sherman y Lee, y el temperamento de soldado más radical que la más turbia, pero la más exaltada de las popularidades, haya sentado en la silla presidencial de Jorge Washington y del impecable repúblico J. Q. Adams. Solo Jackson y Ulises Grant, han seguido siendo soldados aun en la presidencia; Washington, Tylor, no fueron más que ciudadanos.

New–Orleans ha hecho bien en cobijar con su manto azul maculado de humo, á los dos irreconciliables enemigos, al soberano orador Clay y al semi–césar Andrew Jackson. ¡Y pensar que si Clay hubiera ganado al general la presidencia, nuestros negocios con los vecinos habrían tomado mejor y más cristiano y honrado camino, y que probablemente hubiéramos economizado la guerra que hace medio siglo nos dilaceró y nos mutiló!

Esa presidencia de Jackson costó mucho; en su tiempo quedó planteada y formulada por el fanatismo elocuente y sombrío de Calhoun, la cuestión de *los derechos de los Estados* que había de resolverse á sangre y fuego en la guerra de Secesión; en su tiempo se inauguró el *sistema de despojos*, que ha convertido las luchas electorales en combates por los empleos, que ha convertido á la democracia americana en un ejército mandado por los *politicians;* á ese sistema debe su impopularidad la honradez de Mr. Cleveland, el valeroso presidente que reobró contra él y contra la política de corrupción y de injusticia que entraña. No importa; esta democracia, no presentará, sino muy de paso, el horrendo espectáculo de una democracia esclava; hay en ella fuerzas formidables almacenadas que la salvarán en caso de peligro; un glóbulo de sangre de los viejos padres peregrinos de la *Flor de Mayo*, basta para encender en el corazón del último *yankee* el amor indómito y sagrado de la libertad.

Nada de esto me decía la vulgar é inexpresiva fisonomía de la estatua del general Jackson. . . . y seguimos. Feo barrio éste; en el centro de las calles apenas corre el negro y mal oliente arroyo, oculto por basuras, papeles, restos de barricas; las casas cubiertas de yeso, descascaradas, ennegrecidas; el teatro de la Opera francesa, galerón que se abre sobre un pórtico de pilastras cuadradas, blanco, embadurnado de humo, es ignominioso. Mas no sé qué olor de viejo, de historia, de costumbres crueles, pero pintorescas de dueños de esclavos, reina allí y encanta; y luego los nombres de las calles: *rue Bourbon*, *rue Conti* hacen un efecto dulce y melancólico sobre el espíritu y remueven la arquilla de los recuerdos.

¿Habéis leído alguna de esas delicadas novelillas luisianesas de Jorge Cable? Allí pasan, con las timideces de las razas aristocráticas y los estupores de la elegancia caballeresca ante las brutalidades de la civilización del carbón y del fierro, algunas mujeres de la antigua sociedad criolla y francesa de esta comarca. Todavía hay representantes de ella aquí; entramos en una casita modesta y confortable, y el amigo que nos acompañaba, nos

presentó á su esposa. Era una joven madre ligeramente opulenta de formas, pero tan elegante bajo la ondulación rítmica de su vestido de muselina; era la suya una encarnación láctea y rosada tan muelle, tan fina, con tan delicadas veladuras de ámbar sobre la sedeña tez; tan característico el peinado recogido en lo alto de la cabeza en una apretada diadema de tonos dorados, como los tocados de principios del siglo, y el francés que hablaba, ligeramente arcaico, tenía modulaciones tropicales de música tan marfilina y suave, que nos figurábamos que la francesita de Luisiana se había escapado de un paisaje de abanico de raso de los que usaban las lindas damas del primer imperio y que conservan todavía, en sus pliegues levemente marchitos, el divino perfume de las flores muertas. ¿Ibamos á oír de sus labios la llorosa protesta de las criollas de Nueva Orleans contra la infame venta de la Luisiana á los Estados Unidos? No; mi patria, nos decía, es los Estados Unidos y México.

*

Más tarde hicimos el viaje á la *levée* acompañados de un joven mexicano muy listo y muy amable, hermano de nuestro excelente amigo Prida el Director del *Universal*. Las calles que llevan á *Crescent City* (la ciudad media-luna), son animadísimas, incesantemente surcadas de tramways, de carros y carretones, bordadas de grandes casas, enormes cubos de piedra gris ó roja, perforados de centenares de ventanas, como el *Correo*, la *Aduana*, la Refinería de azúcar; el Correo es majestuoso, con sus cuatro pórticos y su aire severo; de una ventana de este edificio hizo colgar el proconsul Butler á un energúmeno borracho que había arrastrado la bandera de la Unión por las calles de la ciudad, después que la hubo obligado á capitular el heróico Farragut en 1862.

Llegamos á la *levée*, inmenso dique de tres ó más millas, en forma de arco y cuajado de muelles, que defiende á la ciudad de los caprichos del *padre de las aguas*, del viejo Meschacebe. Colocados en uno de tantos muelles, en medio de un verdadero laberinto humano, tratamos de ver: arriba una nube espesa que se nos metía por las vías respiratorias en forma de moléculas de carbón, producto del aliento de las chimeneas de los vapores que llegaban y salían; primera nube negra. Otra abajo; ésta la componían algunos centenares de negros y mulatos que gritaban, juraban y saltaban como gorrillas en asueto, yendo y viniendo de los muelles á los vapores por medio de puentes volantes de tablones, con fardos y carretillas, haciendo un ruido diabólico; le faltó al Dante, para un cuadro al carbón de los que componen su galería infernal, una visita á *Crescent City*.—Entre esas dos nubes negras había una faja clara que permitía ver en último término la opuesta orilla cubierta de casitas (todas iguales) y de fábricas humeando; de esa orilla se desprenden los *ferrys*, cargados de coches, caballos y pasajeros. El río describe frente á nosotros su espléndida media luna (de donde el nombre de *Crescent City*). El Mississippi, el río más grande del mundo (4,300 millas agregándole su tributario el Missouri) tiene la particularidad de irse angostando á medida que se acerca á su Delta. El capitán Marryatt le ha dado el nombre de *cloaca máxima*, por la prodigiosa cantidad de lodo que arrastra (más de cuatrocientos millones de toneladas, depositadas cada año en el Golfo de México). Así, entre estrechos y tortuosos canales y pantanos, sale al mar, y algún día llegará al canal de Yucatán y dejará convertida en una charca gigantesca la parte occidental del Golfo; si esta fuera la solución de la cuestión cubana, habría que esperar un poco, unos millones de años tal vez.

Los steamers blancos, de dos ó tres pisos de camarotes y puentes, que remontan el río, recogen sus pasajeros al son de la campana, izan sus banderas y parten describiendo una airosa curva. ¡Y pensar que esta inmensa arteria de la circulación mercantil del planeta, descubierta por Soto en 1542, no fué explorada por La Salle hasta las postrimerías del siglo XVII, y que no ha sido empleada en el tráfico mercantil hasta después que Napoleón

vendió la Luisiana á los norteamericanos en 1803, en ochenta millones de francos!

El día siguiente lo empleamos en visitar al *maire* de la ciudad, hombre excelente y campechano; en dejarnos reportear por un amable muchacho de Mazatlán, redactor del *Picayune;* en hablar mal de los irlandeses y de los negros que se disputan la riqueza y el trabajo en la reina del Mississippi y en vagar . . .

Al obscurecer del día tres de Octubre, partimos.

A NEW-YORK POR ATLANTA

APRETONES de manos, sinceros y cariñosos *hasta luego*, campanadas, humo, y vamos ya á todo escape; el arco de la *levée* se dibuja en la noche por la inmensa guirnalda de los faros eléctricos que el río reproduce y deshace en temblores diamantinos. Los *ferrys* continúan su tráfico y cuajados de farolillos, parecen góndolas colosales balanceándose sobre el Mississippi que duerme con una respiración de niño.—Calor sofocante, enfermador, africano, capaz, si durase, de convertirlo á uno en negro; y ese calor pegado á las alfombras, á los terciopelos, á las sedas del *sleeping car*, es desesperante. Salimos al balcón de nuestro carro, que era el último de una larga serie, y corrimos las cortinillas: un hombre estaba escondido en la escalerilla; el conductor nos dijo que estos viajeros clandestinos suelen establecerse en los techos y aun abajo en los *truks* de los carros; aquel incógnito dió un brinco y se puso en salvo en la vía.—Una nube de polvo arenoso nos hizo entrar; los dobles cristales de las ventanillas apenas guarecían el interior del dormitorio: una hora duró aquel tormento; pudimos entonces observar la negra y

espesa vegetación que bordaba la vía; todo ello lodoso, pantanoso, miasmático; el miasma se convirtió en una nube de mosquitos peor que las de México; una de esas que envuelven y saturan las casas del Noroeste de Tenoxtitlán, en Agosto, es una bendición comparada con la que estaba llevando á cabo la succión de nuestra sangre y de nuestro sueño; esta nube de moscos era bíblica. Pasó, todo pasa; solo el calor reinaba en la tierra, solo la luna en el cielo.—Cruzamos por lagunas ó estuarios que bordan esta comarca bajísima sobre largos puentes de estacas que, en el agua inmóvil, parecían cepillos colocados por las cerdas sobre una mesa de acero. Más allá de Mobila (donde hay un colegio de jesuitas en que se han educado en la virtud tantos jóvenes mexicanos, como Pepe Echeverría), me invadió, no el sueño, sino una especie de sopor fatigoso de que me sacó la algarabía infernal de una murga de diablos, en forma de ciudadanos negros y ciudadanas negras, que en la estación H (¿no era en Liberia?) celebraban el arribo feliz de un candidato para presidente municipal de la ciudad cercana. Bajó el candidato muy tieso, muy digno, muy negro; no, aquella escena no me pareció ridícula; en mi agonía (estaba muriéndome de calor), sorprendí su lado trágico y dantesco, y esa pesadilla *a priori* me trajo el sueño, un sueño de veras. Como estaba desnudo, desperté helado, á la vista de Montgomery, gran ciudad pintorescamente asomada á orillas de una gran barranca, en cuyo fondo corre el Alabama. —Costeamos esa barranca, pasamos el río, corrimos á todo correr por entre bosques que nos hacían suspirar de envidia (¿en la mesa central hay otro bosque que ese bosque de museo, que se llama el bosque de Chapultepec?), atravesamos plantíos de maíz perfectamente ordenados, saludamos las consabidas casitas de madera pintada y entramos en la estación de Atlanta.

*

Malo: el jefe de nuestra caravana, que ve mal, quiso penetrar de prisa en la estación en el momento en que el guardavía, que era además agente de policía, hacía seña á los transeuntes que se

detuvieran, lo que ni vió ni podía ver nuestro compañero; entonces el agente lo empuja bruscamente; el mexicano, como era natural, le da un bastonazo, é instantáneamente se siente asido de la mano y encerrado el puño en una cadeneta de fierro; el viejo *policeman* estaba furioso y quería llevar á su ofensor á un puesto de policía. Un amable truchimán, que por ahí andaba, explicó al agente que su prisionero no veía bien y que éramos *españoles*. «¡Ah! dijeron los ojos del funcionario, con razón entonces: los españoles no saben lo que es la policía.» Y nos dejó en paz refunfuñando. El Estado entre los sajones, escriben los teoristas de derecho público, no es más que un juez y un gendarme. ¡Pero qué gendarme!

Malo, dijimos al entrar; peor, exclamamos al instalarnos en el Hotel, abriendo un telegrama del Cónsul mexicano en Nueva Orleans: dos ó tres horas antes había muerto el Sr. Romero Rubio.—Grande y dolorosa fué mi sorpresa; pensé en un grupo de cordiales amigos míos que le eran profundamente adictos; pensé en su familia desolada, pensé en la mujer, noble entre todas, que fué la compañera de su vida y algo así como la inmaculada vestal del ara doméstica. El distinguido muerto era mi amigo también; ¿de quién no lo era? Era la amabilidad misma, la exquisita, aunque un poco difusa amabilidad social de México, traducida en la sonrisa, estereotipada, por decirlo así, en sus labios. No, no era un comparsa en la comedia seria de nuestra política, era un actor; la experiencia le había dado, ya en los años maduros, una aptitud singular para conocer á los hombres, facultad política de primer orden. Hombre de ambición y de placer, amaba la lucha, el combate era para él una voluptuosidad, y á pesar de eso, sabía ser tolerante y conciliador, por benevolencia y no por miedo, porque ese gran epicurista era un valiente, y si creía poco, creía firmemente. En suma, la historia, que se ocupará en él, la historia, en medio de sus severidades, tendrá en cuenta que Romero Rubio fué la personificación de la burguesía mundana de México, con sus defectos y sus cualidades, sus intrepideces y sus indolencias, sus complacen-

cias y sus audacias, en el grupo de hombres de temple superior que nos dió la Reforma.—Y pensando en esto iba yo por las calles de la capital del Estado de Georgía, muy alineadas, muy amplias, muy bien servidas por los tranvías, á encomendar al hilo telegráfico mi *pésame* al Presidente y á su familia; y todavía pensando en esto me dirigí al hotel en que estaba alojado mi antiguo y fraternal compañero de colegio Carlos Diez Gutiérrez.

*

Estas ciudades americanas que, como Atlanta, tienen apenas medio siglo de vida, empiezan por unas cuantas habitaciones de palo, pero luego, en su núcleo, van adquiriendo robustez, y el palo es reemplazado por la piedra, y surgen al compás del desenvolvimiento de los recursos agrícolas de la comarca ó de la situación topográfica de la población, en la encrucijada de varias vías naturales (ambas cosas se realizan en Atlanta), los grandes edificios, el capitolio de piedra blanca, la Universidad de granito y ladrillo, el hotel monumental de ocho ó diez pisos con gran fachada decorada de columnas ciclópicas, y revestida de sillares perfectamente tallados é imperfectamente pulimentados (lo que suele ser feo, pero fuerte, y da, por ende, una especie de formidable masculinidad á las construcciones); hoteles en cuyos *halls* vastísimos y confortables se da cita, para conversar, toda la sociedad de negocios de la ciudad, entre el *restaurant* y el *bar*. Las calles se alínean, iguales unas á otras por las casas que las bordean, por los coches que las surcan, por la gente que las transita compuesta de seres que se mueven velozmente como á impulsos de un mecanismo interior, que llevan en el rostro marcada la seriedad, la preocupación, el ensimismamiento de quien está á pique de perder la fortuna ó la vida, si llega cuando la manecilla del reloj haya pasado de un punto fatal. Y me explico el sillón americano, ese sillón de cuero ó de *rotin*, compuesto de pequeños lechos para las piernas, para las nalgas, para las espaldas, para los brazos, para el cuello, para los

zapatos, para los sombreros; esos sillones de que no quisiéramos los gordos levantarnos nunca, sillones ideales, digo, reales, con la más cómoda de las realidades, y que permiten á ese terrible judío errante de su casa, que se llama el pueblo americano, descansar tanto en cinco minutos, como un emperador asirio descansaba en una noche.

*

Para ir á la Exposición—tiene Atlanta su Exposición nacional, que no es una feria del mundo como la de Chicago, porque Atlanta tendrá doscientos mil habitantes cuando Chicago tenga dos millones, lo que no tardará mucho, pero que sí será muy concurrida—para ir á la Exposición, decía yo, hay que recorrer seis ó siete kilómetros por un terreno en parte ondulante y quebrado. Se llega, se paga y se entra por un torno que gira con solo que el que se coloque en una de sus secciones eche á andar. A un lado de la entrada un boceto de barracas y sobre una estaca un letrero: *mexican village*—¡muy bien! ahí habrá dentro de unos días mole y tortillas y tamales, que algunos yankees dicen que son muy de su gusto: sospecho que esto es mera urbanidad internacional.

En la cuenca de un laguito artificial, rodeado de fina arena y de un cesped bien peinado y joyante como una franja de seda verde, se levantan los edificios de la Exposición, unos casi al nivel del agua, otros en la falda de las pequeñas lomas circunstantes. Todo muy bien dispuesto, con cierto lujo de arena fina en las calzadas, y de faroles elegantes, y de bancos muy cómodos, y de platabandas de flores y de arbolillos muy lustrosos y frescos. Visitamos el departamento de labores de mujeres (inferior á lo que aquí puede presentarse) y los de muebles, de carruajes, de maquinaria; el palacio de la electricidad, el pabellón chino, el japonés, etc.; de todo esto tenemos muestras en las tiendas americanas de México. La exposición nuestra, aun no estaba organizada, pero estaba en muy buenas manos. Sentados al borde

de la rampa que rodea por un lado el lago, y sube al departamento del Gobierno Federal, están los edificios de algunos Estados: algo semejante á lo que las fotografías de la feria de Chicago nos dieron á conocer.

Bajamos al lago, formado por dos vasos elegantes, unidos bajo un puentecillo de buen gusto; uno de los dos vasos tiene en el centro una fuente con vistosos juegos de agua.—Unas chalupas de nogal, barnizadas como un mueble de salón y movidas eléctricamente, giran en torno de aquel doble estanque conduciendo viajeros; entramos en una de ellas y pasamos un rato delicioso: todos los edificios de la Exposición se veían en derredor, con sus fachadas pintorescas y presuntuosas, desde el templo de las Bellas artes, allá arriba, con sus inmensas escalinatas y sus pórticos griegos de yeso, hasta la falsa porcelana del kiosko chino. Allá, al frente, la mar y todos los buques de guerra de los Estados Unidos, sombríos, torvos, con sus torres de hierro y sus cañones gigantescos y sus torpederos á uno y otro lado, ó sus mallas de hierro tendidas en derredor, para cortar el paso á los torpedos enemigos. Sí..... sí..... todo eso estaba allí, pero pintado en unos enormes tablones que prolongaban la perspectiva del lago, y que remataban la Exposición en una especie de mirífico anuncio de circo.

En nuestro paseo tuvimos el gusto de recoger á bordo al Gobernador de San Luis Potosí, apuesto y campechano como siempre, que, acompañado de algunos amigos y de los comisarios de la Exposición, visitaba los edificios. Pronto lo perdimos; una chalupa en que navegaban algunas elegantes y amables señoras de Atlanta, nos abordó; en un santiamén las damas lo hicieron trasbordarse á su barquilla, y, á fuerza de amabilidades y sonrisas, lo retuvieron cautivo, en compañía de un intérprete, hombre muy agradable, por cierto. Diez Gutiérrez quiso arrastrarme consigo, pero resuelto como estaba *et pour cause* á no ocuparme en la gente, sino en el país, me resistí y le dije *adios*.

La iluminación del lago, de los edificios, de los árboles, fué un espectáculo encantador de veras; todo se reflejaba en el agua,

que parecía hervir en diamantes y zafiros, y las notas de las músicas instaladas aquí y allá, convertían aquellas multiplicadas sensaciones, en cierta inefable emoción de placer y melancolía.

*

Volvimos en la mañana siguiente; deseábamos ver el departamento de Bellas Artes. Desde la monumental escalinata, que parecía tajada en la misma colina, con sus magníficas balaustradas y sus estátuas de piedra artificial; desde el pórtico de símili-mármol que la corona, se domina todo el contorno de la Exposición; mucha luz, gran cielo de día de fiesta aéreo, los celajes como velos de tul transparente y sin color. Detrás del pórtico un vestíbulo: es el salón de escultura. ¡Muy bien! Los dos marinos gigantescos, esbeltos y arrogantes, que llamaron la atención en Chicago, ahí están, en yeso. Admiramos un busto de viejo, minucioso, pero concienzudo y real á maravilla; un Falstaff de barro, soberbio de veras, tratado á grandes planos, en la manera franca y atrevida de nuestro Jesús Contreras, y guardando en la pasta cocida, la huella clara del *stick* y del dedo modelador.—En derredor del salón de escultura, los salones de pintura; primorosas acuarelas, dibujos que, vistos de prisa, parecen muy buenos, y algunas espléndidas telas; muchas de estilo primitivo, pero involuntariamente modernizado y amanerado por ende; en suma, el artificial pre-rafaelismo de la escuela inglesa, que causa la impresión de un arte falso, pero seductor como ninguno.

No sólo los imitadores del semi-bizantinismo de los primitivos están aquí representados, hay también impresionistas; de ellos son estas pequeñas telas, sin dibujo y sin colorido, tratadas por medio de un pincel cargado con todos los colores de la caja, que manchan sin orden aparente; pero vistas de lejos y en cierto ángulo, hacen estallar ante los ojos un conjunto de objetos que procuran la sensación misma de la realidad ó hacen creer en ella; esto no es pintura, es prestidigitación óptica al óleo.

¡Cosa singular! Ví allí unos paisajes de árboles morados sobre estanques blancos, en que nadaban flores azules, que era lo más irreal que puede concebirse; aquello parecía un paisaje de ensueño, pero hacía soñar. Sin embargo, había pintura de veras en esa improvisada pinacoteca: un bautizo de San Juan de Fairchild, pasmoso de relieve y de verdad, aunque de colorido convencional; esto nos parece al menos á los que estamos acostumbrados á una luz muy cálida, pero menos matizadora que la de las regiones frías y húmedas; una danza de niños de Mad. Démont-Breton, pintada (como todo lo de esta hija de un gran artista), con la intención de traducir la realidad y no de parafrasearla; aquellas cabecitas de oro y rosa en relación con el tono verde del prado, producen un efecto sabroso de plenitud, de vida y de verdad. Una gran tela firmada ¡oh! ¡extrañeza! Madeleine Lemaire; ignoraba que la incomparable acuarelista de *L'abbé Constantin* pintara al aceite con tanto brío. Aunque bien visto, el cuadro resulta por la suave transparencia de las tintas, algo así como una tela pintada al óleo, con procedimientos de acuarela. Es una Ofelia, en escorzo, con la cabeza en el primer plano, y en el último los desnudos piés de campesina flaca, que viene resbalando en su marco de yerbas locas y de flores multicolores, por una corriente diáfana y negra, el río de la muerte. La impresión total es embargadora; intensa la sinfonía del colorido, aunque compuesta con pocas notas de la gama cromática; pero esas notas recorren todos los tonos, desde el alto hasta el velado y sordo; y aunque la tonalidad es azulosa, no resulta fría; la muerta vive. ¿Pero es de Lemaire la obra? Muchos bobos, yo de ellos, contemplan largamente un cuadro de Checa: *Una naumaquia*. No sé cuántas objeciones pueden hacerse al colorido, al dibujo, á la arqueología del compositor, aunque ya hoy pueden restaurarse sin un solo anacronismo, una galera y un circo romanos, desde la estola de las vestales, hasta las acróstolas de los barcos en lucha sobre el improvisado lago. Lo que sé es que toda aquella masa enorme se movía; las olas, las velas, los combatientes feroces, los espectadores más feroces que los combatientes, todo, pero todo como presa de un vértigo convulsivo. Solo el *imperator* está inmóvil, impasible, inconmovible como una institución, fastidiado como un dios; un hallazgo este contraste.

—Se nos va el tiempo, apenas tenemos el necesario para llegar al hotel, tomar algo y marchar.

—Pero hay mucho que ver aquí todavía. . . . .

—Bueno, pues nos alcanzarás en Nueva York.—Partí.

*

A pique estuvimos de perder el tren: unos entramos en unos wagones, en otros los demás; nos reunimos por fin y partimos hacia la Carolina meridional, dejando á Atlanta, la *puerta del Sur*, como la llaman los georgianos. Con devoradora velocidad salvábamos una en pos de otra, las colinas erizadas de espléndidos bosques de coníferas, que forman aquí las ondulaciones más bajas de los Apalaches, y me dormí narcotizado *per amica silentiæ lunæ* para despertar poco después, escuchando el ruído de los trenes que pasaban y pasaban como visiones espectrales de reptiles antidiluvianos. El rumor de las campanas de las máquinas, llegaba vertiginosamente, tocando un doble frenético, y en el instante se perdía en un grito trágico, como si se lo tragara un rezumadero del viento.

Aquella rica comarca que alumbraba la luna:

ese nenúfar de plata
en el lago de la noche,

había sido testigo de la postrera lucha, de la suprema, en la guerra de *Secesión*. Aquí se había preparado el desenlace del drama; aquí Sherman, después de haber traído su ejército desde el valle del Mississippi á Atlanta, por el camino de fierro que construyó *ad hoc*, había efectuado su marcha napoleónica hasta Savanah en la costa del Atlántico, y había subido, deshaciendo vías

é incendiando poblaciones, para impedir á los separatistas rehacerse, hasta Richmond, en donde Grant y los suyos tenían acorralado al general Lee, como una jauría á un león: llegado Sherman, el león tuvo que rendirse. Aquí se jugó, en esta formidable campaña, el destino de la República Americana y del Imperio Mexicano. «Señores, decía Maximiliano á tres ó cuatro de sus consejeros de Estado, con el parte de la toma de Richmond en la mano: el imperio está vencido.»

*

Amaneció: las poblaciones, las ciudades, las estaciones con sus grandes letreros en los salones de espera: *waiting room for white people*, se sucedían con cierta rapidez. En los bosques, en los campos, en las ciudades, florecía el *anuncio*, la flor postrera de la naturaleza americana, profanándolo todo con sus enormes carteles abigarrados y sus letras hechas para ser leídas á seis leguas de distancia: *Hobb*, *Castoria*, *Malt*, *Nutrina*, he aquí los ejemplares más notables de esta flora de cartón pintado. ¿Será este el objeto último de la actividad de este gran pueblo? ¿Inventar anuncios, poner anuncios, propagar anuncios? Eso parece: las ciudades, que son aglomeraciones de palomares, ¿tienen otro objeto que mostrar anuncios en las ventanas, en los tejados, en las chimeneas? Un amigo mío, americano, me decía que muy frecuentemente la invención del anuncio precede á la de la cosa anunciada. ¡Oh! tierra del *humbug*, bendita seas!

Entre treinta anuncios de *Nutrina* y *Castoria* divisamos esfumado el perfil de la cúpula del Capitolio de Washington, en una niebla tan tenue, que parecía un simple deslustramiento del cristal bruñido del cielo; en el fondo de una avenida erigía el *Obelisco* su piramidión de granito. Y seguimos. Una ciudad intensamente colorada, pero enorme; con grandes manchas verdes de árboles aquí y allí: dos, tres, cinco, ochocientos, mil alineamientos de casas coloradas; las manzanas, diré *blocks*, de hoy en más, muy estrechas, como cajas de puros de 30 ó 40 varas

de alto, paradas sobre uno de sus lados pequeños, y cuajadas de ventanas de arriba abajo, con sendas persianas verdes; unas cuantas puntas de campanarios por entre los tejados; eso es Baltimore. Hasta luego.

He aquí las selvas de Pensilvania; hijas ó nietas de las que encontró el gran cuákero Guillermo Penn. Son magníficas; aquí la lucha entre el bosque y el campo cultivado, ha terminado por una transacción. Los árboles, dorados ya por los primeros besos glaciales de la estación, empiezan á no ser verdes, son rojos y amarillos, parecen flores inmensas. Un pueblito pintorescamente desbarrancado allí en frente de las riberas del Susquehanna; más allá, á la derecha, las playas de la bahía del *Havre de Gracia*, lleno de gracia, es cierto. Pasamos el río: debajo de nosotros los vaporcitos surcaban lentos y airosos. Más allá, Welmington, una ciudad fábrica; después Chester; desde aquí las líneas férreas, admirablemente construídas, se multiplican y convergen hacia una formidable esplanada, literalmente pavimentada de rieles. Arriba de nosotros pasan otros trenes como sobre teclados de gigantescos pianos; el aliento de las locomotoras, los pitazos, el campaneo incesante, forman en nuestro sensorio una especie de telón de fondo, obscuro, tramado de acero y de humo. Abajo de nosotros hay otra estación mayor y más cruzada de líneas férreas, que la que atravesamos; á su nivel se extienden las calles sin fin de Filadelfia; se ven muy bien, porque las chimeneas de las casas no humean, ni hay gente en las avenidas: es domingo.

Los barcos llenan el río, los coches eléctricos pasan como crustáceos fantásticos por las calles; la impresión de la grandeza de esta ciudad es formidable, los *blocks* rojizos se extienden hasta el horizonte y escalan el cielo. Cúpulas, torres, chimeneas inverosímilmente altas de fábricas mudas, remates monumentales, puentes de fierro por donde quiera, eso es lo que resalta en aquel océano arquitectural. Nuestro tren corre furiosamente media hora, para en otra estación, y Filadelfia sigue, sigue sin término.

Salimos por fin; continúa de un lado y de otro la procesión

de poblaciones y casas; llegamos á Jersey–City; es la misma ciudad de siempre, lo que hemos visto en todas partes.

Tomamos el *ferry*, bogamos en dirección de un hacinamiento indefinido, que llega hasta donde llega la vista, de construcciones que manchan el cielo puro; todo eso acaba delante de nosotros en una punta: á ella nos vamos acercando. Lo que nos fija é hipnotiza es una cúpula de cobre dorado, muy alta. ¿Qué es esto? ¿un templo, una torre? Es la cúpula de la casa del *World*, me dijo el amigo que nos había recibido. Y el *ferry* atracó en Nueva York.

LA CIUDAD–IMPERIO

El paso del *ferry* á la tierra firme se hace insensiblemente: cree uno pisar el barco todavía, y ya va andando sobre el pavimento de madera de una estación. De mí sé decir, que hasta que no salí á una calle y subí á un carruaje dispuesto de antemano por un viejo y buen amigo nuestro, no desapareció la sensación, á un tiempo angustiosa y voluptuosa, que resiente todo el que *va sobre las aguas*.

Persistió más todavía en mi cerebro la imagen de la cúpula de cobre del *World;* la veía dominando el ilimitado picadillo de construcciones que en una masa clara, hecha de ángulos de piedra encaramados unos sobre otros, se extendía hasta más allá del alcance de nuestra vista. Con trabajo y sin éxito, mientras nos distribuíamos en los carruajes, procuraba fijarme en detalles y quitar de delante de mi ocular aquella placa en que se había fijado el total instantáneo de esta monstruosa Nueva York que, en poco más de medio siglo, ha devorado ochenta ó noventa millares de kilómetros cuadrados de su isla de *Manhattam*, para amontonar dos millones de habitantes.

1020000737

Por fin nos pusimos en marcha; dejamos atrás un laberinto de tortuosas callejas, empaquetadas entre muros cuyas cornisas superiores era imposible ver desde el coche, pero que con frecuencia nos mostraban en bruscos y grandiosos relieves, ya una sucesión sombría de columnatas romanas, ya de pórticos griegos, ya de pilastras góticas, ora de basalto, ora de pórfido, de granito ó mármol; pero todo obscuro, todo silencioso, todo triste.—Broadway, me dijo mi compañero de carruaje, un mexicano germano, aclimatado en Nueva York.—¡Broadway! una de las primeras arterias mercantiles del mundo, ¿este es Broadway? (literalmente, *vía ancha*).—Cierto, esto es muy grande y muy extraño. Estrecho algunas veces, anchísimo otras, cortado por parques ingleses alfombrados de verde, sombreados por árboles muy altos, muy gráciles, muy melancólicos, y sembrados de estatuas de bronce muy serias y muy insignificantes, Broadway *diagona* la ciudad de un vértice á otro, perturbando graciosamente la regularidad matemática de sus calles y avenidas, engendrando *blocks* aquí en forma trapezoidal, y más allá en diminutos y ridículos prismas triangulares. ¡Qué enormidad! Una, tres, cinco millas, y la sesga y silenciosa vía no termina; y es monótona al cabo. Por todas partes pequeñas tiendas cerradas, embutidas en altísimos muros; á cada momento estatuas de madera pintarrajeadas junto de las puertas bajas en que se expende tabaco; frecuentemente empinados sitiales, colocados en la acera, en donde los transeuntes se hacen dar betún con una formalidad monumental, y todo ello sigue y sigue. Porque nada acaba aquí; se perciben sin cesar los montones de *blocks* que comprimen la vía por donde transitamos. ¡Y qué altura la de esos *blocks!* Parece la superposición de dos ó tres ciudades de varios pisos cada una.

¡Y qué soledad! En los wagones funiculares (arrastrados por un cable de acero escondido en el piso), y allá arriba, en los *elevados*, transita alguna gente; pero en la calle casi nadie. ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué está abandonada esta ciudad? ¿En dónde están los habitantes? preguntaba en tono elegiaco. ¿Se los

ha tragado la tierra?—No, respondía mi compañero: la cuarta parte de la población está en el campo, la segunda cuarta parte está en el templo, la tercera en su casa y el resto en las cantinas (que están cerradas). Es domingo.

*

Después de más de dos horas de carruaje, llegamos aburridos y tristes á nuestro confortable y elegante hotel, en la 7ª avenida, muy cerca del Parque Central (Grenoble Hotel). Comimos, charlamos, nos instalamos, y hundidos en sendos lechos mullidos y calientes, cada uno de nosotros se encerró en sus recuerdos, rumió sus impresiones, y durmió ó no durmió. Yo á las tres de la mañana tomé un baño de agua fría, á las cinco otro de agua tibia, y así lo hice casi todos los días. Poco después, llevando ya en el estómago el zumo de dos ó tres racimos de esas uvas californianas, tan largas, tan apretadas, tan cristalinas y de tan lustroso envero, y medio litro de leche helada, salí á vaguear con mis compañeros. Programa: bajaremos por la 5ª avenida, hasta donde podamos; tomaremos ahí el ELEVADO (*the L*, dicen los *yankees*, que son una máquina de simplificar, en movimiento perpétuo) y loncharemos en *Down–Town*, en la ciudad baja.

*

La delicia de perderse en una gran ciudad desconocida, no es dada á un viajero en New-York. Las avenidas cortan la ciudad á lo largo, 9 ó 10, no recuerdo; y las calles á lo ancho, en número de más de doscientas, comenzando la primera en los límites de la ciudad vieja, allá abajo, en la base del triángulo que forma la punta de la isla. Nadie puede perderse; le basta leer en la cinta de los antigos faroles de gas, de que apenas los armazones quedan, el número de la calle y de la avenida, para orientarse. ¡Es singular que en este municipio de New-York, uno de los más ricos del mundo, y en donde se ha gastado y robado tan-

to, no haya sobrado un millar ó dos de *dollars* para placas indicadoras!

Las calles se parecen todas; he aquí el tipo que más se reproduce: grandes edificios, monumentales por sus dimensiones; ocho ó diez pisos con frecuencia; ningún balcón; ventanas todas, con dos bastidores de cristal que suben ó bajan deslizándose por correderas paralelas: nunca puede abrirse más que media ventana, ó la parte de arriba ó la de abajo; unos dos ó tres metros sobre el nivel de la acera, una serie de bonitas y pequeñas vidrieras: son las puertecillas de aquellas casas enormes, que tienen casi uniformemente un ancho de siete á ocho metros. Resultan, pues, series de torreones contiguos; mas como todos están construídos según el mismo patrón, parecen palacios del tamaño de un block cada uno. De la puertecilla se baja á la calle por una escalinata de piedra con grandes balaustradas; todo, casas y escaleras, de color de chocolate claro. Entre dos escaleras, el fondo de la acera está abierto, y por ahí recibe luz, cuando la recibe, el primer piso subterráneo en donde están el comedor y otras dependencias domésticas. El segundo piso subterráneo, siempre iluminado con gas, á veces recibe luz por el andén de la acera, en donde suelen substituir á las losas grandes placas de vidrio; á través de ellas puede el transeunte ver las cocinas, las calderas de los elevadores, calefactores, etc.

Desembocamos en una vía anchísima, que la altura y la robustez de los edificios que la bordan, hacen parecer estrecha; estábamos en el centro de la *Quinta Avenida*. Empieza allá abajo, más allá de nuestro horizonte; sube á lo largo del Parque Central y no termina: terminará donde termine New York, que ya rebasó su isla; pero, ¿New-York terminará en alguna parte? O seguirá á lo largo del Hudson y hará del Champlain uno de los lagos de su futuro *Central Parck*, y desembocará en el Canadá, que será entonces parte de la Confederación Americana? Quién sabe; mas cuando esto suceda, los Estados Unidos, después de un tempestuoso período de monarquía, ó mejor dicho, de cesarismos socialistas y demagógicos, habrán vuelto á su equilibrio

republicano, formando una confederación compuesta de grupos federales independientes, de verdaderas naciones; entonces nosotros, que habremos crecido más lenta ¡oh! sí, más lenta, pero más sanamente (*chi va piano va sano!*), veremos qué partido tomamos; ¡oh, lo hemos de pensar mucho! Si alguno no cree en esta profecía, tómese el trabajo de vivir cuatrocientos años.

*

No se puede negar; la primera impresión es soberbia: ¡Ah, si vieras la calle de Rivoli! ¡oh, si conocieses la Avenida de los Campos Eliseos; si hubieses recorrido el *Ring strasse* de Viena! me decían mis compañeros. . . . . Entretanto yo, que no conocía más que la «Avenida de los hombres ilustres,» hacía un esfuerzo para no permanecer boquiabierto, mientras mis amigos iban á rezar á San Patricio. Es un encanto esta iglesia de San Patricio, la catedral católica, viuda en aquellos días de su Arzobispo, que estaba en México coronando á Nuestra Señora de Guadalupe y sirviendo de corista en la apotéosis de Juan Diego, personaje tan real, gracias al poder creador de la imaginación del pueblo, el supremo poeta anónimo, como el Guillermo Tell de los suizos. A éste y á aquél los inventaron los monges; pero á éste, á Juan Diego, en la actitud en que querían los misioneros eternizar á la raza conquistada, protegida por la reina de los cielos, que convirtió la tilma indígena en una égida fulgurante capaz de embotar todas las codicias y avideces de los encomenderos, y de rodillas ante los frailes sus bienhechores.

En el centro de amplísimo ándito, tapizado con la felpa verde de deliciosa gramínea inglesa, se alza solo, soberbio y puro, el templo gótico que la piedad fastuosa de los irlandeses, que ayer se disputaban unas patatas y hoy derrochan millones, ha erigido á su patrono nacional, al santo misionero que es la personificación legendaria de su fe y su esperanza, de la religión y de la patria. La blancura del marmol, la elegante sobriedad de los apoyos exteriores de las bóvedas ojivales, la fantasía de la orna-

mentación, la fragilidad aérea de los muros diafanizados por vitrales gigantescos, la elevación sublime de las flechas orladas de marmóreo encaje, obligan á poner en olvido la extraña forma de monstruosa arácnida de piedra que tienen los templos góticos. Lo verdaderamente arrobador en esta iglesia de San Patricio, es la suavidad con que las líneas convergen todas desde las bases al extremo de la flecha, que la imaginación continúa en una línea ideal en lo infinito. Es una plegaria, como se ha dicho de estas maravillosas creaciones de la arquitectura ojival, pero una plegaria mansa y serena; no es un doloroso miserere, es un plácido y solemne *Te-Deum*. Los arquitectos que esto ejecutaron no eran esos monges inquietos y llenos de fe mística, pero en perpetua lucha con el infierno en el interior de su alma; no eran esos arquitectos de atormentado espíritu que intentaron hacer de un edificio inmenso una pirámide aérea maravillosamente calada y ornamentada con todas las quimeras y todos los demonios y todas las deformidades del pecado, trepando en forma de esculturas convulsivas por los arbotantes y abriendo sus fauces sobre el abismo en las gárgolas y riendo en los doseletes de los santos, mientras adentro se sucedían en una mirífica epopeya, todas las fases del combate entre la luz y la sombra, ensangrentado aquí, divinizado allá, por las claridades que filtraban del rubí y del zafiro de los vitrales. No, aquí no; en esta catedral hecha con lo mejor de todos los estilos del arte gótico, no hay lucha, hay triunfo; la luz que domina en el interior es la de la amatista episcopal ó la del topacio que rodea de oros de apotéosis las madonas, los tabernáculos y hasta las cabezas argentadas y los rostros floridos de dos ó tres irlandesas que hacen crujir los reclinatorios bajo el peso de sus cuerpos atiborrados de roastbeefs y de margarina de Chicago. ¿Qué es lo que falta aquí, ¡oh! San Patricio? Nada, todo; falta el tiempo, falta la pátina de los siglos, esa que quitará á esta catedral magnífica, su aire de haber salido ayer de una fábrica de catedrales, ¿qué sé yo? la historia, en suma; esto es lo que falta aquí. Dentro de ochenta años, cuando los anarquistas y los negros hayan degollado cien ó doscientas

familias de millonarios irlandeses en las gradas de San Patricio, el vapor de sangre que suba por estos muros, dando al mármol un tinte color de rosa, trágico y delicioso á un tiempo, habrá convertido este costoso ejemplar de la industria humana, en una obra de arte.

*

Líbrenos el cielo de que horrores como este que acabo de profetizar, esmalten de rojo algún día el libro de oro de San Patricio. Me tranquiliza que ninguna profecía mía ha salido cierta, porque no he sabido vaticinar *después*, que es la mejor receta para predecir lo futuro.—Pensaba en esto viendo sucederse las magníficas *casas altas* de la «Quinta Avenida,» en dos rayas paralelas, á mis lados. Hay en ellas más estilo; mejor dicho, hay en ellas todos los estilos, y todos esos estilos se suceden horizontal ó verticalmente: aquí hay una puerta profunda como la de una basílica gótica, allá un primer cuerpo románico, más allá triunfa el Renacimiento, enfrente se pavonea el pórfido negro en grandes columnas, acullá el rojo veteado de blanco. Encima de estos pisos bajos hay también una sucesión vertical de estilos, Pelión sobre Osa; lo bizantino sobre lo árabe, lo italiano de los *quatrocenti* sobre arcadas ojivas lanceoladas ó floridas, etc., etc. Entre todo este *pot-pourri* de arte, los grandes escaparates donde se muestran, ó carruajes, ó mobiliarios espléndidos, ó artículos de moda lujosísimos, ó ejemplares de arte, pinturas, grabados de alto precio, y así, sin cesar. La monotonía viene de lo igual en lo enorme, no de lo igual en la forma, porque todas las formas del arte del diseño, chocan aquí y desorientan la vista y desmenuzan la atención. Probablemente depende esto de mis ojos poco educados por el monumento y habituados casi exclusivamente á la estampa y al estereoscopio.

Rompen este alineamiento de caserones con bases de palacio, cuerpos de fábrica y coronamientos de templo ó de fortaleza, una que otra iglesia protestante, obscura de fachada y cubierta de parietarias, ó un estanque gigantesco (*reservoir*), encerrado en

muros ciclópicos, totalmente vestidos por la primorosa hojilla lanceolada de una hiedra japonesa muy de moda aquí.

Llegamos á *Madisson Square*, y me senté rodeado de italianillos nacidos en New York, que hacen un curioso mosaico anglo-napolitano al conversar con sus clientes latinos, mientras dan lustre á los botines. Hermoso parque inglés éste, decorado por un monumento á la gloria de los triunfadores en la guerra de México, del que es permitido no hacer caso, en segundo lugar, porque no vale nada. Más agradable es contemplar la gran estatua sedente de Mr. Seward, de un parecido sorprendente; un buen viejo era éste; yo le dije ciertos versos muy tontos, cuando era colegial, en el salón de Embajadores, y como no los comprendió (¿los comprendía yo?), lo conmovieron, á juzgar por un sonoro y húmedo beso que me estampó en una mejilla. *Good by Mr. Seward.* Y tomamos en seguida la próxima estación del *elevado*; yo abría tomado mejor el próximo restaurant.

*

Tiene toda mi aprobación este invento de los ferrocarriles elevados, ó como aquí dicen todos: el *elevado* ó *the L*, sencillamente, conduciendo por término medio un millón de pasajeros diariamente; los trenes del *elevado*, que se siguen con intervalos de dos á tres minutos en el día, y de diez por la noche, van y vienen á lo largo de varias avenidas desde lo más alto de la ciudad, desde el río Harlem y de más allá, hasta la punta de la isla, hasta lo que se llama *La Batería*. La vía, de hierro y madera, está construída, sobre columnas fundidas, á la altura de los primeros pisos en la ciudad baja, y á la de los más altos, á veces, en la superior; allí, hacia el Harlem, los trenes van al nivel de los tejados de casas de doce y quince pisos, sobre tinglados de fierro que parecen nacidos de la torre Eiffel; desde allí se domina el Parque Central y gran parte de la ciudad; merece verse. A veces, en una sola avenida se alínean dos vías separadas; suelen, sin embargo, ir juntas en una armazón sola que sirve casi de techo al pavimento inferior, por donde discurre otro millón de pasajeros

en wagones funiculares ó de tracción animal y en toda clase de vehículos; nadie anda á pie, sino el menor espacio posible, y cuando estos señores van á pie, van corriendo á buscar la escalera del *elevado*, ó á subir en la primera bocacalle á la plataforma de un wagón de cable. *Et sic semper.*

Llegamos á *Down Town* que es un laberinto de callejas tortuosas, la antigua *Nueva Amsterdam* de los holandeses, circundada y penetrada por la vieja New-York. Es un triángulo erizado de muelles (*docks*) en sus catetos; los transatlánticos, los ferrys y mil embarcaciones de toda especie zumban en derredor de esos *docks*, ó inmóviles como cetáceos colosales hacen sus formidables digestiones de artículos de exportación, en cambio de baratijas ó de emigrantes.—En este triángulo, el mundo entero está presente en vertiginosas transacciones comerciales, y todos los representantes del comercio del mundo han querido tener ahí un despacho, un mostrador, un libro de cuentas; por eso el terreno tuvo una demanda enorme y todo quedó distribuído en proporciones de siete metros y medio de frente; entonces, para dar cabida á esta enorme población diurna de la transacción y del lucro, sobre un piso vino otro y veinte más, y los arquitectos americanos, preocupados bien poco del arte, y gobernados por la necesidad de conquistar en el aire lo que no era lícito tener en el suelo, y de buscar en sus construcciones mucha resistencia contra el viento y contra lo deleznable del piso, han hecho maravillas de solidez frágil; empeñados en tener en sus fantásticas torres todo el *confort*, toda la comodidad característica de la cultura yankee, inventaron los *elevadores* y otra porción de cosas que es preciso que nuestros arquitectos vayan á estudiar allí, *sur le terrain*, porque cada una de ellas significa una dificultad vencida á fuerza de cálculo, un problema resuelto á fuerza de ingenio. Y así es como se han puesto de moda en New-York y en toda la Unión, estas casas que los americanos llaman con cierto orgullo «rasca nubes» *sky-scrapers*. Pronto estas torres serán de acero, ó de vidrio, ó de aluminio, y subirán (hay una en construcción de 25 pisos y otra de 32 en proyecto para el *Sun*,

popular periódico de aquí), á 140 metros. Supongo que habrá que tener entonces encendida la luz eléctrica todo el día en las calles de esta Babilonia.

*

D. Juan Navarro, cónsul general de México en New-York, ha situado su despacho en uno de esos edificios de oficinas, que, como todos, en esta parte de la ciudad, tienen las bases minadas de cantinas y restaurants para lonchar rápidamente; Don Juan Navarro ha visto crecer rumbo al Norte y rumbo al cielo, esta ciudad hipertrofiada de gente y de dinero que él encontró modestamente instalada entre *Madisson Square* y la Batería. ¿Qué, es tan viejo el señor cónsul? ¡Oh! no; tiene la coquetería de dejarse decir que ha pasado de los cincuenta; yo creo que no. Habla y discurre como cuando estudiaba *en Medicina*, tan jovial, tan franco y tan *cuentista* como un estudiante, y anda todos los días dos ó tres leguas por *Broadway;* bebe poco, usa el agua fría y se acuesta temprano. El cónsul verá celebrar el segundo centenario de la Independencia de los Estados Unidos. *Amén.*

Una hora habíamos empleado en ir y venir por *Wall–Street* (este era el límite de la vetusta ciudad), y comenzaban á aburrirme infinitamente los movimientos rápidos, mecánicos y silenciosos de aquella multitud sin solución de continuidad, y me parecían tontas las columnatas de la sub–tesorería de los Estados Unidos y sin gracia la Bolsa, y soso el cielo gris y la atmósfera que mojaba los vestidos, casi sin lluvia, cuando nos encontramos con una iglesia amarillenta, de un gótico serio y viejo, junto á un cementerio lleno de piedras sepulcrales. Aquí estaba la antítesis, luego la poesía; y sí, aquí estaba la poesía; esta es *Trinity Church*, como si dijeramos la catedral protestante de New-York. Me pareció mucho menos bonita que San Patricio; aquellas naves espléndidas, aquellos *vitrales* inmensos regalados por los ricos irlandeses, aquel *altar mayor*, que me hizo tan agradable impresión y del que ya no me acuerdo, no pueden compararse á este interior de la Trinidad. Este me gusta más; es más viejo

¡oh! sí; las vidrieras son más pequeñas, los órganos no son tan soberbios, todo es más pequeño ¡y tan desnudo! En el ábside una gran vetusta sillería tallada en nogal ó encino, y su camposanto al lado y *Wall–Street* en frente. Esta impresión se filtra hasta el fondo del alma; hay algo allí que hace resonar dulcemente la cuerda de arpa de los sueños ya no soñados, de las esperanzas lloradas secretamente hace tiempo, y entonces el órgano que todos llevamos en la abandonada capilla de nuestro sentimiento religioso, canta el cántico lejano de las primeras creencias, de los humildes altares de la iglesia natal, y veinte generaciones de creyentes surgen en nuestro corazón y se postran ante Jesús, el fundador de los templos pobres, el maestro de los apóstoles sin brocado, sin oro.

IN EXCELSIS

Yo creo que el elevador, esta caja de fierro ó madera, elegantísima á veces, que sube y baja sin cesar por medio de un sencillísimo mecanismo, se inventó solo; surgió un día del anhelo de encaramarse por la atmósfera, que sintieron Nueva York, Filadelfia, Boston, Chicago; de la necesidad de establecer pirámides humanas en estrechísimo recinto, caro como una acción de mina en bonanza, de hacer inmensos alojamientos verticales, por la imposibilidad de hacerlos horizontales, de todo esto; porque hay que pensar que sin el elevador, todo esto habría sido imposible, y como era indispensable, el elevador nació. Y como el agua del río sube por medio de una bomba de vapor á los más altos niveles, así aquel río de gente que, en wagones y carruajes y á pie, corre durante el día por las calles de la gran ciudad, se distribuye en infinitos canales vivos, que ascienden y descienden incesantemente dentro de aquellos edificios donde hierve el esfuerzo humano, á lo largo de cables de acero que por la ligera, pero perenne conmoción que producen, parecen hechos con nuestros nervios. Así es este pueblo; derrocha tal can-

tidad de fuerza nerviosa, que si se pudiera transmutar en eléctrica, bastaría para alimentar un fanal que alumbrase un cuarto del planeta.

Estas reflexiones hacía para mis adentros visitando á algunos amigos en sus nichos del tercero, del quinto, del octavo piso de esas enormes casas de oficinas, *building*, de la ciudad–baja. Uno de los mozos que conducen los ascensores de la casa en que está nuestro consulado, sabe algunas palabras en *mexicano*, como él dice; su vocabulario se compone de diez ó doce interjecciones solamente, pero muy expresivas; son desvergüenzas en español muy castizo.

A las once de cierto día subimos una escalinata de fierro, tomamos nuestros billetes, y á Brooklyn..... Lo que más admiré en Nueva York fué primero Nueva York; no me habría cansado de verla un año entero, siempre le encontraba algo nuevo, y si no algo bello, sí siempre interesante; me gustaba más aquella Nueva York de bulto, que París ó Londres..... en estereoscopio, que es como he visto ¡ay! á Londres y París.... Pero Nueva York tiene sus detalles que son maravillas; duodécima maravilla del mundo (la 13ª es la Torre Eiffel) ¡el puente de Brooklyn! Por supuesto que la tal maravilla tan cacareada y tan elogiada..... lo es en realidad. No es un *humbug*, no es un *borrego* este puente. *Allez y voir*, como dicen los galos. Anduvimos como medio kilómetro sobre aéreo tablero de fierro por encima de la ciudad, antes de llegar á la margen del *East–River*, que la separa de Brooklyn; en cada orilla se levantan sendas pilas soberbias, macizas hasta la altura en que el tablero colosal del puente se lanza sobre el río, y clareadas en su estructura superior por un doble arco ojivo. Y es indecible la elegancia de esta cosa enorme (que me perdone el lector los epitetazos, no hay otros en mi *carnet* de viaje). ¡Hay tal gracia de encaje metálico en la onda espléndida que traza esta hamaca de cuatro cables de acero kilométricos, que, partiendo de otras curvas amplísimas sobre la tierra firme, atraviesan las cornisas superiores de las pilas y sostienen el puente á cuarenta metros de

altura sobre el agua! La mesa tramada de metal tiene cuatrocientos cincuenta metros de largo, cuyos bordes están unidos á los cables por varillas de acero que se cruzan con las que parten en abanico de las cornisas al puente, formando una red que da fuerza, aumentando la gracilidad aérea de la construcción.

Veinte mil personas por hora atraviesan este frágil paso sobre el abismo, unas en las líneas férreas, otras en carruajes y sobre una amplia calzada las pedestres, viendo bajo ellas las puntas de los masteleros de los barcos que pasan y pasan, sin lograr tocar con sus penachos de humo el levísimo techo de fierro colgado en su cielo.

Por las ventanas de nuestro wagon vimos iluminarse y desvanecerse, como ilusión de óptica, la bahía, bordada acá y allá de una movible mies de mástiles y surcada por buques, enormes de cerca, pero que parecían juguetes de niños en las lontananzas de aquella límpida plancha de cristal azulosa que se angostaba y canalizaba lentamente para pasar debajo de nosotros.

Llegamos á Brooklyn, «una ciudad hermosa,» que pegada á Nueva York no es más que un suburbio enfático de la *Empire–City*. Por aquí corren y corren los coches eléctricos, que en Nueva York no ha permitido el Ayuntamiento; pero nosotros tomamos una especie de wagonete que nos condujo al cementerio, á *Greenwood*. Es un parque inmenso; las amplias calles suben y bajan en comodísimas rampas en torno de camellones vestidos de una moqueta espesa y sedosa de grama inglesa de un verde ideal. Los árboles, que parecían haber detenido gotas de sol en sus frondas de oro otoñal, sombreaban aquellos montículos que convidaban no á dormir, ni siquiera á dormir el último sueño, sino á sentarse sobre ellos con una cesta repleta de provisiones al lado. ¡Diantre! Así es la vida:

en verso todo empieza y todo acaba en prosa.

Aquello era melancólico, monótono, delicioso como el *Cementerio de Aldea* de Gray:

Bajo de aquellos álamos nudosos,
del tejo melancólico á la sombra
donde se alza en mogotes numerosos
el cesped verde en desigual alfombra
(*Trad. de Hevia.*)

y sin embargo ¡ay de mí! no me quitaba el hambre. Ni había por qué; el cefirillo era glacial, el paseo largo; la muerte es larga, es muy larga; un poeta latino de la decadencia, es decir, de la edad en que las razas sanas empiezan á volverse histéricas, Balbino Dávalos, lo debe de haber dicho: *mors longa, vita brevis.* No, ni había por qué perder el apetito ahí; ahí la naturaleza es solemne, pero la muerte es industrial. Torrecillas góticas, sepulcros ingeniosos, ostentosos algunos, sin gusto todos; aquí está el sepulcro del inventor H., del filántropo R., del General M., del fabricante de pianos Steinway, del inventor de la *soda–water.* Pues bien, ¡cómo perder el apetito, á fuerza de tristeza, delante de la tumba singular del inventor del agua gaseosa! Dejé, pues, aquel magnífico jardín, suspirando por un buen roast–beef y una taza de leche. Logramos satisfacer nuestro irreverente deseo y volvimos á pie por el puente. Dejábamos la muerte atrás, esta es la vida; los hombres desaparecen, pero el hombre no, el hombre es eterno—eterno en términos hábiles, como dicen los abogados; una eternidad de un par de millones de años, una eternidad de bolsillo; pero á esa eternidad acomoda sus obras. Esta es una de ellas.

Nos comprime el panorama; á nuestra derecha el río ó el brazo de mar que baña por el Este la isla de Manhattan, corre y se pierde, literalmente cuajado de embarcaciones, de todas las formas, de todos los tamaños; navíos de guerra que pasan debajo de nosotros, chatos, con sus torres de fierro por donde asoma la trompa siniestra del cañón monstruo, sus marinos y oficiales muy tiesos y muy indiferentes, cada uno en su puesto, como soldados de plomo de un metro de alto, rumbo al arsenal de Brooklyn; navíos mercantes donde todo es movimiento y ruido, y mil otros en perpetuo vaivén; todo se ve muy claro desde arriba, no se pierde detalle, y se abarca el conjunto, sin embargo, y esta es una diversión superior. Ahora, si se separa la vista del East–River, encerrado en un doble cantil formado de edificios monumentales de Brooklyn y Nueva York, y se dirige al otro lado del puente, á la bahía, grande como un golfo, viviente como una ciudad flotante, sembrada de islas, y unida en el horizonte con el Océano y desvanecida en el espacio, entonces..... Aquí tienen ustedes un espectáculo que no cambiaría yo por todos los lonches del mundo; pensaba esto con toda sinceridad; ¿sería porque ya había lonchado? Puede ser; lo que quiere decir que ya no soy poeta.

*

Sería curioso que me metiese ahora en la empresa de describir el *Post-office;* la casa de Correos de México, no se le parece. —Ni la fachada de vieja casa española, remozada por nuestro estilo arquitectónico oficial, que es *banalísimo*, como diría yo si no perteneciera á la Academia, tiene puntos de comparación con esta fachada suntuosa y fría, terminada por *mansardas* ó buhardillas como las del Louvre ó de Versalles; ni el patio en que se recibe al público en México, en derredor de casilleros de poca importancia, puede dar idea de esta amplísima nave, techada de cristal, sostenida por altísimas columnas de estilo noble, rodeada por eminentes galerías de fierro, mucho mejor iluminada por la electricidad que por el sol las calles de la ciudad, y en la que mesas y escaparates forman como un plano en relieve de edificios de madera y calles y plazas por donde discurren centenares de personas.....

¡Y por qué habíamos de tener aquí una casa de correos, si no la hemos hecho! Si aquí ha sido necesario apropiar los macizos edificios coloniales, todos de estilo conventual y adecuados para la vida interior de silencio y recogimiento, á la vida moderna que es toda exterior, toda actividad, toda fiebre..... Eso llegará y espero que llegará mejor; entretanto, no nos conformemos con lo que tenemos, no, *go a head.*

*

¿Y aquella cúpula de cobre que se me incrustó como un clavo en el cerebro cuando divisé á Nueva York por primera vez en esta supuesta isla de Manhattan que en realidad no es más que una lengua de roca arenosa, erizados de docks sus bordes como la defensa de un peje–sierra? Aquí está, sobre una de estas torres angulosas en que vive esta gente su frenética vida de negocios, y que no es posible llamar casas; son los templos del *business*. Arriba, pues; pagamos unos cuantos centavos, entramos en nuestra jaula. . . . Solo el tiro de una mina puede dar idea de estos pozos, por donde vuelan los ascensores. . . . Llegamos, subimos una escalerilla de hierro, y henos aquí instalados en una ventanilla de la cúpula.

Ya sabía yo que así era Nueva York; no había cesado de figurármela así, y ¡qué sorpresa! Cómo dar idea de este *apeñuscamiento* de edificios aquí abajo de nosotros, que un poco más allá se calma, se serena, se regulariza y se escapa en macizos simétricos de casas rojas, rojizas ó enrojecidas, que no dejan de ser grises sin embargo, y se va, se va por la estrecha isla y se pierde en nuestros horizontes en un salpicamiento de manchas verdosas de árboles, entre girones de nubes de humo de carbón de piedra. Desde esta altura se ve á nuestra derecha la línea de Brooklyn y el puente en un escorzo maravilloso; entre los ángulos de las casas se ven cruzar las velas, las chimeneas, los árboles desnudos de los barcos; aquí abajo se distinguen los ramales de fierro del *elevado* sobre el cual arrastran sus enormes eslabones los trenes, que pasan y pasan, tragando y vomitando gente en las estaciones. Más abajo los coches funiculares surcan ríos de viandantes y de carruajes que forman, en las bocacalles, gruesos nudos vivos, que se disuelven y reforman instantáneamente. Broadway, como una serpiente negra de multitud, corta al sesgo las otras corrientes y casas y calles y avenidas y plazas, y se pierde quién sabe dónde. Aquí no surgen los campanarios, como en nuestras ciudades; una que otra aguja gótica, que nunca se

sabe si es de una iglesia ú oficina pública, ó colegio ó compañía de seguros; las que descuellan como torres son las casas altas, las de quince ó veinte ó veinticinco pisos, como esta azulosa y aun no rematada que vemos aquí á un lado. Los penachos de humo espesos cerca y tenues y blancos á medida que se alejan y que se escapan de todas las chimeneas, dan á todo esto cierto aspecto de inmensa estación de carros fúnebres, inmóviles bajo sus plumeros ondeando en una sola dirección.

Corrimos á otra ventana. Oh! el agua, el agua, las tendidas, las interminables planicies de agua, este es el panorama supremo, este es el espectáculo que nunca sacia, que hipnotiza, pero que no cansa, que absorbe la mirada primero y el pensamiento luego, y la emoción después, y lo deja á uno sin conciencia, como el fragmento de madera que flota á merced de las olas. . . . Cada contemplación del mar es un naufragio, es un desvanecimiento infinitamente voluptuoso en el no ser; el *nirvana* de los budistas aquí está, de aquí brotó la imagen que se tornó en idea, que se volvió sistema en el cerebro de los filósofos ascetas de la India. . . .

La bahía se ve desde aquí admirablemente recostada en la luz de esta tarde clara; está gris como el cielo, parece formada de cielo líquido; las islas cargadas de edificios y espinadas de mástiles la pueblan sin disminuirla; todos los monstruos que surcaban el océano en los tiempos terciarios, han vuelto á la superficie en forma de navíos, de ferrys, qué se yo, en todas las formas; pero rígidos en sus inarticulados carapachos de fierro, con sus caudas rotatorias ó sus formidables aletas que transforman las olas en lumíneas explosiones de diamantes y topacios. . . . Allá en frente, en una isleta, se ve una figura que parece la vigilante pastora de estos monstruos marinos; la Libertad de Bartholdy. «Nos queda un segmento de tarde y de luz: vamos allá.»

*

En el vaporcillo que tomamos para ir á *Bedloes–Island*, en donde alza la estatua de la Libertad su antorcha que ilumina al

mundo, nos divertimos bastante: una murga más ó menos húngara, tocaba walses y polkas sin tomar resuello, más que para enviar al primer violín de la orquesta á recoger los medios dollars de los pasajeros, y una parvada de muchachas que parecía escapada de un Colegio del Sagrado Corazón protestante, bailaba incansable, sin mamá ni tía que la vigilase, y cuidada sólo por el pabellón de las estrellas, que estampa sus barras rojas en el rostro del que insulta á una mujer, y por los grandes ojos de bronce de la *Libertad* que va viniendo colosal y rígida hacia nosotros.

Mis lectores saben de memoria la estatua de la libertad, regalada por la República Francesa á la Norte–Americana; se la encuentra reproducida en símili-bronce, en aluminio ó nikel en todas las tiendas de baratijas exóticas. El original es aterrador; quiero decir que la primera impresión que en mí produjo, fué el terror; exactamente igual á la que resiente un niño frente á un toro. Esta sensación es fugaz: acercándose al pedestal, que es una torre, la impresión se desvanece casi por un detalle que la dispersa y la disuelve; aquel coloso está hecho (á la vista naturalmente) de pequeñas placas clavadas artísticamente; muy difícil es que se funda toda aquella multitud de fragmentos en una sola figura; cuando esta reaparece á nuestros ojos, ya es más serena la imágen. Es de una serenidad sublime; toda la estatua viene de Grecia; parece salida del taller de Scopas. El busto recuerda á la Juno–Ludovisi, la diadema de rayos y la clámide y el *epomis*, son apolíneos. La escultura helénica es una fuente de eterna juventud; el artista necesita no copiarla, sino dejarse sugestionar infinitamente por ella; así Bartholdy. Y era natural: la libertad, la política, la civil, es una invención helénica, mejor dicho, es un producto del intelecto de los helenos, como la ciudad, como la civilización; mejor dicho, es la civilización misma; esta libertad iluminando al mundo, es el jeroglífico gigantesco de la civilización humana.

Precedidos por nuestras intrépidas compañeras de viaje, subimos la escalera altísima del pedestal; luego vi la estrecha espiral de fierro que por dentro de la estatua misma asciende á la diadema y á la antorcha, y teniendo en cuenta mi volumen, vacilé y me quedé; mis compañeros, fuerte y ágil el uno y delgado como una fibra de ramié el otro, treparon en pos de las mises. Yo pude á mis anchas ver (no me cansaba de ello nunca) la espléndida bahía de Nueva York.

La ciudad enfrente derramada en tropel en larguísima isla; á mi izquierda el Hudson adonde, entre un centenar de embarcaciones, penetraba un magnífico *paquete* rojo y negro de la Trasatlántica francesa; en la orilla derecha del Hudson, N. Jersey, una reducción en ladrillo y fierro de la gran ciudad; del otro lado de ésta, aquí cerca de nosotros, la Isla del Gobernador cubierta de pesadas construcciones; más allá el diluvio de casas de Brooklyn; sobre el Eastriver, como trazado en gris con la punta de un pincel mojado en tinta de China, el puente de Brooklyn, entre cuya onda inmensa pasaba silbante y hermoso un tren de vapor; deliciosamente dulce el paisaje hacia aquel lado, una acuarela á dos tintas que habría sido firmada por un maestro holandés.—Del balcón opuesto se veía la boca del estrecho (*los Narrows*) que comunica la bahía interior con la exterior que se pierde en el Atlántico. Una isla cuya separación de la tierra firme no se advierte (*Staten–Island*), recorta nuestro horizonte con su costa parda sembrada de poblacioncillas de recreo. El cielo estaba pintado con una sola tinta pizarrosa que se degradaba hasta el lila tierno en el amplio arco del Sud-Este, y parecía reflejar un oculto crisol de oro en fusión, allá donde el Hudson vierte en la Bahía su lenta corriente de ametista.

Vimos concienzudamente la estatua, haciendo estaciones en los ángulos de la esplanada en que descansa el severo pedestal. A esta distancia, por el frente, tiene la Libertad un aspecto augusto, pero parece demasiado robusta y se ve corta por maciza. Del otro lado del brazo que erige la antorcha, un poco atrás, el ángulo de vista es admirable; se ve todo el desenvolvimiento de la figura, lanzada, como un unísono cantado por un pueblo ó por un océano, hacia lo alto, en un *gloria in excelsis* de bron-

ce y de vida. Es inexpresable, visto desde aquí, el movimiento que, transformando la fuerza en gracia y harmonía, recorre la estatua de línea en línea, ondulando desde el pie echado hacia atrás, por los pliegues de la túnica, hasta el gálibo divino del rostro y el perfil del brazo, para rematar en el balcón y en la flama inmóvil de la antorcha. Sentimos el golpe en plena alma, nuestras miradas quedaron como cristalizadas al contacto de la mujer de bronce, y la sangre se agolpó á nuestro corazón.

Junto del pedestal hay un *bar*, en donde sirve á los turistas cerveza ó soda un enorme mocetón que por la estatura y la hermosura, parece hijo de la estatua. Caía la tarde cuando navegamos de vuelta á la ciudad; la misma música, las mismas muchachas bailadoras, las mismas baratijas, reproduccioncillas de la estatua (estaño, cobre, cristal, etc.) Pero música y baile y comercio, todo quedó repentinamente en suspenso; los pasajeros éramos todos ojos; ¿cómo evitar un choque antes de llegar á nuestro desembarcadero? Sobre las olas color de violeta formaban una verdadera malla de espuma las estelas de treinta ó cuarenta barcos que surcaban en todas direcciones. Con una precisión admirable pasamos tocando la hélice de un navío inglés, y sintiendo á la espalda el vaho de hulla quemada de un *ferry* que con sus faroles encendidos parecía flotante pirámide de luz.

Sentados luego en una banca de fierro del *Square* que borda la Batería, pegamos nuestro oído al salmo melancólico de nuestro espíritu; ¡oh! libertad, reina aquí sobre inconmovible asiento, allá ideal muy puro, sí, puro ideal. ¿Qué eres, por qué no nos conformamos con vivir sin tí, con ser dichosos sin tí? ¿Por qué, para apellidarte, apuramos los vocablos de admiración y amor de nuestro idioma? Por qué te llamamos augusta, y santa y tres veces santa y más aún, te llamamos madre? ¿Madre de qué eres tú? Madre de violencias, de tumultos, de manos armadas, de multitudes ébrias, de sociedades histéricas, de pueblos que se bambolean y se desmoronan, eso eres en la historia! ¡Oh manía incurable de nuestro corazón! Pero si no esperásemos en tí, no creeríamos en la vida moral, nos sabría á ceniza el placer más noble; se apagaría, como una llama en el fanal neumático, nuestra fe en el porvenir. ¿Te veremos los hombres de mi generación aunque sea sentada al borde de nuestra tumba? ¡Te hemos llamado, te hemos amado tanto! .... Mi generación creyó entrever un día tu aurora política! ¿Fué una visión juvenil? No importa; moriremos gritando como el Berlichingen de Goethe: ¡Aire celeste .... libertad, libertad!

En la impenetrable tiniebla, rodeada de una corona de diamantes eléctricos, la antorcha de la estatua constelaba la noche.

POR ABAJO

Cómo se traduce en castellano el verbo francés *flâner?* Lo ignoro, palabra de académico; pero traduciendo ese verbo en la mínima dosis de actividad corporal que me permiten mis copiosos kilogramos de peso, fué como pasé algunas horas deliciosas en Nueva York, desesperando á mi *cicerone* que se levantaba á las doce en punto y que pretendía atrapar las cuatro horas perdidas de la mañana, en el tiempo que empleaba un sibarítico puro veracruzano en convertirse en espirales de humo.

Vaguear caprichosamente con la seguridad de no ser cazado por el pensamiento interior, como una mosca por una araña; vaguear con la certeza de la perpetua distracción para los ojos, con la certeza de objetivar siempre, de no caer en poder de lo subjetivo, el insaciable verdugo del placer y la esperanza; vaguear basculado por la gente, afianzándose de los cristales de los escaparates (un yucateco, según me dicen, es capaz de afianzarse de un cristal, y por eso no borro el disparate), mirando al interior de las casas, husmeando en los almacenes, anclando en las tiendas, embobándose delante de los edificios, seguidos con

los ojos de piso en piso, con peligro de una entorsis del cuello, hasta las balaustradas ó las buhardillas que los rematan, y recortan, encima de cada calle ó avenida, una cinta estrecha de cielo entintado de gris húmedo por el Otoño, ¡qué olímpico placer! ¿Quién ha dicho que *el tiempo es oro?* Todo el pueblo yankee, me replica mi compañero; este apotegma, *time's money*, corre las calles de Nueva York, de Chicago, de Fil. . . . —Pues es una mentira del tamaño de esa masa colosal que tenemos enfrente, donde tres ó seis pisos, ornamentados en el estilo del Renacimiento, se encaraman sobre cuatro ó cinco románicos que aplastan una planta baja con hondísimas puertas, chatas y obscuras, vagamente bizantinas: de este tamaño, sí. En primer lugar no es oro el tiempo, ¡ojalá! todos seríamos ricos, lo que equivale á decir que todos seríamos pobres, y en quinto lugar, todo tiempo que no se emplea en proporcionarse un gran placer para el espíritu, á través de los sentidos ó no, es cobre; todo montón de oro que no se gasta en eso, es cobre, se cambia por centavos. . . .

Una llovizna fría nos hacía marchar, en perenne ráfaga de agua pulverizada por el Norte; así pasamos por el parque Bryant. ¡Ah! cómo me acuerdo de este patriarca de la poesía anglo-americana, tan popular aquí, en otro tiempo, como el divino Longfelow, cuya *Evangelina* ha traducidó Joaquín Casasús con admirable intuición poética á veces. ¡Bryant! Muy presente lo tengo, con su tez de mujer de veinte años, á los setenta, su gran nariz bondadosa, su barba inmensa que parecía hecha con hebras de luna, sus ojillos de llama azulosa, dulcemente irónicos. . . . Recuerdo su lento y *accidentado* castellano, su cariño por todo lo nuestro y su adoración, es la palabra, por Guillermo Prieto, este homérida casi desconocido por la generación de hoy y destinado á una resurrección espléndida. . . . ¡Bryant! y recordaba algunos versos suyos, elegantemente vertidos por el Sr. Mariscal: *Thanatopsis*, *el Ave Acuatil.*

De *el Ave Acuatil* son estas estrofas aladas. . . .

¿A dónde entre esos húmedos celajes,
perdida vas en el confín del cielo?
¿A dó se tiende al espirar el día,
tu solitario vuelo?
.....
La mano amiga que de zona en zona
por el desierto azul tus alas guía,
guiará mi paso en el revuelto mundo
hasta la tumba fría!

*

Es una sorpresa, en medio de estas ciclópicas arquitecturas, en que las proporciones se ahogan en las dimensiones, la casa del *Herald.* Empieza, naturalmente, debajo de la calle, pero muy abajo, y surge á la luz, pasa sobre los inmensos cristales que almacenan en sus entrañas un poco de la claridad exterior y se eleva apenas á la altura de los primeros pisos de los edificios circunstantes, con un aire elegante y artístico de palacio italiano: columnas esbeltas y arcos de fáciles curvas, tales como los erigían en Toscana ó Lombardía los incomparables maestros del *cuatrocento.* En la amplia acera, recargado en un apoyo metálico, puede ver el transeunte el tiro del gigantesco diario y desarrollarse en torno de los formidables tambores de acero la tira kilométrica, cortada en fragmentos infinitos que pone en comunión, al través del espíritu, embebido en tinta, de un grupo de periodistas, anónimo y casi irresponsable, el alma de una ciudad y el alma de un mundo. Solo el poder de la Iglesia en la Edad Media ó el del Consejo del Príncipe en el Alto Imperio, pueden dar idea de este poder que todo lo comprime y todo lo difunde, confuso, difuso é ilimitado por ende, de que es un órgano magnífico este *New-York Herald.* El *periódico* matador del libro (el matador de *Notre Dame*) que va haciendo de la literatura un reportazgo, que convierte á la poesía en el análisis químico de la orina de un poeta, que reemplaza *las noches* de Musset con un detalle secreto de la alcoba de Jorge Sand, que ha hecho de la elocuencia un telegrama; que disuelve y homeopatiza todo sentimiento, toda pasión, todo arranque, tras-

mutándolos en glóbulos de sensaciones; que ha dado al valor el aspecto de una empresa teatral y á la guerra el de una corrida de toros; que ha sentado á la humanidad entera en un circo romano desmedido, desde donde se ven pelear y morir, al reñidor en la puerta de la taberna, al duelista junto á la tapia del cementerio, á la horda africana que busca con el hocico morrudo la yugular tronchada del enemigo para beber su sangre á grandes tragos voluptuosos, al español, amarillo de fiebre, que espía en la *manigua* el reflejo del machete, y mata y mata, para salir del infierno cubano por la escala de la muerte; el periódico..... ¿Pero adónde voy á parar con este arranque de pesimismo? No sé; lo engendra en mí un sentimiento angustioso de inquietud, de horror, ante una fuerza que crece y lo llena todo y cuyo neutralizador ni conozco ni adivino. Se me figura que un mundo va á ser esclavo de otro, en el siglo futuro, y aquí veo al amo en pañales de papel. Se me figura que hacer de la precocidad, de la curiosidad, del furor de sensaciones, del diletantismo infinito, las supremas necesidades de la vida; que reemplazar el alimento con el excitante perpetuo; que reducir todo vicio, toda virtud, toda ciencia, toda creencia, todo ideal, todo arte á anuncios, es un mal de muerte, y los millares de millones de caracteres impresos en este papel sin fin, me parecen microbios, los baccilos y los esporos de la civilización.

En la azotea del *Herald* hay, sobre la puerta principal, un par de hércules, el Tiempo y el Trabajo quizás, figurones soberbios de bronce negro que aplastan al edificio volviéndolo pedestal; en las almenas sendas lechuzas, cuyos ojos se iluminan con luz eléctrica de noche. ¡Muy ingenioso, muy interesante, muy feo!

La lluvia, que empapa las baldosas de la acera, impide andar, por miedo de los resbalones, á todo aquel que no esté provisto de un sobrecalzado de cautchuc. En busca de este artículo indispensable entramos en un almacén de calzado, porque no me atrevo á llamar zapatería á esta especie de basílica con sus naves, sus departamentos de hombres y de mujeres, sus oficiantes

ó dependientes en perpetua genuflexión ante los marchantes que, repantigados en muelles banquetas, les entregan sus articuladas bases (anchas, enormes las de ellos, como de elefantes adolescentes, y largas y romboidales las de ellas) para que las hagan caber en uno de los centenares de pares de zapatos de todas las formas, dimensiones, pieles y barnices, que pronto quedan amontonados en pirámide gigantesca al lado del cliente. Dos cosas, vaya tres, me llamaron la atención: la cantidad de zapatos de piel amarilla que aquí se consume; todo el mundo los usa durante el día, y sólo los reemplaza con el *zapato de charol* para la comida, el teatro ó la tertulia; costumbre excelente que irá acabando con el odioso reinado del betún, y la cantidad de zapatos viejos que en estos emporios del calzado se renueva.

Por una canal vertical veíamos subir á los pisos altos un verdadero río (¿suben los ríos?) de ejemplares, llenos de deformidades teratológicas, de arrugas épicas, de leprosidades inverosímiles denuncios; de fatigas crueles, de carreras incesantes, de inmersiones odiosas, de frotamientos con todas las piedras, con todos los clavos, con todas las miserias, y nuestra repugnancia era vencida por nuestra curiosidad. Creíamos ver en aquellos zapatos la huella, el molde, el hieroglifo, el símbolo de la actividad de este pueblo que todo lo deforma, lo gasta, lo contrae.... y lo renueva, agregaba yo para mis adentros, viendo otro río de zapatos compuestos, brillantes, nuevos, que bajaban en sendas cajas de papel satinado, distribuídas en el acto á cien repartidores. Con razón el americano, en cuanto puede, apoya la cabeza en cualquier respaldo y lanza á la mayor altura posible (generalmente á la cabeza del vecino) sus dos pies gigantescos; son su emblema, los enarbola como un estandarte, los muestra como un escudo; son su orgullo y su fundamento; como los pies son tan sólidos, el movimiento ha sido tan continuado; esos pies fuertes quieren decir progreso, dicen *go a head*.—La tercera cosa que llamó nuestra atención es el ejército de muchachas que hay en cada uno de estos almacenes: al margen del trabajo que requiere fuerza muscular y esfuerzo prolongado, el ameri-

cano ha dejado á la americana (irlandesa, alemana, canadense, etc.) un espacio en que va creciendo todos los días; el margen devora ya la página.

*

Si yo fuera el Califa de Bagdad, tendría en medio de un zafiro líquido, sobre una roca del color de rosa de las perlas color de rosa, una cabaña con su sombrero de paja dorada, al lado de la cual descollase esbelta y sonora, una sola palma, cuya compañera de amor se irguiese en la lejana orilla del estanque; me gustaría ver el reflejo de mi palma en la diafanidad del abismo azul del agua, de improviso plegada como un velo de seda por las procesiones rítmicas de los cisnes eucarísticos de Rubén Darío, el poeta que ha encontrado en el fondo de la gruta de fierro y oro del idioma español, no sé qué música abscondita é inefable, como el goteo de cristal de una fuente misteriosa. Habría un sol en mi cielo, eso sí; pero le pondría un *abat-jour* del color verde-nilo de la sonrisa de la momia que fué novia de Teófilo; habría nubes en mi cielo, un cielo sin nubes es un dormir sin sueños, y en esas nubes releería yo, reducidos á realidades espectrales, todos los versos de todos los poetas, todas las visiones de todos los inspirados, y el aire filtraría en mi alma, al través de mis tímpanos, todas las notas sonoras de las liras, los ritmos de todas las arpas, los plañidos de todas las flautas, desde la de Pan hasta la de Verlaine.—Habría una luna en mi cielo, la dejaría yo con su color de oro nocturno, afeminado y azul, la dejaría nadar en el estanque etéreo, siguiendo la punta de la varilla de marfil de mis ensueños . . . . . ¿Y la lámpara del hogar? Esa, con su corona de cabezas rubias, quedaría encendida, con mi vida por aceite, en el fondo de mi corazón.

Todas las mañanas bajaría yo mi escalera de marmol blanco, tallada en las estrofas de Leconte de Lisle; pasearía mis miradas de esmalte, con la hierática majestad de un mito, por el horizonte, de día entenebrecido y de noche iluminado por la formidable montaña Hugo, en erupción perenne; en seguida me embarcaría en la trirreme de ébano incrustada de plata de la reina Cleopatra, y en la orilla opuesta amarraría la galera á un muelle, y saltaría en tierra y entraría en una casa de aspecto un poco sombrío y ferruginoso, y esta casa resultaría un palacio de cristales, mármoles, bronces y pedrería, sobre cuyas ventanas y vitrinas se leería este letrero: «*Tiffani*».

Invito á ustedes á pasar por entre estos interminables *muestrarios* horizontales, debajo de cuyos combos cristales se aglomeran, en confusión estudiada, todas las baratijas posibles, desde la sombrilla de puño de oro esmaltado y el libro de misa ideal y los gemelos de teatro, hechos para las manos de las hijas de los Vanderbildt y los Gould, hasta las joyas, más ó menos artísticas y ricas, que abren sus ojos de diamantes en el fondo de su doble valva de seda y peluche acariciadora. Aquí no está el arte; es decir, es un arte delicioso aunque apacotillado, vulgarizado, el único que está al alcance de un poeta, pero en el que no puede parar mientes un Califa de Bagdad. Aquí, en esta otra sala, hay objetos de arte verdadero: vajillas viejas de plata, estatuillas de oro, admirablemente forjadas, reliquias ricas de grandes hombres, de Jorge Washington, sobre todo; están los espléndidos vasos de porcelana y cristal que valieron á esta casa las primeras medallas de la última exposición de París; enormes flores caprichosas en que parece circular una densa savia de vida y de color.—Un espectáculo sugestivo: en grandes tazas de cristal montones de diamantes, de rubíes, de esmeraldas, de zafiros, qué sé yo; de esos fragmentos de materias transparentes que caen, como lluvias de estrellas *filantes*, en los ensueños de las mujeres, y que Eva vió lucir por vez primera en los ojos de la serpiente del Paraíso. Es una voluptuosidad muy distinguida esta de coger un puñado de diamantes rojos que representa una fortuna, y dejarlos caer por entre los dedos en gotas de luz de aurora, y verlos apagarse en un pequeño lago hirviente con relampagueos de sangre y reflejos de sonrisa de mujer joven. ¡Y como quisiera uno llevárselo todo, nada se lleva!

Tome usted el elevador, una jaula de oro y seda; descúbrase

usted, una guapa señora envuelta en pieles nos acompaña, y visite usted los diversos pisos; el de las estatuas y figurinas de todos los mármoles, de todos los metales, de todas las pastas; el de los vasos, de los relojes, de las vajillas. ¡Cuánta *bisutería* ideal; cómo rebosan los escaparates y las credencias de artefactos bonitos, y alguna vez bellos y siempre interesantes! Todo es una tentación, una provocación; el inapagable fuego artificial del industrialismo artístico; una *feeria*, como habría dicho el pobre Pancho Schiaffino, gran vaporizador de diamantes en las nubes. Todos los talleres de Europa han mandado aquí sus más ricas muestras..... y las más caras. En los anaqueles de una monumental vitrina acerté á descubrir un vaso cúbico de Gallé, el insigne poeta del cristal. ¡Qué precio! El Califato de Bagdad, aun cuando hubiera sido administrado por el taumaturgo Limantour, habría quebrado comprando unos cuantos cacharros de éstos, que parecen flores de un país de brujas, vitrificadas en una noche de aquelarre. ¡Pero qué forma, qué matices, y qué armonía entre matices y forma! Dichosos quienes puedan llenar sus vasares y sus retretes con cristales y maderas esculpidas de Gallé; de ellos es, en la tierra, el reino de los cielos.

Hablando en serio y dejando á un lado los califatos de «las mil y una noches,» no me perdonaría el no haber expresado mi admiración por el gusto y esplendor de estos salones de la casa Tiffani y por sus admirables talleres de cristalería y esmalte. Para visitarlos basta, en primer lugar, saber admirar como yo, que todo lo admiro, hasta la bisutería, hasta las chácharas de oro falso y los *bibelotes* de exportación, con tal que juegue en ellos un reflejo, aunque lejano, del sol del arte; y, en segundo lugar (y esto no gustaría á los amables jefes de la casa), no llevar dinero, tambien como yo, por varias razones; con no llevar dinero lo ve uno todo y lo saborea todo sin la angustia y el tormento de tener que elegir objetos por valor de mil pesos cuando cómodamente pueden escogerse por valor de cien mil. De los productos de la casa, de lo no importado, lo que más me gustó fué la colección de floreros formados cada uno de un cáliz inmenso de cristal de colores indefinibles con visos mágicos y que, en las salas americanas, se ponen sobre el piso y se coronan de crisantemas y de peonías, y los vasos de formas extrañas como las de las flores asiáticas y de reflejos metálicos; son de cristal tan puro que, llenos de agua limpia, parecen vacíos, y la luz arranca de sus vientres redondos, de sus cuellos císnicos, de sus asas elegantes y puras, no sé qué llamaradas de oro, no se qué cambiantes y tornasoles suavísimos y exquisitos; aquello es el triunfo del matiz, es la poesía en cristal de los decadentes, cuando son poetas; aquello no es el color, es

la nuance!
¡Oh! la nuance seule fiance
le rêve au rêve et la flûte au cor.

*

En una tarde como esta, en que la lluvia ha lavado el humo de la atmósfera y el claro azul polar del cielo, después de la fuga de las nubes, impregnado del oro muerto de un ocaso de Otoño, parece un domo de cristal metálico, como los de Tiffany, es un punto de vista incomparable la estación del *Elevado*, cercana á *Unión Square*, en el punto en que el ferrocarril aereo corta la calle Catorce. En toda la extensión de la calle, hasta donde la vista alcanza, corre, ondeante y rumoroso un doble río de plumas, sedas, y armiños, de todos los azules, de todos los grises, de todos los blancos, de todos los púrpuras, de todos los negros; aquella policromía que produce en la vista el efecto de una larga caricia de terciopelo y besa los oídos con el interminable fru–frú de las sedas que se tocan y de las risas que se encienden en las bocas en flor de las razas sanguíneas y da un atractivo paralizador al espectáculo; no se quisiera dejar de mirar.

Fuímos á ver más de cerca y nos mezclamos á aquellas dos ó tres mil mujeres, casi todas elegantes, que *tendéan*, como aquí dicen, en los lujosos almacenes de la calle Catorce. Se cuenta en New-York que un abogado mexicano, muy serio y muy de-

voto, decía á un compatriota que lo veía vagar frente á los templos protestantes ó católicos, un domingo, en la Quinta Avenida: «estoy buscando una mujer fea.»—Probablemente no todas estas mujeres que recorren la calle Catorce tan ligeras, tan risueñas, tan jóvenes, tan elegantes, tan fuera de la idea que nosotros nos formamos de la *yankee*, por los ejemplares enormes, desvalidos, anémicos y de espejuelos que suelen llegarnos del Oeste, probablemente, decimos, no todas son bonitas, ni tienen todas el porte parisiense, ni.... Pero lo parecen. Es una multitud cosmopolita en que campean los productos de todas las latitudes y de todos los cruzamientos, rebosando fuerza y savia, saturada de caldo rojo de roastbeef, de jugo dorado de uva y de calor psíquico de te, que la excita y la lanza al través de este aire frío que busca la tez para morderla tras el velo de punto; es una multitud semi–enloquecida por el aspecto de los artículos de lujo; su fisonomía colectiva es hermosa, gallarda y brava.

Pararse, cosa muy mexicana: aquí nadie se para, yo no conozco parados en las calles de New-York más que á Washington en las gradas de la Sub–Tesorería en Wall St., al general Lafayette por aquí cerca, y al gran periodista Horace Greeley en una de estas esquinas agudas que forman Broadway y las Avenidas: dicen que Franklin, un admirable y fastidioso grande hombre, Lincoln, el supremo leñador que hizo leña de la esclavitud, y el heróico condotiero Garibaldi, están parados por ahí también; pero para lograrlo han necesitado ser de bronce, si no, los habrían obligado á andar ó á meterse en un jardín cualquiera. Pararse, decía yo, junto á la inmensa vidriera de un aparador de éstos, tras de la cual se amontonan y desmoronan las pirámides de pieles ricas, de sedas, de peluches, de encajes, en una decoración multiplicadora de espejos de inverosímil tamaño; pararse y ver pasar aquella interminable teoría de mujeres crujientes y perfumadas bajo sus plumones de avestruz ó de eider, los ojos encendidos como gemas vivas y las bocas entreabiertas; todas ellas entre un relampagueo de raso y terciopelo, reflejado, como un vuelo de pájaros en el agua, por el cristal del

escaparate próximo, es un impagable espectáculo, es un codeo voluptuoso con la civilización vestida con el arlequinesco traje de la moda y sacudiéndo sus cascabeles de oro, ebria de lujo y de placer.

*

Estos *yankees* se pagan unos gustos capaces de hacer estremecer de envidia, en sus tumbas académicas, á todos los puercos de la piara de Epicuro de Grecia y Roma, entre quienes descollaba el poeta favorito de los antiguos magistrados de las antiguas supremas cortes de justicia, *el Venusino*, como se le llamaba siempre al gotoso y divino Horacio. Sí, les daría envidia esto de ingurgitar, como lo hacíamos mi compañero y yo, una cantidad respetable de ostras de New-York (*blue points*) regadas por auténtico y caro y deleitosamente acidulado vino del Rhin, en *Hoffman–House*, una regia taberna en esta ciudad en que las tabernas son tan lujosas como los gabinetes dentales. Figúrense nuestros lectores que cuando nos repantigamos frente á las ostras consabidas, habíamos admirado, colgados en los muros de este emporio de la cerveza y del *manhattan–coktail*, algunos cuadros bellísimos de la antigua escuela italiana y que, delante de nosotros, en un altar de plantas exóticas, rodeado de guirnaldas de las flores eléctricas de Edison, brillaba un gran cuadro de Bouguereau, primoroso, indefecto, un poco sordo y marfilino de colorido: *las ninfas y el sátiro.* Entre una y otra docena de estos delicados moluscos, que aquí echan á perder con una salsa blanca que sabe á iodo, observábamos cuán agradable y hermoso es todo en el famoso maestro francés: plantas, mujeres desnudas, lontananzas húmedas y sombrosas, agua transparente, movimiento admirable del gran orangután cornudo, con patas de chivo y rostro de viejo lúbrico, que se deja arrastrar al estanque por las ninfas traviesas y reídoras; todo es encantador, todo bonito, y poco después empalagoso.... ¿Por qué es empalagoso? No lo quiero decir, y eso qne soy terriblemente dul-

cero; esto me empalaga. ¿La razón? No me la preguntéis, os digo, porque la ignoro.

Cuando regresamos á nuestro hotel encontré algunas amables invitaciones, una, entre ellas, del señor general Fr., tan conocido en la sociedad elegante de México; pero ¡ay! tenía tanto cansancio en los pies, tanto grillo en la cabeza y tan poco inglés en la punta de la lengua, que .... aprovecho esta oportunidad para darle las más rendidas gracias.

LA VITA BUONA

Mi propósito ¿no lo he dicho ya? es consignar, en rápidas noticias, mis sensaciones causadas únicamente por el aspecto exterior de las cosas en este país interminable. A lo demás renuncio, no me meteré en honduras; acaso más tarde—¡oh! nada vale tanto la pena como este estudio para nosotros los mexicanos!—acaso más tarde me sea dado intentar, después de un nuevo viaje algo lento, penetrar en busca del alma del coloso más allá de las facciones y de la epidermis. Ahora no; ahora me paso el tiempo queriendo entender lo que anuncian los conductores de los wagones del *elevado* cada vez que va á hacer alto el tren, es decir, cada tres minutos, y nunca logro entenderlos, con la agravante de que sé lo que van á pronunciar.

Lo que es para mí tentación suprema, es ver las escuelas. Un día que iba solo rumbo al *Central-Park*, muy temprano, me colé en una. ¡Cuánto bueno entreví en cinco minutos! El edificio me pareció muy pintoresco, pero muy alto; en estas elevadísimas y graciosas torrecillas espía á los niños el duende feroz del incendio; es verdad que todo está previsto, escaleras de

fierro bien aisladas que sirven unas para que los alumnos suban y para que bajen, otras; por donde quiera, en los pasillos, bocas de agua listas, con sus servicios de mangas, etc.; sin embargo, el pánico echa por tierra todas las precauciones. Aquí en la escuela primaria superior ó *high school*, lo mismo que en el *kindengarten* (esa deliciosa institución frebeliana por la que tienen pasión aquí y que entre nosotros apenas ha podido prosperar, por la viejísima preocupación del alfabeto y los palotes) y en toda la enseñanza, como en la sociedad entera, predomina, reina, triunfa la mujer. Esta es una escuela mixta, y aunque la coeducación no sea tan absoluta como creemos, pues muchachos y muchachas juegan y salen aparte, el hecho es que existe sin inconvenientes. ¡Ay del rapaz que faltara al respeto á una *girl!* sus compañeros se encargarían del castigo. Dirección y profesorado aquí son femeninos; las mujeres obtienen diez veces más que los hombres, en cuanto á aplicación y disciplina.

La sala de asamblea, como aquí llaman al aula, es capaz de contener mucha gente; es un gran espacio dividido por tabiques de madera, que se doblan y desaparecen; sirve, pues, para clases y para reuniones; en el fondo el estrado y el magnífico órgano. Lo que encanta es el aseo, la elegancia, el confort; aquí no hay pupitres para dos personas siquiera; cada alumno tiene su silla, con un brazo movible á la derecha, que es también mesa y atril. Todo esto me daba envidia. ¡Figúrense mis lectores que en la gran escuela (?) en que yo sirvo como profesor y donde se han gastado considerable número de millares de pesos en los últimos años, son contadas las clases en que los alumnos pueden estar bien sentados, y no hay una en que puedan tomar notas, como no sea sobre sus rodillas! Parece mentira.

Decía yo que las mujeres son aquí las reinas; los reyes son los niños; salen en bandadas risueñas y se derraman por las aceras, los parques, los terrenos sin edificios, y en todas partes son los dueños. Ví en la *Quinta Avenida*, cierta ocasión, una lucha épica entre un enjambre de estos blondos y colorados saltabardales y el guardián de un jardincillo de una casa suntuosa, que

no quería dejar penetrar á los invasores. No pude ver el resultado de esta campaña; pero el hombre estaba desesperado. Lo que á estos diabletes encanta y fascina es el *sport* atlético en todas sus formas; en cuanto pueden, saltan los maderos de un terreno cercado y ahondado para la parte subterránea del futuro edificio, é improvisan un partido de *foot–ball*, en que se golpean, se arrastran, se magullan y hasta suelen ensangrentarse con tanto encarnizamiento como en los duelos homéricos anuales, entre los alumnos atletas de las grandes universidades del Massachussets. Los combates entre los Fitz-Simons, los Sullivans, etc., apasionan tanto aquí á los niños, como á las mujeres y los viejos. En N. Orleans y en Atlanta observaba yo el ademán estático de los chicuelos y de las misses ante los retratos de los púgiles que iban á disputarse el campeonato del mundo; así debían de haber mirado los helenos de Elea la estatua de Korebos, el primer triunfador en los juegos olímpicos.

*

Es difícil ir á comer á las siete de la noche, no digo en el suntuosísimo restaurant del Waldorf, que es un jardín de oro, seda, plantas exóticas y espaldas desnudas más ó menos bien *satinadas*, ó en el elegante y aristocrático del Brunswick-hotel, ó en el espléndido Delmónico—en donde se come el mejor *camembert* del nuevo mundo,—sino en otros de segundo orden, sin vestir el uniforme nocturno de la cultura humana: frac, corbata blanca y, aquí, una opulenta crisantema en el ojal. En cambio al teatro nadie va, sino en traje de calle, como no sea á la ópera, que aun no comenzaba cuando estuve allí.

Mis compañeros y yo nos pasábamos la primera mitad de la noche en los teatros; para un mexicano todo en ellos es extraño: la distribución que es una mezcla de circo y teatro, la comodidad que allí generalmente es refinada y aquí no existe, el decorado, allí compuesto de telas más ó menos lujosas, lo que es absolutamente diverso del semi–decorado de nuestras escuetas salas del Nacional, Principal, etc., y, por último, el espectáculo.

Mi impresión es esta; toda pieza representada en los teatros americanos necesita dos cosas para tener buen éxito: 1º una dosis considerable de clownismo; 2º una tercera parte, por lo menos, de cirquismo; lo demás puede ser lírico, dramático ó nada de esto; con los primeros elementos basta.

¡Oh! sí, *las tandas*, como por acá decimos, triunfan en New-York y en toda la Unión, como es de suponerse. Una tanda empieza en *Proctor*, v. g., á las tres de la tarde y acaba á las seis, otra acaba á las nueve y á las doce la tercera. La diversión se compone, invariablemente, de canciones negro–yankees, yankees sobre aires de valses ó polkas á la moda, como el eterno *after the ball*, francesas, irlandesas, etc.; conciertos musicales, es decir, piezas de música tocadas por un señor y su simpática familia, en vasijas de cocina como cacerolas y cafeteras; sainetes rudimentarios y jocosos representados por otra familia más simpática que la anterior, compuesta de un elefante padre, dos elefantes madres y tres niños, igualmente elefantes. Los elefantes son edificios de piel de rata arrugada y colgante, que hacen cosas indeciblemente chistosas, con una cara absolutamente seria, lo que las hace más chistosas todavía; son de esos graciosos que los franceses llaman *pince–sans–rire*. Admirables; lo que más admiré en ellos es la elegancia con que trabajan en bicicleta; yo que adoro este *sport*, como adoro todo lo que no puedo ser ni hacer, al ver á uno de estos amables paquidermos describir sobre el escenario irreprochables curvas y pedalear rápidamente, concebí la tímida esperanza de acompañar un día á Rafael Rebollar, ciclista convicto y confeso, en sus excursiones de veintitrés kilómetros por hora.

Otras exhibiciones del mismo género zoológico, cuatro ó cinco pantomimas, nueve ó diez hércules y cuatro ó seis prestidigitadores, cierran este artístico espectáculo. ¡Oh! el arte, el arte! Cierto, esto no es ni Hamlet ni la Valkiria, y suele perderse aquí el recuerdo de Sarah Bernhardt y de Coquelin, de Dumás y de Ibsen; pero el arte es relativo también; hay arte y arte: y yo me divertí; es una diversión que no llega al cerebro ni al

corazón. ¡Oh! esto la hace deliciosa; es una diversión epidérmica; la emoción y la inteligencia duermen. Verdad es que se siente uno ligeramente idiota delante de esos pobres elefantes que han necesitado más esfuerzo para escribir 25 en un pizarrón con la trompa, que Newton para descubrir la gravitación universal; pero esto es bueno para rebajar el orgullo humano.

¿Sin emoción? No enteramente; una cosa me conmovió: oír á Mlle. Polaire, una estrella de las *Folies–Bergère* de París, sus cancioncillas picarescas y militarunas, remedando las trompetas y los pasos marciales, con su vocecilla y sus piernecillas delgadas que hacía subir á las notas más altas, todo ello delante de un auditorio espeso, frío como una banquisa polar, silencioso como un domingo protestante, compuesto de hombres y mujeres que, evidentemente, se creían robados por la pobre alondra parisiense que no acertaba á extraer un solo rayo de luz de los charcos de agua azulosa dormida en las pupilas de aquellos hijos de la cerveza y de la Biblia. Uno que otro *snob* bosquejaba un aplauso que se apagaba en el ambiente glacial de donde emergían doscientas ó trescientas cabezas atónitas que se volvían hacia el manifestante con una expresión profundamente aburrida y venerablemente estúpida. Pobre Polaire; si con mensajeros de su ralea cuenta Francia para sostener en la América Sajona su influencia artística, gran chasco va á llevar. Para estas gentes no hay medias tintas como esta semi–bailarina de café–concierto; de una vez hay que enviarles á Sarah Bernhardt, que es la aguja sublime de la catedral del arte escénico, ó esas grandes flores venenosas del pantano inmenso de París: la *Goulue*, *Grille d'Egout*, etc. Y tampoco les gustarán, á no ser estas dos últimas señoritas, desde el punto de vista gimnástico, en el *grand ecart;* pero las pagarán: váyase lo uno por lo otro.

*

Cierta noche en *The Academy*, feo teatro por fuera y muy lujoso por dentro, en que se representan dramas de espectáculo, cuando no hay ópera italiana, ví una pieza que hacía furor en

Nueva York, la *Sporting duchesse*, desempeñada por regulares artistas. La compañía estaba á la altura exactamente de esas españolas ó italianas de exportación que suelen aportar por México. Ni una sola personalidad, pero sí copias más ó menos felices de los movimientos y ademanes, de los defectos, sobre todo, de los grandes artistas; en suma, reproducciones de cuadros buenos en cromo–litografías: con eso nos contentamos los pobres.

Era este un drama patético en alto grado, de esos de compasión y llanto obligatorios en el segundo acto; de susto inevitable, en el tercero; de coraje irrepresible, en el cuarto, y de nuevo llanto, pero de gusto, en el quinto. Un matrimonio feliz, un infame que quiere ultrajar á la esposa y que no lo logra, pero que destruye la felicidad conyugal; separación, enfermedad del hijo, tribulación y abnegación de la señora, vacilación del señor; un joven *jockey* que demuestra la infamia general del traidor, un borrachín muy buen chico que descubre la trama, la reconciliación al fin, y al través de todo, una encantadora duquesa, reina del mundo del *sport*, que es el ángel bueno de aquellas buenas gentes. ¡Pero qué bueno! Y qué buen público! Yo que comprendía mejor este inglés que el de los conductores del *Elevado*, observé bien al público. Excelente. Yo deliro por los públicos que se dejan conmover. ¡Oh! las señoras detrás de sus abaniquillos ó de sus binoclos, disimulaban; pero en cuanto había un cambio de decoración, y sala y escenario quedaban un minuto en la más densa obscuridad, qué de sonaderas y de toses y *girimiquéos* rápidos, y cuántas narices rojas y ojos llorosos cuando la luz implacable de Edisson tornaba á alumbrarnos!

Pero aquella multitud no había venido á llorar, no; había venido á ver *la feria de los caballos* y las carreras en que se veían desaparecer del escenario los caballos con sus jockeys, arrebatados por una carrera vertiginosa que seguía en el segundo plano y continuaba por toda la pista, y los aplausos del gentío y la vuelta del vencedor y las apuestas y todo muy bien arreglado; la ilusión era casi completa. En nuestro tiempo todo lo salva

una buena decoración, lo mismo un melodrama de brocha gorda que una comedia política.

*

Una ciudad civilizada es una especie de jardín ideal de Epicuro en que pueden realizarse todos los placeres y satisfacerse todos los gustos; lo mismo los del alma que los otros, lo mismo los morales que los no morales, y un pueblo civilizado es el que prefiere los primeros á los segundos, ó mejor dicho, que los unimisma en la sensación y la emoción estética, en el arte. Este pueblo tiene su modo especial de concebir el arte; hasta ahora es una concepción eminentemente industrial y utilitaria; cifra su vanidad en lo enorme y su ideal en lo confortable; pero es un pueblo que se está haciendo todavía, todo es aún rudimentario y frustráneo quizás; pero tiene derecho de exigir que se suspendan los juicios definitivos, tiene razón de emplazar la crítica; todo él tiende, con una tensión inmensa, á producir algo definitivo y sorprendente en lo porvenir; pues ese algo ó no será, ó será un arte. Mas dejemos lucubraciones trascendentes y vamos á oír algo digno de ser oído, puesto que de arte se trata.

La afición de estos pueblos de origen germánico á la música que, al través de los sentidos, busca el alma, es clásica; los latinos nos contentamos con una conmoción nerviosa producida por la melodía; lágrimas, risas, cosquilleos voluptuosos, eso nos basta, y toda nuestra música cabe en esos tres órdenes de excitación néurica. Todo cabe en ellos, desde el *stabat* de Palestrina hasta el *giojose comare de Windsor*, *e l'ora–e l'ora d'alzar la risata sonora* del Falstaff de Verdi, esa composición reveladora de la enorme cantidad de juventud que puede almacenar el corazón de un viejo.

La música de los germanos es más *psíquica*, ¿me permiten ustedes el vocablo? Eso proviene de que el germano es, por excelencia, el animal metafísico; nace con unos anteojos que se empeñan en ver *más allá*. Más allá ven visiones, convenido; pero ¿algo hay que no sea visión en este mundo? A ver; que

el que tenga una realidad bien empuñada, se levante y lo diga. ¿Pues qué, la música de los germanos hace pensar? No; hace imaginar, pero proyecta la imaginación como un rayo de luz pálida en dirección del abismo donde se vuelve luz difusa y se confunde con la tiniebla; es decir, hace soñar, se rodea de ensueño, como la naturaleza de misterio. Así es; ó así se me figura á mí que es; pero yo no tengo obligación de decir otra cosa que lo que se me figura y no lo que se le figura á usted, lector amigo, como solía decir ese insigne filósofo que cambiaba su oro por el niquel de los cuentecillos colorados, el doctor Peredo.

He aquí que así razonaba yo para mi coleto una noche que, arrellanado en una muelle butaca de un espléndido salón de conciertos, un *music hall*, escuchaba, en medio del silencio de un auditorio devoto, una sinfonía de Beethoven, del genio sobrehumano que ha hecho decir su última palabra á la música instrumental, según Wagner. Oyendo una sonata de este señor, puede decirse que se oye la música pura, la música al fin de su evolución, comenzada en la palabra rítmica, salmodiada, cantada: tronco del que brotó por un lado la poesía y por el otro lado la música, como de la pictografía primitiva surgió por un lado la escritura fonética hasta el alfabeto actual, y por el otro la pintura hasta Rembrandt, ese océano de sombra y de luz en que navega todo el moderno arte pictórico.

Y como hace soñar esta música, tiene un fondo religioso: ¿no es, en suma, el sentimiento religioso una interrogación del alma al eterno misterio que nos rodea?

Los anglo–sajones son el único pueblo germánico que no ha producido un gran músico, á pesar de las deliciosas operetas de Sullivan. Pero su afición á la música es inmensa y su don de transformar en religioso cualquier canto, es sorprendente. Algunas pruebas curiosas tuve de ello en Nueva York y Chicago; esto es propio del alma de esta raza; puede decirse que así como no hay salón de lujo aquí que no tenga un vago aire de gabinete dental, hasta los gabinetes dentales tienen cierto aspecto de oratorio.

La música de Beethoven no es siempre religiosa, pero siempre produce esa emoción que se llama religiosa; sus sinfonías son alas, el alma vuela con ellas. Aquí y en todas las ciudades hay grupos considerables de fieles á su culto. También Wagner tiene sus fieles; pero éste va llegando al período sereno; en el fondo del ánfora de cristal del arte se va depositando el oro de sus creaciones. ¡Ay! por qué en México no le conocemos todavía? Toda una faz y la más expresiva del arte moderno, nos es ignorada así; el Gobierno debía considerarse obligado á iniciar á los grupos sociales en ciertas manifestaciones superiores de la cultura humana..... En el *music hall* se oyen grandes fragmentos de Wagner, ejecutados por músicos, alemanes en su mayor parte, y cantados por muy buenos solistas y por coros muy bien educados. Cuando en el programa se resume, no solo el episodio de la ópera que se va á ejecutar, sino se da idea de la decoración que debe acompañarlo, es muy fácil notar el poder con que este hombre singular hace ver con la música el cuadro en que el drama se desenvuelve. De la audición á la visión interna, la transición es indefectible. Wagner que es un poeta, que pretende revivir el drama lírico y sintetizar en él todo el arte, traduce y concreta con fuerza singular, en notas, toda la realidad objetiva: un incendio, una erupción volcánica, un océano en conmoción, todo eso se oye y se ve en su obra; pero agrandado hasta lo fantástico, sin ser por ello *irreal.*

Schumann (oí en el *music hall* una romanza suya: *Traumerei*, de un inexpresable encanto) también tiene aquí devotos; ¿y en dónde no? y más que él, su discípulo Brahms, igual quizás al maestro. Con todo esto se regalaban los buenos *yankees* neoyorquinos, los domingos por la noche; regalos de rey. ¡Y nosotros que los tenemos por zafios en achaques de arte! Somos unos tontos.

*

Acabemos nuestra jornada teatral.

En un lindo teatrillo de la *Quinta Avenida*, si mis recuerdos no me son infieles, ví una opereta alemana de Humperdink:

Hentzel y Gretel. Es primorosa, llena de episodios fantásticos, de selvas pobladas de silfos y duendes, admirablemente decorada con cascatelas y arroyos y vericuetos sombríos, en que se pierden los protagonistas, que son dos chicuelos (una tiple y un contralto de frescas y argentinas voces); decorada de telones de cielos nocturnos, de cuyo infinito y profundo azul desciende la escala de oro de los ángeles que, vestidos de luz blanca, cuidan el sueño de los niños y acompañada de coros diabólicos, de aquelarres espeluznantes, de brujas, etc.—No sé por qué en México no se ha explotado esta obrilla; tiene algunos números que harían furor, á pesar de nuestra sistemática educación zarzuelera.

Lo que quiere decir que aquí no sólo hay teatros–circos, sino que los hay de todos los géneros y que puede uno divertirse á su guisa. En algunos de estos espectáculos, encuentran los actores ó los empresarios el modo de deslizar sátiras casi aristofanescas contra algún grupo social; p. e., oí á un mal cantante, pero expresivo actor, repetir hasta el fastidio, en medio de los aplausos delirantes del público, una canción, popularísima en aquel año en toda la Unión, que terminaba con una sangrienta caricatura de los ricos advenedizos de Chicago. En otro teatro ví terminar una serie de cuadros plásticos admirablemente compuestos é iluminados, con uno que se llamaba: «Exportación de oro;» ahí se veía el momento en que subían al buque que los debía conducir á Europa, al conde de Castellane y á su esposa la hija del archimillonario Jay Gould. Este cuadro también era repetido y aplaudido.

Para conocer la afición de las americanas al lujo ostentoso, no hay más que verlas en sus palcos en alguno de los teatros aristocráticos. En una nebulosa de encajes y de gasas, aparecen como verdaderas constelaciones de gemas fulgurantes; se nota en la mujer una tendencia á desaparecer detrás del diamante. ¡Qué diademas, qué nimbos, qué petos, qué collares! En suma, aquí el hombre es el esclavo de la mujer, y la mujer lo es de la joya; aquí el becerro de oro es femenino, es una ternera, como diría el Antón Antúnez de Fígaro.

*

Salir del teatro á media noche, abrirse paso entre la turba de *papeleros*, asaltar un coche del funicular, hacer alto ante un limpísimo restaurant de la sociedad de temperancia, en que se come muy bien una suculenta y pecaminosa ensalada de langosta y se bebe te ó leche en lugar de vino; entrar ahí, cenar y después emprenderla á pié para llegar á casa á las dos de la mañana, es un programa que aconsejo á las personas de buena conciencia. Una noche que lo ejecutábamos al pié de la letra, y andábamos de prisa envueltos en una neblina glacial, precursora de los grandes fríos del invierno, al atravesar de un vértice á otro de los ángulos que forman al cortarse Brodway y la 7ª Avenida, acerté á oír cerca de mí un ruido infernal, un campaneo formidable en *crescendo* fantástico, y vacilé y me detuve azorado. Un hombre me empujó hacia atrás, y en ese segundo de estupor, ví entre la niebla esfumarse un sombra indecisa y enorme, negra con un ojo de luz rojo, como el de Polífemo; me parecía la catedral de San Patricio, que corría sobre mí, con su campanario á cuestas. Instantáneamente la visión apocalíptica pasó del estado de sombra al de realidad; era un carro de bomberos tirado por ocho caballos, que corría como huracán. ¡Ay! del que no oía la campana, pasaba en un santiamén al papel de individuo sacrificado á la especie; esa iba á ser mi suerte. ¿Pero no es esa la suerte de todos?

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

DE PASEO-BOWERY

Se nos pasaban los días mangoneando por esas calles de Dios, sin aburrirnos nunca, al menos yo; gustaba mucho de ver primero en estampas el lugar, el edificio que iba á visitar, y luego acomodar la imagen que llevaba en mi sensorio á la realidad que se me presentaba delante; resultaban las cosas tales como me las figuraba, pero diferentes, y aten ustedes esta contradiccioncilla, pero así era.

Recomiendo este paseo (que no necesita recomendación para los forasteros en la ciudad–imperio): ir por el *elevado* hasta cerca del límite septentrional de la Isla, admirar (esto es necesario y recomendado por los *guías*) admirar desde la enorme altura á que el formidable trampolín del ferrocarril se levanta sobre los pisos superiores de las casas, como una especie de gigantesco andamio de madera y fierro, en una atrevidísima curva, el pintoresco panorama del Parque Central, con sus grupos de árboles todavía vestidos en Octubre de verde gris y oro viejo, sus canales, sus lagos, sus puentecillos, sus cascadas, etc.; todo ello emparedado entre los excelsos y abigarrados muros de pie-

dra, mármol y ladrillo que empaquetan al Parque en una especie de cajón inmenso. Siguiendo hacia el Norte bajarse en una estación cercana al río Harlem, en la calle 175, descender al nivel del río (es un brazo ó canal entre el East–River y el Hudson que limita al septentrión la isla Manhattan), pararse un poco á contemplar las isletas llenas de *châlets* y casas de baños, y subir por una magnífica escalinata hasta la altura del puente y del soberbio acueducto de fierro que, sobre aquel, lleva un verdadero río de agua deliciosa al Parque Central y á la Ciudad, el Croton. Este puente alto (*Highbridge*) es viejísimo para New York, tiene 50 años y, como viejo, es clásico; todo de piedra y granito, sobre doce ó trece arcos correctísimos sostiene una ancha calzada de medio kilómetro de largo, á ojo de buen cubero; más al Norte está el puente flamante de Washington, con un elegantísimo arco que, por ancho, parece bajo, y que es enorme, todo de acero y fierro. Bajo estos puentes pasan y repasan embarcaciones, ligeras las más, verdaderos muebles de lujo, de maderas finas, con sus motorcillos de fuego ó electricidad acumulada; muy bonito.

Después, al regresar, rodeado, porque éstos son barrios fabriles por excelencia, de obreros que vuelven á sus casas silenciosos, fumando ó mascullando tabaco de Virginia, y oliendo más á sudor y á ropa vieja que á alcohol, puede uno pagarse el lujo de ver un incendio; yo me lo pagué; el término es impropio, porque fué gratis. Una gran casa aislada, de ladrillo y madera, perfectamente quemable y concienzudamente quemada. Bello espectáculo; estaban ya en salvo los habitantes cuando nosotros nos paramos á contemplarlo; con nosotros uno ó dos millares de personas, sobre todo, de chiquillos que veían á las coquetas bombas funcionar, como quien las conoce y las puede manejar; esas bombas parecían riquísimas y complicadas baterías de relumbrante níquel, que bombardeaban agua en todas direcciones sobre la casa incendiada. Los bomberos parecían salamandras; estaban en todas partes como las llamas y el agua; sacaban por las boardillas sus cascos puntiagudos, por las ventanas de los

pisos altos salían, subían y se deslizaban por las escalas de *salvetaje*. Eran los coroneles de las columnas de agua que con un valor tranquilo conducían el agua al fuego. Bravo. Espléndidos esos buzos del incendio.

*

Si aun la tarde no ha avanzado, debe dejarse el wagon á la altura de la tumba del general Grant, nuestro gran primo, casi nuestro primo hermano, por lo mucho que nos quería, según dice el Sr. D. Matías Romero, y yo lo creo. Esta tumba ó monumento de Grant, es grandioso y vulgar; se parece á él. ¿Quién no lo recuerda en México y á su compañero el enérgico Sheridan, tan buen hombre, tan soldadón y tan franco? Del monumento de Grant se puede bajar, al paso lento de uno de esos comodísimos coches manejados por el cochero desde su alto asiento por encima de la caja del vehículo, á lo largo del *Riverside Park*. He aquí lo que allí se ve por una clara tarde de Otoño: á la izquierda de la amplísima calzada superior, que constituye propiamente el paseo, entre cortinas de casas suntuosas, desembocan sesenta calles de la ciudad, que vienen derechas desde la otra orilla de la Isla, á través de todas las Avenidas; en esas casas, verdaderos palacios por el tamaño y la abigarrada pompa del estilo, vive buena parte de la más aristocrática sociedad de aquí, y aquí van á nuestro lado, en carruajes de todas las especies, tirados por caballos de subido precio, ó cabalgando ó pedaleando, algunos ejemplares de la gente selecta de esta bendita tierra del *dollar* y del apio. Ví á sabor algunos de ellos, ciclistas, amazonas y jóvenes *gardenios*, orgullo de la crema de aquí, y que yo prefiero, á pesar de que haya quien lo dude, á la mayor parte de estos esbeltos y rabones caballos ingleses de noble raza, á quienes solo falta tener el cuero bermejo, como el de uno de los corceles del Apocalipsis, la crin color de azafrán y un paraguas azul bajo el brazo, para ser la estampa del clásico turista que la vieja Albión envía á diario hacia el Continente, con el objeto de pasearse á través de los teatros de París, de las iglesias de Italia, de

las lecherías de Suiza, de las manolas de Andalucía y de las caricaturas, romances y sainetes de todas partes.

Me gustan esta flora y esta fauna; la flora está nutrida con jugo de carne de Chicago y margarina, con té helado y fumado (lo que hace á las muchachas ricas nerviosas y al mismo tiempo sanguíneas) y con almendras tostadas, maíz tierno y *pudding* y *oat-meal;* exporta á Europa anualmente algunos suntuosos ejemplares, otros quedan aquí para ser descritos por Paul Bourget en los veranos de New-Port, ó para concentrarse lentamente, á la vista de los simples mortales como yo, en sus opulentas mansiones de invierno, en New York, Boston .... La muchacha mexicana suele ser más interesante; tiene las extremidades más finas, la boca más dulce, los ojos mejor comunicados con esa sombra interior que se llama el alma, y aunque mucho más pequeña, anda mejor; pero ésta, á fuerza de *lawn-tennis* y de *croquet*, y de aire puro, sobre todo, no está anémica y es, por ende, más hermosa, más animada, muscularmente hablando, y más varonil. En esta edad del músculo, las hembras quieren ser músculos también, es decir, quieren las mujeres ser hombres sin dejar de ser mujeres; mas como eso no puede ser, conseguirán ser hombres. ¿Y los hombres qué haremos? Qué haréis, mejor dicho, porque ya á los que estamos en la adolescencia de la ancianidad, como yo, no nos tocará ver eso! Hondo problema; se resolverá solo, como todos los problemas.

La orilla del *Riverside* que mira al río, limitada en la parte alta por antepechos y balaustradas de piedra, desciende al nivel de la corriente por una serie de terrazas superpuestas, aun cubiertas de árboles semidesnudos y de vegetación agonizantemente verde, que se desvanece en el crepúsculo del año. Las casitas y las glorietas se desparraman hasta los muelles de la ribera lamida por el sereno Hudson, que se va manso y color de zinc hacia la bahía, surcado por barcos que respiran humo ó que abren sus grandes alas túrgidas bañadas de púrpura por el sol que muere, y los asemeja al barco-fantasma de la leyenda genialmente *musicada* por Wagner.

El ribazo opuesto parece, á esta luz, una gran mole de pizarra violácea con incrustaciones rojas y blancas de poblacioncillas y *villas;* la línea casi recta de la cresta de esa mole larga y obscura se desprende del gran cortinaje atmosférico, pintado de brocha gorda con oro y rojo, pero de gran efecto como telón de ópera. Más arriba todo ese color se desvanece y muere en tonalidades y veladuras de inefable suavidad.

¡Bravo el pintor!

*

Hacedme, lectores, el favor de describiros á vosotros mismos el *Parque Central;* yo no he de hacerlo; sería meterme en una serie de vericuetos, de canales, de lagos, de túneles, de selvas, de estanques cuajados de cisnes y de patos, de prados para todos los juegos de pelota conocidos y por conocer, de jaulas de fieras, de cotos llenos de esbeltos gamos, y otras y otras menudencias, todas á cual más agradable, diseminadas en una área triple quizás de la que nuestra Alameda de México ocupa; así me pareció al menos á vista de pájaro.

Seguid este consejo: un sábado por la mañana dedicaos á visitar estos magníficos jardines, lentamente, á pie; sentaos frecuentemente para ver revolotear esta turba de chicuelos nacarinos y dorados, que parecen hechos con pasta de lirios y de rosas, que revolotean y reinan aquí como en todas partes. Luego almorzad beatamente en uno de estos restaurants; no toméis vino sino té; el té afina el aparato registrador de las sensaciones placenteras. En seguida seguíos divirtiendo; embarcaos en una góndola en el lago, dad de comer á un orangután en la *ménagerie*, y cuando decline en su curva corta de otoño, el sol, tibio, radioso y blondo como una crisantema de invernadero, tomad un *cab* y salid á la Quinta Avenida por el extremo nordeste del Parque. Bajad á lo largo de las casas aisladas, enjardinadas y elegantísimas de esta admirable vía y deteneos en la esquina de la calle 75: he aquí un templo con alta y espléndida escalinata, cúpula de estilo indo-musulmán, oro y negro y una amplia

y rica estructura que recuerda las iglesias fundadas en Siria por los cruzados en el siglo XII. ¿A que culto pertenece? Es una de las cincuenta sinagogas establecidas por la colonia judía de New York, que cuenta con 250,000 individuos poco más ó menos. Es una potencia el judaísmo aquí; lo es en todas partes más ó menos clandestinamente; aquí, á la luz del día. Yo creo que es la levadura que hace fermentar esta sociedad en afán de negocio; que levanta esta masa con ensueños de imposibles riquezas, realizados por una voluntad á que no se pide un resultado normal, sino milagroso. Como los judíos vivieron en la historia á fuerza de milagros; como es un fenómeno tan extraordinario que con razón le llaman también milagro el de su supervivencia étnica; como esperan sin cesar el milagro mesiánico, han sabido colocar en el medio social en que viven, una esperanza, casi una certidumbre de un efecto inesperado de la suerte, de esos que han hecho de pobretones jóvenes, hombres archimillonarios como Bennet, Astor, Gould y otros cien.

Entramos; precede al templo la escuela; el santuario, asiáticamente lujoso de decoración, es serio y noble; las galerías, sitiales, balaustradas, facistoles, el candelabro simbólico de los siete brazos, la lámpara eterna de oro, encendida ante el tabernáculo, todo es exquisito, como los mosaicos y los vitrales, sobre todo el inmenso del *plafond*, que pulveriza la luz cenital, en esmeraldas, rubíes y topacios. El tabernáculo, especie de arca santa y de *vitrina*, guarda un soberbio ejemplar de la *thorrá*, de la Ley. Y yo no sé por qué combinación de cristales, hay siempre en estos tabernáculos una misteriosa luz azul, como si su atmósfera estuviera saturada de átomos del zafir del cielo!

Bajando siempre, se atraviesa la magnífica *Plaza*, los edificios colosales del Savoy–Hotel y del Neederland, y poco después se entra en el barrio de los Vanderbildt; unos de marmol, otros de piedra bruna y rojiza, todos amplios y suntuosos, los palacios habitados por los miembros de esta riquísima familia, decoran regaladamente un medio kilómetro ó más de la Quinta Avenida. Más allá de S. Patricio siguen las iglesias, los hoteles de primer orden, es decir, los primeros del mundo, los *clubs*, entre ellos el *Manhattan club*, de espléndida instalación y de cordial acogida para los forasteros (aquí mis agradecimientos personales), y luego se entra en el mundo del comercio, de los talleres de modas, de las librerías, de las mueblerías, de las sucursales de las grandes casas de ventas de objetos de arte de Europa. Todo ello tiene un aspecto de lujo y bienestar inexpresable; parece que todos los traunseuntes llevan un millón en la cartera. No sé por qué no lo llevaba yo. Por aquí hay también otra sinagoga (calle 44) que es una reducción de las mezquitas árabes ó persas, abigarrada y pintoresca por extremo, con sus torres ó alminares esbeltísimos, en donde espera uno que, al ocultarse el sol, resuene la dulce y vibrante salmodia del *muezzin* llamando á la plegaria. Sería curioso escuchar bajo este incoloro y frío cielo, donde el sol parece un dios destronado por la luz eléctrica, una plegaria oriental.

A esta hora vespertina y en este día de brujas, toda la avenida está poblada de carruajes; parece una de esas serpientes sin término de las edades geológicas, desarrollando sus enormes escamas de charol negro por millas enteras. Y es una agradable sorpresa encontrarse con una cara mexicana, aunque sea inglesa, como la del amable vástago de Lord Chesterfield, el insigne y rubicundo Chandos Stanhope, máxime cuando este fugaz encuentro está decorado por la catedral de S. Patricio de un lado, las casas de los Vanderbildt del otro, y á vanguardia y retaguardia los landós cuajados de grandes rosas humanas con cálices de seda, corolas de encaje y plumas y sombrillas blancas y rojas que salpican de manchas de color la enorme hidra de la *Quinta Avenida*.

*

Ahora á pie, lectores míos. Es de noche y vamos á correr una gran aventura; visitar de noche el *Bowery*, que es el Broadway del comercio barato, en los linderos de la Ciudad–baja. ¡Gran aventura! Lo era antes; para hacer una excursión por el *Bowery*,

poblado de alemanes, de italianos, de chinos, todos más ó menos israelitas, precisaba ir flanqueado de dos ó tres *detectives*, lo que daba á la excursión cierto exquisito sabor de viaje de Rodolfo por los suburbios en «los Misterios de París» novela que pertenece á las edades antediluvianas de la literatura del Siglo XIX, que asustó y entusiasmó á nuestros abuelos, y que yo todavía leí con deleite hace trescientos años (Esto es un poco exagerado, lean ustedes, treinta y cinco).

Ahora ya no es preciso hacer testamento para *excursionar* en *The Bowery;* la luz se ha hecho en esta tiniebla: la luz eléctrica. Basta hacerse guiar por un par de buenos conocedores del terreno; tuvimos la fortuna de encontrarlos inmejorables: el Sr. de Garmendía y Alberto León; éste, un mexicano aclimatado en Nueva York con su numerosa y simpática tribu.

Entramos por la calle Catorce, pasamos frente al corpulento edificio que sirve de centro y foco (de infección dicen algunos) al más poderoso de los círculos del partido democrático en la Unión, el *Tammany–Hall;* ostentaba sobre su fachadota rubicunda, profusamente iluminada, una lista de candidatos para la próxima legislatura. Frente á las puertas de los teatros, á la luz de las tabernas de lujo y de los escaparates, observábamos la interminable procesión de *las nocturnas*, que, allá como acá, se nos acercaban con la sonrisa clásica de estas damas, que, bajo el afeite de la boca, parece una mueca lúgubre. Y como el *Bowery* es el paraíso de los cafés conciertos, entramos en algunos de ellos. Yo habría preferido pasar una hora en uno de esos teatros judeo–germanos que ostentaban, en un hebreo que habría extasiado al profesor Pancho Rivas, sus anuncios, á la luz de candelabros de siete brazos colocados en pórticos extraños; pero mis compañeros no quisieron y me arrastraron en su peregrinación paralela á una doble é inacabable hilera de tabernas, tiendecillas y bazares profusamente iluminados, haciendo estaciones frecuentes.

Primera Estación: exhibición de mujeres gordas. Unos montículos de carne grasa con protuberancias simétricas que parecían

derrames coagulados, estaláctitas formidables de color espermático; ojos plácidos de bueyes enfermos; alma ninguna, tal vez en el fondo del cerebro una lucecilla ahogada por un charco de enjundia; casi desnudo todo esto, pero tan candorosamente antiestético que..... así debieron de haber sido las tentaciones de San Antonio, del San Antonio auténtico, no del San Antonio de Flaubert, que era Flaubert mismo. Nos abrimos paso entre un hervidero de gente sucia, formado de mujeres probables, de judíos aguileños, sórdidos, de mirada embozada y brillante, y de irlandeses compuestos de curvas exuberantes que llameaban de alcohol, de alemanes melancólicos como Margarita, y entramos en la tienda de una *gipsy*. No tenía mala facha la gitana: la tez de oro negro, el cuerpo envuelto en paños de colores desvergonzados, sonando toda ella como un cascabel, gracias á una porción de collares, pulseras y ajorcas cargadas de monedas falsas, (¿y ella sería también falsa?) obscuros y lascivos los ojos como dos gotas del infierno y de ébano la cabellera opulenta. Aquella bruja que no se parecía á las de Macbeth, me dijo cosas ruborizantes y me pronosticó cosas espeluznantes y yo que soy la vanidad *in folio* le doblé la propina; á haberlo sabido la gitanilla me profetiza el trono de Francia y yo la hubiera creído; porque durante siete minutos creí en lo que me decía. ¡No hay hombres más flacos que los hombres gordos!

Segunda Estación: un café alemán todo amueblado de alemanes, alemanas y alemancitos de los Estados Unidos, oliendo todo á cerveza alemana de aquí y á gente aglomerada y á tabaco: suma, oliendo mal. Un público correcto, bonachón, contento, feliz y taciturno; el espectáculo excesivamente divertido é idiota: un gigante constantemente vencido por un enano; es el tema más ó menos claro de todos los cuentos de niños; unos tziganes, que supongo auténticos, tocaban aires húngaros; lo repito, yo me divertí como un animal.

Tercera estación: en el camino de China Town compramos algunas baratijas y unos inmensos pantalones de taller para Jesús Contreras, de esos que empiezan cuatro dedos debajo de la barba:

estoy seguro que apenas servirían de calzones de baño á las gordas de la exhibición susodicha. Un alemán de catadura vinolenta y fatídica nos pidió dinero con el tono de quien hace un favor; dímosle alguna moneda blanca; quiso más, lo mandamos á pasear: «miserables, exclamó entonces, yo os dinamitaré algún día.» Y este fué el solo peligro de muerte que corrimos en *Bowery;* lo estamos corriendo todavía.

Dimos vueltas por unas callejas obscuras, que son, sin embargo, más claras de noche qué de día; nos dirijimos hacia un gran farol chino que se balanceaba sobre un portón; entramos, pagamos, nos escurrimos por una especie de mugrosa trampa y . . . . estábamos en el teatro chino, con el pañuelo en las narices. Aquel bodegón en que había aglomerados trescientos ó cuatrocientos chinos, más bien agachados que sentados, en bancos muy primitivos, olia á microbio. Se adivinaba que la atmósfera estaba saturada de grumos, de colonias, de archipiélagos de microbios borrachos por el humo de los tabacos ó de los cigarros de opio. Se me antojaba que aquellos hombres, uniformados de azul obscuro, que escuchaban con religiosa atención, sin pestañear (verdad es que no tenían ó no parecían tener pestañas) el ruido infernal del escenario, eran aglomeraciones enormes de microbios bajo las especies de hombres y mujeres; porque supongo que habría allí también mujeres; solo un experto naturalista podría encontrar la diferencia entre un chino y una china.

El escenario era un tablado en donde estaba la orquesta! ¡la orquesta, Dios de Confucio! ¡ay! sí, la orquesta compuesta de timbales, tamtames, gongs y chirimías; este escenario tenía dos compartimientos. En uno, junto á la orquesta, estaba el héroe; detrás de él una especie de altar con un ídolo; en el otro los muertos se iban al diablo. Porque hubo muchos muertos; el héroe vencía á todos los agentes del mal, al través de monólogos sucesivos compuestos de gritos ilimitadamente desapacibles, y subrayados cada dos minutos por el ruido siete veces infernal de aquella orquesta satánica. Con su talismán y su espadita de palo el héroe los mataba á todos; algunos de aquellos personajes vestían

telas suntuosas. Y los chinos, desde una especie de mandarín de botón rojo que estaba cerca de nosotros, hasta el cocinero color de pringue, oían, y reían; todo eso con sus trajes negruzcos, sus caras verdes, su sudor amarillo y sus coletas engrasadas con manteca rancia . . . . Los dramas chinos no acaban; nosotros sí acabamos por salir de allí, temerosos de que se apoderase de nosotros el vértigo del suicidio, y nos dirigimos á la Pagoda que está en un quinto piso sobre un *restaurant* en que otros chinos devoraban, con su acostumbrada devoción, sendos platos de arroz, con sus palillos de marfil. El templo estaba solo; un altar búdico en el fondo, admirablemente tallado en madera y lleno de figurines dorados de marfil; en los ángulos enormes tambores de seda bordados de figuras quiméricas, colocados sobre varas pintadas, en guisa de enormes faroles.—Dos boncillos engullían arroz en un ángulo; nos acercamos al altar, los bonzos nos dieron unos palillos aromáticos que quemamos, con verdadera unción, delante del feísimo dios que teníamos delante, y hechas nuestras salutaciones y pagadas nuestras pesetas, nos fuimos vagando y comentando hasta *Wall Street*, encajonado en sus últimos palacios de sombra que se perdían en la noche por un lado y por otro remataban en una plateada cornisa de luz de luna. *Trinity-Church* en aquella soledad, en aquella hora, tenía un aspecto tan . . . . Pero pasa el funicular; á casa; ¡oh! sí, la cama, la cama; ¿pero cómo dormir con el tímpano enfermo de música china?

COLON-CERVANTES

En una pequeña, pero elegante casa de la ciudad alta, se han arreglado los hispano-americanos de N. York un casino, un club que aquí dicen, y nos cupo la buena suerte de asistir á su primera reunión de invierno. Entre los socios, los mexicanos están en minoría; abundan los españoles, los sud-americanos, los cubanos..... ahora retraídos; pero todos parecen compatriotas; á nosotros todos nos parecieron mexicanos, con todos fraternizamos. Es muy bello esto de creer, durante ese largo espacio de la vida de un mortal que se llama una noche de baile, que todos los hombres somos hermanos, que todos los latinos formamos un pueblo, que de nuestras patrias particulares podemos remontarnos, al compás de una habanera, á una patria ideal que nos es común.... A la luz del alba ¡ay! se dibujan, en el horizonte lejano, el águila azteca parada sobre las rocas gigantescas que sirven de urna al Uzumacinta, y abajo la serpiente anillada de la América central, atisbándose recelosas; sobre las vertientes andinas del Pacífico, Chile y el Perú, ensayando una reconciliación perpetua sobre el cadáver de Bolivia,

y Argentina tendiendo su Pampa hasta la punta austral del continente en donde la expansión chilena le saldrá al paso y disponiéndose á disputar el triunfo al futuro crecimiento del Brazil, en el curso y en la desembocadura de sus ríos gigantescos, el Uruguay y el Paraguay.... Y aquí, en la boca del Golfo, la tragedia siniestra y convulsiva de una lucha entre padres heroicos é hijos dignos de sus padres.... Y esta es la historia de todos los ensueños; sólo es cierta la lucha, sólo es verdad la muerte.

El amor mismo, la fuerza que atrae los cuerpos y las almas para engendrar la vida, ¿qué es más que el supremo esfuerzo, y por consiguiente, el dolor supremo? Aquí reina, aquí está, invisible y presente bajo las especies de la belleza y la juventud; lo aspiran, lo sienten, lo comulgan esos cuerpos que ondulan al compás de la música, esas miradas ó encendidas ó iluminadas ó adormecidas en un crepúsculo azul como el de la mañana, ó negro como el de la noche, y las bocas entreabiertas, y los senos palpitantes, y las frases breves ó lánguidas y, sobre todo, esa fusión mágica de la mujer, la luz, el diamante, la flor, la seda y la música, que producen en el cerebro una impresión sola, al grado que no se sabe, si no es descomponiendo y desatando la emoción, si las luces son diamantes, si los diamantes son miradas, si las flores son bocas, si las mujeres son flores, y si la música es la respiración rítmica y el aliento de este organismo etímero pero intensamente vivo de deleite y poesía.

Algunas señoras mexicanas había allí, todas buenas y amables por extremo; allí reconocí á aquella elegantísima amazona que los jóvenes de mi tiempo veíamos, codiciosos y admirados, cruzar por las calles de México, entre la envidia, porque era muy hermosa, y la sorpresa, porque era muy atrevida, de las señoritas encerradas en sus jaulas de cristal en el flamante Paseo de la Reforma, ahora convertida en una matrona de porte regio y suntuoso que, en compañía de su sobrina, encantadora y dulce como un ángel de Botticelli, hace á los mexicanos los honores del consulado de México, el último día de cada semana; allí cerca de ella las señoras de L., de Sm., del cónsul de España,

cortés y fino caballero de origen mexicano, la deliciosa señora de G., hija de nuestro buen amigo Lameda Díaz, y otras que en este momento olvido, formaban un grupo amabilísimo en aquella encantadora isla latina perdida en el océano sajón.

Las muchachas revoloteaban, reían y bailaban sin descansar: Teresa L., una abeja de oro ligera y susurrante; María I., un silfo de balada, risueño y tenue; la linda señorita A., hija de un opulento minero de Sonora, eran, con la sobrina del Cónsul, las representantes de México en el sarao. Había también espléndidas jóvenes sud–americanas, cubanas muy pocas; las cubanas suelen tener la piel del color de la pátina que el sol y el aire salino ponen en el oro, y los ojos como dos gotas de mar verde iluminadas por la luna, y la boca, revelación de la vida y la sangre tropical, roja y jugosa como la carne del mamey, y el cuerpo cimbrante como las palmas que Torroella cantó.... Pero cuando son blancas y rubias y altas, son incomparables, como esta señorita que pasa ante el ocular de mis recuerdos, de la familia de nuestro buen amigo Cuyás (Kalendas) que es el alma de esta sociedad, hombre inteligente, activo y simpático como pocos.—Había también algunas lindas americanas bailadoras, intrépidas y gallardas, flirtadoras espirituales y peligrosas, que me tomaron por profesor de castellano, lengua que proclamaban adorable, y que, en los labios sanguíneos y puros de estas doncellas, parecía compuesto de rígidos esdrújulos, que flotaban como girones abigarrados de sonoras banderolas arrolladas en derredor del acento de la antepenúltima sílaba. Yo, bajo los auspicios del Gobernador de San Luis, que, apuesto y un tanto soñoliento, inclinaba ante aquellas hermosas su marcial figura, tomé en serio mi papel de maestro.

*

Este mismo grupo del Colón–Cervantes se reunió en un pequeño teatro bonito y cómodo, con objeto de despedirse de una joven socia, que había perdido recientemente á su padre y que iba á ingresar en una compañía dramática para ganarse la vi-

da. Todos aprobaban esa determinación; aquí ningún modo de trabajo deshonra, excepto el que tiene por materia prima la honra misma. Todos reconocían que aquella simpática muchacha tenía para el teatro facultades distinguidas y aplaudían su decisión valiente de tomar un puesto peligroso en la lucha por la vida.

Y era cierto, tenía facultades escénicas que Cuyás, el Director habilísimo de la *troupe* del Colón–Cervantes, había cultivado *con amore*, la joven beneficiada. En una pieza compuesta *ad hoc*, por el espiritual cronista del *Diario de la Marina* de la Habana, pudo lucir la actriz futura, no sólo esas facultades, sino la facilidad y propiedad extrema con que podía expresarse en tres idiomas á la vez, el francés, el inglés y el español.

Aquí es común esto entre las jóvenes hispano–americanas; mexicanitas conozco yo en New–York que hablan el inglés con soltura maravillosa. ¿Qué raras veces una inglesa, una francesa llegan á hablar el castellano, á pesar de permanecer largos años entre nosotros, con la exactitud y el acento propio con que nuestras paisanas dicen el inglés ó el francés, y con frecuencia ambos idiomas? Es verdad que al salir de los labios de las mexicanas adquieren los vocablos exóticos y hasta los españoles, cierta insinuante dulzura: así las mariposas se levantan de las corolas de las flores con las alas orladas de miel. . . . .

En esta reunión teatral de los hispano–americanos tuve ocasión de conocer y de hacerme amigo (quien lo conoce tórnase amigo suyo en el acto), del eminente hombre de letras sud–americano D. Nicanor Bolet Peraza. Un literato no presuntuoso es una ave tan rara, que aquel escritor tan efusivo, tan simpático, tan hondamente americano y tan altamente latino me dejó admirado y encantado. Mucho suyo había leído, le debía yo frases y conceptos exquisitamente benévolos, y le estaba profundamente agradecido. Hablamos largo de México, de sus escritores, de sus poetas que conoce perfectamente, de nuestro infortunado amigo Gutiérrez Nájera, cuya muerte ha enlutado para siempre la lira nacional: «No, me decía Bolet Peraza, no diga

usted la lira nacional, diga la lira de América; Gutiérrez Nájera es nuestro, le reclamamos y le aclamamos todos. Lo amamos y lo ensalzamos todos cuantos hemos concebido para los pueblos latinos de este continente, un ideal común, cuantos sin cesar los convocamos á un unánime *sursum.*» Me despedí de él con cierta emoción; ¿nos volveremos á ver?

*

Abajo, debajo, en el piso subterráneo del Colón–Cervantes, en la sala de billar, en el *bar*, reunidos en derredor de los vasos de cerveza, de los cock–tails, del licor de gengibre, entre espesas nubes de humo de tabaco, los muchachos bebían y pasaban, los hombres serios bebían y se sentaban y hablaban de negocios, de política ¡ay! de política internacional. ¿Cómo podrá resistir Venezuela los avances de Inglaterra sobre un territorio que es, por herencia de España, venezolano? (Aún no hacía sonar Mr. Cleveland la gran campana de alarma de la doctrina Monroe, de *alarma* en todos sentidos.) Y luego, Cuba. ¿Qué actitud tomará el Ejecutivo Americano, cuál los poderes legislativos? ¿Cómo permitir que esta guerra, cada vez más sangrienta, siga indefinidamente? Que impidan, no aparentemente, sino de veras los americanos las expediciones filibusteras, y la insurrección morirá falta de parque y de dinero, decían los españoles y los españolizantes. La opinión predominante allí y en todos los círculos sociales era ésta: ha llegado la ocasión de resolver el problema cubano; á todo trance será resuelto esta vez; ó lo resuelve España ó lo resuelven los Estados Unidos; en América no puede haber más que pueblos libres, y Cuba lo será. Sí; pero sólo una política *sensiblera* puede querer que esta libertad sea obra de los Estados Unidos, replicaban otros; esto equivaldría en realidad á la anexión de la Isla, y los que nos llamamos latinos no podemos ver tranquilamente la absorción del mundo antillano por la raza sajona, que tiene fines y medios esencialmente distintos de los nuestros: éstas, poco más ó poco menos,

eran las opiniones que ahí oímos y de que pudimos tomar nota. Lo repetimos, la idea dominante en los círculos sociales y políticos de la Unión, es que Cuba debe ser independiente, y debe ser, no de los Estados Unidos, ¡oh, no! sino formar parte de los Estados Unidos; no una colonia, sino un Estado de la federación americana. Y eso es indeclinable. Este sentimiento que es general, casi unánime, según pudimos observar, va en un *crescendo* de exaltación á compás de la exaltación española; al menos en el pueblo. Los móviles humanitarios sobre que se frasea tanto en discursos y artículos, son una soberana añagaza; ésto sólo es cierto en el corazón de algunas señoras y estudiantes; lo que aquí hay es una formidable codicia; lo que aquí existe es el mismo cínico apetito que determinó al Congreso Americano á aceptar la anexión de Texas, que, al segregarse de nosotros, había hecho lazar por sus *cow-boys* un girón del territorio de Tamaulipas. La verdad es que Cuba es un gran *business:* hace cincuenta años que el entonces ministro Buchanan autorizaba al plenipotenciario Saunders á ofrecer cien millones de duros á España por la siempre infiel Isla; cinco años después la oferta subió á doscientos millones, y ahora mismo, si pudiese haber de parte de España una intención manifiesta de discutir semejante proposición, el gobierno americano ofrecería lo mismo ó más, con el reconocimiento de la deuda cubana por añadidura. ¡Si será negocio!

Por eso el gobierno de la Casa Blanca tiene la firme decisión de facilitar, con la libertad, la americanización de la Isla; este es el pensamiento, apenas disimulado, es el de *derrière la tête*, como los franceses dicen. Si su actitud ha sido hasta hoy reservada y en apariencia correcta, depende de que aquí una preparación para la guerra es muy lenta y muy pública; pero, según informes que creo buenos, esta preparación quedará completa en el curso de 98; entonces la amonèstación amistosa á España, se convertirá en aspérrima intimación, y el coloso levantará su voz formidable para formular un insolente *ultimatum*. Y los españoles no pueden forjarse ilusiones; una guerra por Cuba, que

empezaría por hacer de Cuba misma la prenda pretoria que asegurase los gastos de la guerra, sería aquí enormemente popular: un puerto bombardeado, una ciudad saqueada, dos ó tres centenares de buques mercantes pillados en la mar por los corsarios, son alfilerazos en el cuerpo del coloso; sólo servirían para irritarlo, ni lo desangrarán, ni lo rendirán. Verdad es que España, perdiendo á Cuba con honor, es decir, luchando, perderá casi nada, si se atiende á la incurable situación de la Isla mientras sea española. Pero la guerra con los Estados Unidos, sí enriquecerá con nuevos episodios heroicos, los heroicos anales españoles; cavará tal abismo financiero á los pies de la monarquía, que no bastarán á colmarlo las ruinas seculares del trono.

Hay ciertamente mucho de admirable, no ya en el esfuerzo y la abnegación sorprendentes del pueblo español arrojando su sangre y su oro, sin vacilar y sin contar, á la insaciable hornaza tropical de Cuba; sino en la política de Cánovas del Castillo, colocándose resueltamente en un extremo de la cuestión, y sosteniendo, con intratable y soberbia entereza, la doctrina absurda de que debe considerarse á Cuba como parte integrante del territorio nacional; de modo que no es una cuestión colonial, sino de integridad territorial la presente. Desde el primer ministro español hasta nuestro excelso y venerado Castelar, todos los hombres de gobierno en la Península se han encastillado en esta especie de dogma de orgullo, que cuadra á maravilla con la índole del pueblo español, pero que saca la cuestión de su quicio. La doctrina natural y racional es esta otra. Cuba es una colonia; toda colonia es una nación embrionaria, toda metrópoli debe cuidar del crecimiento de su hija, de hacer de ella una nueva y completa manifestación, en el mundo, de su espíritu, de sus ideales y de sus intereses, si posible fuere. Planteado así el problema, la autonomía no será nunca una solución definitiva de la cuestión cubana, es cierto, pero llevará á ella, por un pacto libremente consentido. La aceptación del consejo del Conde de Aranda, habría evitado los abismos de sangre de las guerras de insurrección en América: la política de O'Dono-

jú, comprendida y aprobada en las Cortes liberales de 1822, habría salvado el prestigio de España en el Nuevo Mundo. (1)

No importa; desde un punto de vista eminente, el error mismo de esta guerra antillana tiene una filosofía estoica y rígida, pero soberanamente consoladora: en pleno fin de siglo, del siglo más egoísta y más positivista de la Historia, dos considerables grupos humanos, espontáneamente se sacrifican por dos altísimos ideales; si un Juez regula en su arbitrio supremo la finalidad del mundo moral, hagamos votos porque esos dos ideales en conflicto, se refundan en uno solo de libertad y de justicia.

*

La mañana del domingo siguiente á una de estas fiestas (que son invariablemente en sábado), me dirigí á la casa de mi buen amigo el Sr. Smithers: allí comí en familia; una simpática, por extremo simpática familia: la señora, joven aún y hermosa; su hermana María, la espiritual muchacha de que hablé antes, y una docena (creo que sí), una docena de muchachos discurridores y traviesos, que á pesar de saber inglés hablan castellano y son aficionados á los poetas españoles como Becquer,ó escuchan embelesados á Juan Peza en sus tiernas elegías del hogar. Hablamos de una familia sinaloense, ahora radicada en México, cuya amistad nos era cara á ellos y á mí, del jefe de esa familia, excelente amigo, de la admirable señora que la preside, de su bella hija, de los muchachos tan amables y tan buenos. . . .

Un cubo de estos que se llaman *una casa* en New–York, puede alojar cómodamente á un burgués de recursos, distribuído como la casa de mi anfitrión de aquel domingo. Un piso, bajo el suelo, para el carbón, las tomas de agua, la base de los calefactores, etc.; encima otro piso que toma luz por sus ventanas sobre el nivel de la acera, allí están las cocinas y el comedor; encima dos ó tres saloncitos para recibir, para fumar, los otros dos pi-

(1) Este capítulo, escrito cuando aun vivía Cánovas del Castillo, fué publicado, bastantes meses antes de la guerra, en «El Mundo Ilustrado» de esta capital.

sos altos para dormitorios, y así se puede tener una casa en ascensión constante hasta el cielo. . . .

Llovió todo aquel día; en la melancólica tarde me fuí á instalar á la *Batería*. No hay ensueño duradero sin un mar presente ó presentido, que prolongue dulcemente el alma y la difunda en lo infinito. La mar estaba tranquila y suavemente acariciadora con rumores de cristal en las olas lentas. . . . Las nieblas se recogían en inmensas bambalinas que quedaban colgando del cielo. . . . Los *ferrys* cruzaban silenciosos la bahía como geológicos cetáceos de fierro y humo; se adivinaban los contornos de las islas; la Libertad parecía un gran fantasma (¡ay! eso es), y más alla de su *silueta* espectral se abría un arco de misterioso azul. . . . Un rayo de sol en agonía tocó todo aquello, que vivió y palpitó un instante en desleimientos de oro. . . . Después palideció todo, y por la puerta azul voló mi espíritu como un celaje impregnado de mis nostalgías y mis lágrimas.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

WASHINGTON

Estos ferrocarriles del Alto Este, son ferrocarriles de salón; dobles, triples, cuádruples; vías lujosamente instaladas, barridas, bruñidas, acicaladas, como las avenidas de un jardín rico; los wagones soberbios de confort, con muebles, cortinas, cojines y asientos suntuosos, sultánicos, se deslizan casi sin trepidación ni ondulaciones por entre ciudades abigarradas que se tocan y se espían mútuamente desde lo alto de sus torres–casas de quince pisos, especie de ciudades–anuncios, coronadas por letreros, rótulos y enseñas, y empenachadas de inmensos plumeros pardos de humo de hulla. Hay paréntesis deliciosos; bosques que el otoño convierte en selvas de coral y oro, formados de árboles de comedia de mágia que parecen flores por cuyas venas corriera sangre en vez de savia; ríos amplios y profundos que lamen isletas de vegetación en agonía, y van al mar próximo cargados de buques de todos los tamaños y de todos los colores.

Una hora larga después de haber pasado á orillas de la gran mancha escarlatinosa de Baltimore, paramos en una estación chaparra, fea, sin majestad, sin esa majestad que da lo enorme

y que es propia de estas arquitecturas yankees; estábamos en Washington.

Primera impresión: ciudad casi sola, agradable, correcta, amplia, formada por eternas calles bordadas de árboles pálidos y susurrantes como los de los cementerios; un pavimento admirable de limpieza y de lisura; podría patinarse en él sin tropiezo durante una legua. Por entre las copas nerviosas y finas de los árboles se entreven largas series de casas, modestas en comparación de los gigantescos bloques de New-York, pero, al parecer, más cómodas, más sanas. De vez en cuando un severo y colosal convento de granito, un edificio público blanquecino y enorme, recuerdan al viajero que está en el país de las hiperbólicas dimensiones. ¡Oh! ¡qué ciudad tan simpática, tan triste!

Enferma, á pesar de su higiene, enferma de viruela negra. Hay en la Unión, según el censo de este año, 6.338,000 negros puros y 1.132,000 mestizos (mulatos, cuarterones, etc.), y aunque en 25 años la proporción de la gente de color respecto de los blancos haya bajado de 15 á 13 mil por cada 100,000 blancos, esto no quiere decir que los negros sean cada vez menos prolíficos, sino que la inmigración blanca ha superado á esa fuerza reproductiva. Sea lo que fuere, Washington es una de las capitales de la nación negra y eso la carga de sombra. El mulato de los hoteles de New-York, es limpio, elegante y simpático, con frecuencia; el negro de los hoteles de Washington es sucio y feo como un diablo de baja estofa. Pobre raza, apenas desprendida de la esclavitud, apenas en estado de oruga hace un tercio de siglo, la libertad ha hecho en ella un efecto singular parecido al del alcohol; en realidad no la ha hecho libre, sino insolente.

*

Instalados en nuestro hotel, que resultó ser una casa histórica (según nos dijo luego el Sr. Romero, que es la viva historia moderna de Washington) y después de ver al soslayo, en un extremo de la espléndida avenida de Pensilvania, la imponente masa del Capitolio, tomamos un carruaje y nos hicimos conducir á la

legación de México. Es una casa de serio y elegante aspecto, de color granítico y situada relativamente cerca de la *Casa Blanca* y de los Ministerios que la rodean. Todas las legaciones hacen la corte, y con mucha razón, más bien á la casa del Presidente que al Capitolio. El Sr. Romero no estaba en Washington, lo esperaban en la noche; el primer Secretario, mi buen amigo Miguel Covarrubias tampoco estaba, y sólo tuvimos el gusto de ver aquella tarde al joven secretario Plaza, hijo de aquel extraño poeta, popular en México hace algunos años, pesimista y ardiente, especie de Baudelaire inferior, apenas artista, pero intensa y amargamente sentimental. El joven Plaza se puso á nuestra disposición con exquisita cortesía, nos hizo recorrer en carruaje algunas de las principales calles, lo que es una delicia en un morir de tarde color de violeta como el de aquel día de Octubre, con un frío apenas molesto y sin viento ni tristeza, y sobre un pavimento sin un solo desnivel. Las casas se empinaban sombrías sobre los árboles que se desnudaban hoja por hoja para recibir en plena piel, el beso mortal de las nevadas próximas. La luz de los reverberos eléctricos dejaba las partes altas de esas casas y las caprichosas líneas de sus remates en una obscuridad azulosa como la del país de los ensueños; á mí me parecían una curiosa mezcla de palomares y órganos de iglesia, de abrumadoras proporciones.

Entregamos á nuestro cicerone, para que la pusiera en manos del Sr. Romero, la carta que para él me había enviado con su impecable cortesía el Sr. General Díaz, y en la que me parecía encontrar, no sin cierta flaca vanidad, algo más expresivo que las fórmulas usuales de la Secretaría del Presidente, que son conocidísimas en el mundo burocrático.

Llegó la noche, nos hicimos servir en el lujoso restaurant del hotel Raleigh una cena suculenta, dorada al margen por el bullicioso topacio de una champaña seca de alta marca y de un precio que me obligará á renunciar á ella como succedánea del *agua delgada* en la capital azteca, y remolcados á todo humo por los opíparos puros que se pagaba mi casi imberbe primo, nos diri-

gimos al teatro, á un teatro que se llama de la *grande ópera* y que me pareció inferior á cualquiera de los de New York. La concurrencia vestía de cualquier modo; las señoras de los palcos estaban casi todas de sombrero, como en las tardes teatrales de México; entre ellas vimos algunas bonitas y bien puestas. Cierto es que aun no inauguraba la sociedad política y diplomática de Washington sus fastuosos inviernos.

Cuando ví por primera vez las deliciosas parodias en que Meilhac y Halevy pusieron en caricatura á Homero y los trágicos griegos, dorando esta píldora de arsénico, con la música endiablada mente joven y mal intencionada de Offembach, uno de los más simpáticos agentes del demonio en nuestro siglo, me creí obligado á protestar con melancólica solemnidad en nombre del arte eterno, aunque estudiante (digo, que á pesar de ser estudiante me creía facultado para hablar de cosas eternas). La verdad es que aquellas operetas me divertían ¡ay! furiosamente, y que hacía esfuerzos imposibles para disimularlo, por pura actitud. Llorábamos entonces la muerte de lo bello asesinado por la señorita Torreblanca que bailaba con unas piernas muy gordas un *cancán* muy azteca; el maestro Melesio Morales, transportando al tono menor la música misma de las cuadrillas cancanescas, componía la marcha fúnebre de la estética; dulce y elefantina como la estátua de Atena, la pobre Carolina Civili amenazaba á los sacrílegos con el puñal de Melpómene; Olavarría, que era en aquellos siglos un muchacho muy bonito, muy amable y muy entusiasta y candoroso (en esto último éramos gemelos), se batía con el barón, es decir con Gostkowski, que era el barón por antonomasia, porque aquél defendía la causa del llanto en el arte, y el barón la de la risa; y todos los *bohemios*—así nos llamábamos de orden de Pepe Cuellar y por odio á los filisteos — seguíamos en lúgubre teoría á nuestro ilustre maestro Altamirano, y exhalando unísonos lamentos de dolor literario, reproducíamos como simios, los gestos de indignación de nuestro amado corifeo. En el fondo esta comedia nos divertía mucho también.

En el escenario del gran teatro de Washington, se desarro-

llaba una parodia enorme, aplastante y sin pisca de gracia. 1492 se intitulaba; en ella, desde el sitio de Granada hasta el descubrimiento del parque Madisson en Nueva York por el genovés consabido, vimos una sucesión de cuadros estúpidos en el fondo y sumamente divertidos en la forma, si por *la forma* se entiende las decoraciones. La corte de los reyes católicos (hacía de reina Isabel un yankazo de veinte codos de altura, voz de escocés borracho y copioso bigote), era una especie de corte de los milagros: la reina aplanchaba los pantalones de Don Fernando, las princesas flirtaban con los militares, y Colón jugaba á la pelota con su mundo por descubrir; impagable resultaba el espectáculo á fuerza de ser idiota. Pero espléndidos trajes: ¡qué serpentenamiento de oro y luz en los telones, qué surtidores de agua tan bien iluminados, qué mágicas vistas de la Alhambra! Luego Colón emprende el viaje: la escena representa el mar inmenso; perdidas en él, como un triángulo volador de procelarias en la noche, las carabelas históricas; luego una lenta y pura aurora americana. . . . Realmente la ilusión era poderosa; caía el telón sobre el alma trémula de admiración y vibrante de recuerdo. . . . ¡Oh! sí el recuerdo de lo que no se ha visto, pero que ha sido, es el más conmovedor de los recuerdos! . . .

Después seguían escenas neo–yorquinas, en pleno mundo rateril; los timos ingeniosos de los pick–pockets formaban la substancia de todo aquello. Y se conocía que el público gozaba mucho; las mandíbulas de aquellas buenas gentes estaban animadas de un perpetuo y silencioso movimiento trepidatorio. Lo que más me gustó fué la parte negra de aquella monserga teatral; los bailes interminables de los negros, sus canciones monótonas, acaban por hipnotizar y por producir luego una dulce y sorda voluptuosidad que paraliza el espíritu y hace cosquillas como con una pluma suavísima, en todas las puntas y nudos del sistema nervioso. . . . Y en aquel sopor lánguido dominaba la voz opaca y ardiente y la ondulación de las formas de una mujer (una inglesa de carne opulenta y que debía de tener el microbio negro en la sangre) que cantaba, con un ritmo siempre igual, una

canción erótica en que había arrullos de paloma y rugidos aterciopelados de pantera en noche de luna. Temo que la Academia se escandalice con estos adjetivos y me excomulgue. ¡Oh! ¡sí, lo temo!

*

En esta estación del año aun no están plenamente preparados los hoteles para el servicio de invierno y suele hacer bastante frío en las mañanas, á pesar de las espesas mantas. Aconsejo en este caso hacer lo que yo hice en Washington: prepararse un baño semi-caliente y sumergirse en él hasta la venida del sol; tomar entonces un buen almuerzo é ir á pie por aquellas amplias avenidas, contemplando los medianamente ricos aparadores que dan á Washington el aspecto de una ciudad de provincia, comparándola con Nueva York ó Filadelfia, hasta la Legación de México. Esta última parte del consejo puede suprimirse naturalmente; yo no hubiera, por ningún motivo, prescindido de esta excursión; D. Matías Romero es el hombre que oculta mayor dosis de amabilidad bajo su cetrina y velluda corteza de cuáquero melancólico. Muy bueno, excelente hombre; por desgracia trabaja tanto con la cabeza como con los piés, es decir, indefinidamente. Había llegado de Filadelfia hacía algunas horas; después ó antes de tomar su ducha había jugado á la pelota, él solo, en una sala *ad hoc;* luego había firmado y revisado cien documentos, la mayor parte redactados por él, los más largos, porque el Sr. Romero plumea indefinidamente también: es el hombre más liberal de la tierra, porque no tiene la noción del límite; todos sus informes son opúsculos, todos sus opúsculos son libros, todas sus memorias son bibliotecas; es un Tostado: nadie lo lee sin fatiga, nadie lo lee sin provecho. Nos abrazamos y, sin sentarnos, sin reírnos (yo descanso de una caminata de una legua con una risada de seis minntos) tomamos el camino de la Tesorería al paso menudo y rápido del Sr. D. Matías.

Grandioso pórtico, de dórico severo; columnas, arquitraves, escalinatas, formadas de enormes bloques de piedra blanquiz-

ca, monolíticos. Entramos, saludamos á los jefes principales de la oficina, que todos tratan á Mr. Romero con afecto respetuoso, como á persona de la casa, y provistos de uno de estos amables funcionarios, bajamos por un descensor á los sótanos, iluminados perfectamente *á giorno* por focos de luz incandescente día y noche. Allí, en departamentos de acero, admirablemente distribuídos y cerrados por alambrados, que no es posible atacar ni abrir sin poner en movimiento una serie de juegos de campanas eléctricas, yacen centenares de millones de valores: garantías de Bancos, billetes del Tesoro, barras de oro y plata, etc. Tanto es lo allí aglomerado, que ni codicia despierta, está por encima de cualquier ensueño de poeta ambicioso de riquezas, aun cuando tenga la imaginación y el apetito á altísima presión, aun cuando crea posible caer al mar envuelto en un saco de muerte y emerger de allí convertido en Montecristo.... Esta indiferencia sublime ante aquella serranía de dinero, me dió buena idea de mí mismo.

Y esta buena idea subió de punto en el momento en que uno de los jefes de aquellas opulentísimas oficinas puso en mis manos un paquete de billetes (dos ó trescientos mil pesos) y me invitó á destruírlos por un solo golpe de palanca en una finísima prensa de acero; lo que hice concienzudamente. Pocos hombres han de haber aniquilado tamaña fortuna, con tanta rapidez y tan poca emoción como yo.—Lo admirable en estas gigantescas bombas de aspirar y arrojar dinero en todo el sistema circulatorio de la Federación, es lo bien que en ellas se ha distribuído el trabajo. Hay una sección destinada al sello de billetes desempeñado por mujeres, que es una maravilla de orden y destreza; pero el más curioso de todos es el departamento en que se cambian billetes viejos ó estropeados por nuevos; todo aquel que quiere cambiar sus billetes por nuevos, los envia al Tesoro, que, sin gasto alguno para el remitente, hace el cambio. «La Federación desea que su papel sea siempre limpio y entero» nos decia el Tesorero. La sagacidad desplegada por las señoras encargadas de revisar los billetes enviados, no sólo para averiguar si son ó no falsos, sino

para restaurarlos, porque muchas veces vienen en fragmentos minúsculos ó quemados, y, para leer en ellos su valor real, es igual, algunas veces, á la que puede desplegar un paleontologista para restaurar el esqueleto de un paquidermo antidiluviano con sólo el examen de un molar ó de un fragmento de tibia fósiles.

*

En los otros ángulos del bonito parque que ciñe la casa de los Presidentes, blanquísima realmente, la famosa *Casa Blanca*, se elevan los ministerios de Estado (relaciones) y de guerra; los visitamos de prisa, jadeando en pos de nuestro infatigable D. Matías. Nada de particular tienen ó nada de particular vimos en ellos; el despacho del Ministro de la guerra, con unos retratos de Washington y del general Grant entre banderitas, nos pareció *cursi;* la biblioteca del Ministerio de Estado, está admirablemente instalada; allí se muestran autógrafos, piadosamente conservados, de los fundadores de la Unión y, entre otras curiosidades, un colmillo de elefante regalado en prenda de paz al Presidente Cleveland, por un jefe africano. En la casa del Presidente recorrimos las elegantes, aunque no lujosas, galerías laterales y, si nuestra permanencia en Washington se hubiese prolongado, habríamos tenido el gusto de ver á Mr. Cleveland, que en aquellos momentos había salido de la ciudad; yo que me hahía propuesto no hacer este viaje para observar, sino para recibir sensaciones, sentí no haber visto á la bella y distinguidísima Sra. Cleveland.

La Sra. de Romero nos recibió á su mesa en la noche. La esposa del ministro ha pasado, en los últimos años, por graves enfermedades y, por eso, no es ya aquella deliciosa joven, fresca y alegre como una flor de primavera, que fué encanto de la sociedad mexicana en los años que siguieron inmediatamente á la restauración de la República; pero bella aún y elegante y distinguida como pocas, la Sra. de Romero, en un castellano un tanto breve y condensado, si muy correcto, hace con tan exquisita amabilidad los honores de la casa de México en Washington, que allí

las horas pasan rápidas, y en la despedida tiembla siempre una nota sorda de emoción y de tristeza.

Tuvimos el gusto de ver en la tertulia de nuestro ministro al Sr. Foster, antiguo plenipotenciario de los Estados Unidos en México y en España, legista y político eminente, que descansaba en Washington de su viaje á China y al Japón, en donde asesoró á Li–Hung–Chang, en los tratados de paz celebrados entre las dos potencias; labor considerable que acababa de ser remunerada con 250 ó 300 mil pesos. El señor y la señora de Foster recuerdan mucho á México, y si no fuera porque tienen deseos de descansar un poco, después de haber dado tres veces la vuelta al mundo, irían á pasar un invierno á nuestro país.

Salimos encantados de la legación cuando mediaba la noche, y departimos por aquellas magníficas calles de Washington con algunos paisanos nuestros y dos ó tres caballeros americanos; la noche estaba tibia y serena, y yo agobiado de recuerdos de mi padre que, hacía cincuenta años había hecho iguales paseos, que describe en su viaje, por esta misma avenida de Pensilvania.

EL CAPITOLIO

PASEANDO

Como el de San Pedro en Roma, el domo de esta gran catedral laica de la Libertad humana, se ve de todas partes. Confesémoslo de buen grado: el *Capitolio* de Washington es el centro de la transformación republicana del mundo cristiano. La teoría científica (apoyada en la observación y la experiencia), del gobierno libre, democrático y federal, formulada en preceptos en la Constitución, ha sido, en este laboratorio político y judicial, reducida á la práctica. Y á pesar de que el admirable domo blanco, asentado sobre un tambor artístico de puro estilo francés neo–clásico, ha disminuído á la vista sus majestuosas proporciones de antaño, gracias al crecimiento constante de los pabellones laterales, puede decirse que, idealmente, descuella sobre todo el Continente nuestro; es la mayor altura americana. Admiro al pueblo cuyo centro de gravedad política es el Capitolio; su grandeza me abruma, y me impacienta, y me irrita á veces. Pero no soy de los que se pasan la vida arrodillados ante él, ni de los que siguen alborozados, con pasitos de pigmeo, los pasos de este gigante, que, en otro tiempo fué el ogro de

nuestra historia, como los niños á los hércules de circo. Pertenezco á un pueblo debil, que puede perdonar, pero que no debe olvidar la espantosa injusticia cometida con él hace medio siglo; y quiero, como mi patria, tener ante los Estados Unidos, obra pasmosa de la naturaleza y de la suerte, la resignación orgullosa y muda que nos ha permitido hacernos dignamente dueños de nuestros destinos. Yo no niego mi admiración, pero procuro explicármela; mi cabeza se inclina, pero no permanece inclinada; luego se yergue más para ver mejor.

Desde la noche misma que llegamos á Washington, después del teatro, sin poder dominar nuestra curiosidad, subimos como sombras por la amplísima escalinata que hace accesible la colina sagrada del Capitolio; nos sentamos al pie de la gran balaustrada, y durante una hora larga vimos de hito en hito aquel edificio: ¿por qué con indefinible emoción? Es muy grande, muy regular en cada una de sus partes, aunque desproporcionado ya, como he dicho; la cúpula no totaliza el edificio, como antes; necesitaría ser cinco veces mayor de lo que es; no era ni podía ser la mía, como se ve, una emoción estética; era otra, del orden moral, sin duda; muy confusa y muy tumultuosa brotaba de mi memoria y de mi conciencia; pensaba yo en todo lo que ahí se había discutido, en las enseñanzas insólitas que esas discusiones entrañaban, en los actos que de ellas se iban desprendiendo; pensaba yo en las iniquidades allí sancionadas por la facción que perpetró la guerra con México y la anexión de territorios que no eran Texas; pensaba en lo que por tanto tiempo había logrado hacer el partido esclavista protegido por la ley; en la áspera é implacable política de egoísmo nacional que con el título de «protección á la industria,» no sólo ha creado la industria americana, lo que podía justificarla, sino que después de nacida y crecida, la ha mantenido en su situación privilegiada, lo que ha dado por resultado la formación de formidables divisiones sociales en el seno de la democracia, provocando el amontonamiento de gigantescas riquezas en manos de unos cuantos oligarcas, y de apetitos insaciables en las densísimas masas obreras: electricidades

contrarias de donde se originarán conflagraciones más pavorosas que los cataclismos de la naturaleza que cambian la forma de los Continentes. Se ve bien, por contraste, esa base obscura de la flama que esplende en este gran faro en que se combinan el elemento de la ley y de la justicia para producir la luz. El desenvolvimiento de la Constitución, su apropiación á las ingentes necesidades de este organismo que es un milagro de crecimiento, la liberación de millones de esclavos, provocando la guerra civil, para hacerla definitiva, y exponiendo á la Unión á disolverse, para hacer triunfar la libertad humana; y el comentario perpetuo de la ley fundamental hecho por la Suprema Corte, que con él ha embebido de derecho constitucional hasta la última celdilla de este cuerpo vivo, esa es la labor sin par del Capitolio. ¿Cómo no inclinarnos ante ella, nosotros, pobres átomos sin nombre, si la historia se inclina?

*

Subimos de nuevo en la mañana la escalinata en que termina, por el lado de la Avenida de Pensilvania, el parque del Capitolio; llegamos á la meseta de la colina en cuyo centro descansa el edificio rodeado de una balaustrada monumental coronada por severísimos vasos de bronce, dimos vuelta al pabellón del N. y, fatigados, aunque sin sentirlo todavía, nos colocamos frente á la entrada que ve al sol naciente. La verdad es que era aquel un sol de fuego que nos cocía con la misma voluptuosidad con que calentaba el solemne domo de metal blanco que se levantaba á nuestra vista, inmenso, esbelto y correcto como un dibujo académico grabado sobre la placa de acero del cielo. Tomamos distancia para ver bien el cuerpo central, cuya insignificancia, determinada por la abrumadora curva peraltada del domo, ha quedado más acentuada gracias al pronunciado saliente de los dos pabellones laterales que el primitivo arquitecto no previó y que han rebajado en perspectiva la altura de la curva, aumentando las dimensiones latitudinales de la base. Nos colocamos cerca de la estatua heroica de Washington, sentado en su curul romana, el medio cuer-

po desnudo y castamente envuelto en paños esculturales el otro medio; nada diré de lo que me pareció esta estatua que á un viajero, para mí caro entre todos, gustó por todo extremo. Desde ahí se ve bien el domo insistente en amplísima base poligonal, que surge, desnuda y fría, sobre los áticos centrales; encima de ella un enorme anillo toral y sobre él un magnífico tambor columnado, forman el primer piso; más arriba otro tambor de altura y diámetro menores y, descansando en un gran cinto adornado de modillones invertidos de gracioso efecto, la curva terminal del domo ovoide, aligerado por los ojos de cristal de las claraboyas y rematado por la linterna, columnada también, alta y airosa, que sirve de pedestal elegantísimo á la estatua de la libertad, según creo, la diosa que aquí tiene los mejores altares. Tal es el monumento. Poniendo las manos de modo que, ocultando los palacios laterales, pudiese *afocar* bien el cuerpo central, obtuve la clara y pura visión del edificio tal como fué concebido y que hoy ha perdido la unidad que el domo resumía antaño.

Subimos por esta escalinata superior muy bien lanzada desde el nivel del piso del pórtico hasta el de la meseta; su altura permite al piso inferior ceñirse de majestuosas arcadas; el domo disminuía á nuestra vista; cuando desapareció por encima del vértice del frontón, llegábamos ya á las columnas del vestíbulo; los batientes de las puertas, imitación de las clásicas del *Bautisterio* de Florencia, son de bronce esculpido en magníficos relieves que representan los grandes episodios del Descubrimiento. Entramos; en la rotonda, rodeada de columnas de mármol, admiramos la cúpula del domo, sostenida por columnas de mármol y que atrae la vista, desde el fondo de la linternilla, á más de noventa metros de altura.

Yo adoro las cúpulas y los domos; desde la del Panteón de Agripa (de Hadriano en realidad) incrustada en su cubo de piedra, y la de Santa María de las Flores, que copia la del Panteón, pero erigida en el aire, en forma de domo, por Brunnellesco, y el de San Pedro (ambos vistos por mí en sueños), hasta el de Santa Teresa que se eleva gris y puro en el cielo, frente á la

ventana de mi clase en la Preparatoria, todo mi horizonte interior, toda la decoración imaginaria de mis ensueños, florece en domos de todas las curvas y de todos los colores. Este del Capitolio (no había visto otro mayor) me agobió y me apasionó.

El primitivo edificio, á los lados de esta rotonda soberbia, decorada con estátuas y frescos que representan, de cualquier modo, escenas salientes de la historia americana, tenía otros dos departamentos destinados á las Cámaras del poder legislativo; hoy uno de ellos es una especie de biblioteca de estátuas y bustos mandados por los Estados, ridículos y feos algunos de ellos; y el otro, el situado á nuestra mano derecha, es el salón de la Suprema Corte Federal. No vale nada: un hemiciclo mezquino decorado con los bustos en mármol de los Presidentes del Tribunal, ya muertos, atestado de pupitres en el centro y con un corto lugar para el público, frente á la línea en que están espaciados los sitiales de los jueces supremos de la Unión; ese es el local del famoso areópago americano, que ha llegado á tener un prestigio augusto y á fundar una jurisprudencia constitucional, gracias á la *Inamovilidad*, que esta enorme y extremosa democracia ha sabido respetar con el sentido práctico que la caracteriza, y que nosotros, que nos contentamos con una democracia verbal y de aparato, rechazamos á son de trompeta, en nombre de un decálogo jacobino que está ya mandado recoger.

Visitamos el Senado, primero, y la Cámara de Diputados luego, iguales de aspecto aunque de diferentes proporciones: grandes graderías de ascensión suavísima en los hemiciclos; poco lujo, no hay tribuna; cada quien habla desde su asiento. Las galerías relativamente pequeñas; las oficinas dependientes de las Cámaras y de la Corte muy vastas y algunas suntuosamente decoradas. Vimos el salón en que el Presidente de los Estados Unidos se instala, en los últimos días de sesión, para firmar las últimas disposiciones que la gran maquinaria legislativa, muy semejante á las que se emplean en la fabricación de papel, despide por resmas en sus postrimerías. Las actas de las Cámaras están

escritas en tiras sin fin, arrolladas en formidable cilindro; nada de esto vimos funcionar porque Cámaras y Tribunales estaban en vacaciones.

Y seguimos subiendo, bajando, cruzando por naves, á veces decoradas al oleo, con gusto exquisito, aunque sin originalidad alguna, y cansándonos de lo lindo. Por ahí, muy á la vista, entre dos monumentales escaleras, nos encontramos con un gran cuadro que representa la toma de Chapultepec. El cuadro es de una fantasía risible; aquel es un Chapultepec de teatro infantil, y á más de mentiroso, es malo, pero malísimo; por reverencia al arte debían mandar el lienzo á las bodegas. A nosotros no nos pesaría una representación verídica del combate de Chapultepec; él sólo nos venga de todas las afrentas de la invasión americana; en esa pirámide de miserias, de vergüenzas, de sangre y de cadáveres, de derrotas nuestras y de triunfos americanos que se llama 1847, forma el vértice fulgurante, el grupo de niños sublimes del Colegio Militar que vengaron á su patria en la historia con sólo morir por ella. ¡Sean benditos de generación en generación!

Bajamos por la parte posterior de aquel edificio que los fundadores de la Unión Americana quisieron que fuese algo como el centro, como el ombligo del mundo nuevo, que diría Esquilo; el centro eterno, del cual irradian las interminables avenidas de una ciudad trazada para tres millones de habitantes y que sólo contiene la duodécima parte en la actualidad. Muertos de cansancio, caímos famélicos sobre unos deliciosos platos de ostras fritas y de cucarachas idem (éstas en minoría, tres ó cuatro por cabeza), en una taberna colocada en un ángulo que, por la avenida de Pensilvania, confina con la plaza capitolina.

Después visitamos, en wagones abiertos, la parte nordeste de Washington, por el lado del Anacostia, pequeño río que se une al Potomac; en ese lado hay más matorrales que casas; en seguida nos desplomamos en nuestras bañaderas tibias como pantuflas de odaliscas. ¡Ah! qué bueno; luego el barbero, el frac, y á la Legación. Sólo el señor Romero no se cansa en Washington.

*

Por ser domingo nos privamos de ascender cómodamente por el interior del altísimo obelisco de mármol blanco de Maryland, cuyo piramidión domina uno de los extremos de la ciudad, y desde donde se descubre ésta en panorama espléndido. Nos dirigimos, en uno de los excelentes carruajes de Miguel Covarrubias, hacia las afueras de Washington; estábamos muy contentos, llevábamos por viático tres cosas que rara vez se reunen: un buen amigo, un buen sol y un buen frío. Sin tropiezo alguno é insensiblemente, llegamos á una loma en que existe una especie de cuartel de inválidos, un abrigo para los veteranos no utilizables en el servicio, el *soldiers home*, fundado, desde el tiempo de la guerra de México, con dinero recogido á los soldados del ejército triunfador en 47 á moción del honrado general Scott. ¡Un cuartel de inválidos! Sí, pero de la edad de oro: la casa, *el home*, es una encantadora finca para abrigo de una familia de pastores; ahí hay vacas, becerrillos, leche, flores, enredaderas, y cañones y balas rodeados, desarmados, digámoslo así, por todo esto. Si las bombas partieran, llevarían guías de parietarias en vez de espoletas, y derramarían crema en vez de muerte; niños rosados, blondos, como hijos de Fausto y Gretchen, cabalgan sobre los pacíficos cañones y se divierten en regar las impasibles pirámides de proyectiles. En torno, todo es tranquilidad arcadiana, todo es vida en los bosques, en las fuentes, en los *chalets* pintorescos de aquel repuesto parque. En un recodo de sus sombrías avenidas de púrpura y oro, porque el verde apenas aparece en esta vegetación otoñal, bajamos del carruaje para ver, entre dos ramas de árboles, en las lejanías profundas de aquel cielo de cristal, la masa del Capitolio, admirablemente diseñada, como si fuera vista por un anteojo invertido.

Antes de las once del día, después de pasar el Potomac salpicado de vaporcillos alígeros y de inmóviles barcas (un río con su mansa y apacible cara de los domingos), nos internamos en el Estado de Virginia y subimos á la cima de unas colinas que

dominan un gran fragmento del Valle del Potomac y el Distrito de Columbia en que está edificada y trazada la Capital de la República: estábamos en el cementerio de Arlington. Once ó doce mil combatientes de la guerra de secesión descansan allí en el supremo apaciguamiento de la muerte; allí los adversarios yacen codo con codo, en filas densas, como en la hora del combate; más la bandera de la reina implacable es allí una bandera blanca. Y por eso aquel parque repuesto, los pinos vibrantes y escuetos que en apretados batallones trepan por las pendientes, las selvas sembradas de flores, una que otra tumba monumental como la del simpático y bonachón general Sheridan (una estela fúnebre, una medalla de bronce clavada en ella, una palma, un nombre), las estrofas de un poema de triunfo y de muerte grabadas en tablas de fierro distribuídas por las grandes avenidas del cementerio, todo esto produce una emoción grave de entusiasmo, de tristeza y de respeto: el sentimiento religioso está compuesto de estos elementos.

Otra cosa me impresionó mucho, me impresionó más: aquel cementerio era una granja del general confederado Lee. La confiscación fué llevada á cabo durante la guerra, y para impedir una reivindicación posible en lo futuro, se cubrió la tierra de tumbas, se consagró á la muerte, y ya no podía ser devuelta sin sacrilegio. La respetable sobrina de este rebelde que creyó cumplir con un deber supremo, no defendiendo la esclavitud, sino los derechos de los Estados y prefiriendo romper el pacto federal á interpretarlo como los del Norte lo hacían, ha reclamado en vano; la casa de Lee, á quien ella ha comparado valientemente con Washington, en un elocuentísimo panegírico, es la casa de la muerte; la muerte no devuelve su presa.

Cosa singular; todos estos vencedores nuestros, todos estos violadores soberbios de nuestro derecho y de nuestro territorio, han sido después vencidos en su propio suelo. Lee, que fué en la guerra de 47, despiadado vencedor, el alma de la organización técnica del ejército americano, aunque simple teniente; Jefferson Davis, el presidente de los confederados, que capitaneó en

México á los voluntarios de Virginia, si no recuerdo mal, expiaron luego sus culpas (expiaron ¿por qué no? aunque soldados tenían conciencia plena de la iniquidad que cometían), como Bazaine, Douay, Marguerite y mil otros, supieron en su propia tierra á lo que sabía la derrota sin día siguiente y la humillación sin venganza. Me odiaba á mí mismo por ser capaz de hacer estas reflexiones en la antigua casa del general Lee, del hombre cuyo triunfo habría prolongado indefinidamente la guerra en México, quizás, pero cuya inmensa desventura nos conmueve y nos obliga á enmudecer respetuosos, como la de todos los hombres que han sabido sacrificarse por un deber.

Desde la galería exterior de esta sencilla mansión de campesino, el panorama es admirable; se ve correr sinuoso y bañado de sol al Potomac hacia el mar, reunirse con el Anacostia y huir de la metrópoli, que capitonada de vegetación y de finísima niebla parece dormir al pie del Capitolio.

Bajamos lentamente del «vivac de la muerte» como llama un poeta á aquel dulce cementerio, y fuímos á tomar el *lunch* á la casa de Covarrubias en la *Avenida Conecticut*. Quien conozca á la Sra. de Covarrubias, delicadísima flor de Francia injertada en un tallo americano, podrá imaginar las exquisitas horas que en su elegante casa pasamos; de ella, de sus amables niños, de los Sres. Romero que allí estaban y de Miguel, nos despedimos tristes y partimos rumbo á Baltimore.

POR BALTIMORE

BALTIMORE, en mis recuerdos de infancia (mi padre tenía una cariñosa afición por esta ciudad y hablaba mucho de ella) era una especie de Venecia, pero en un plano inclinado; y aunque esto resulta un modo muy singular de ser Venecia, así me lo figuraba, con sus calles abigarradas y estrechas surcadas, en vez de góndolas, por navíos de alto bordo que, mediante el juego constante de las esclusas, subían y bajaban por aquellas laderas coronadas de árboles y estriadas de amplios canales de cristal vivo. No es esto Baltimore, es otra cosa; mas esa otra cosa es muy simpática y muy interesante. No á primera vista, por el lado del ferrocarril Baltimore–Ohio, el B. O., como aquí se dice: una gran mancha rojiza que, á medida que está más cercana, se divide en muchas otras como coágulos, que al cabo toman la forma de altísimos bloques de casas perfectamente iguales y perfectamente feas, esta es la impresión al llegar. Cuando desembarcamos era de noche; los reverberos eléctricos encendían en la sombra su constelación de astros efímeros, admirablemente regular y triste. La ciudad se había vuelto

negra bajo su gran velo de luz blanca, y muda y silente hasta provocar las lágrimas; era domingo, y los domingos anglo–sajones, hijos de los sábados judíos, no son fiestas del nuevo testamento, sino del viejo. Los colmenares del trabajo humano enviudan de sus abejas zumbadoras; todo rumor calla y la ciudad protestante reza en voz alta y se emborracha en voz baja; pero aun en las cantinas la cerveza se bebe con religiosa unción.

Nos alojamos en un inmenso hotel, y una vez lavados, acepillados y *planchados*, salimos á vagar por esas calles de Dios: desiertas y bien iluminadas unas, otras obscuras; éstas eran las más simpáticas; en la obscuridad suelen tomar los brutales edificios que de día aplastan con sus moles al que los contempla, no sé qué de ligero y fantástico é impalpable como la sombra. Parecen (¿lo he dicho ya?) ilustraciones del *Infierno* del Dante, de Gustavo Doré; lo nuevo y lo crudo se desvanece y la noche les da un pasado, una historia, una leyenda casi; vamos, los pierde en la noche del tiempo. Parecen torres babélicas ó palacios–fortalezas italianas medioevales, infladas por el soplo de Miguel Angel.

En aquel torreón redondo, altísimo, de raíces de granito, de almenas negras, incrustadas acá y allá, de ventanas que semejan enormes gemas fulgurantes, deben realizarse espléndidos y frenéticos dramas de amor y odio, de pasión y muerte. De esa cornisa va á colgar la escala de Romeo; junto á esa ventana de fierro devora Ugolino á sus hijuelos; el-frú frú de los besos de Paolo y de Francesca, se escucha por aquella claraboya; allá arriba se balancea la jaula de hierro en que agoniza Napoleón de la Torre, y sobre la plataforma desafía á los verdugos de sus hijos Catarina Sforza, mostrándoles, con impudor soberano, el fecundo vientre. La verdad es que todo esto se ve ahí: no hay más que quererlo ver; si no se quiere, entonces puede uno imaginar que abajo hay un restaurant y arriba una serie de departamentos en que los buenos yankees atiborrados de *cotkails* dominicales, duermen un sueño muy distinto de las vigilias sublimes de los grandes pecadores italianos.

*

Quería yo ir no muy lejos de la calle de Calvert, en que estaba nuestro hotel, á la de Lafayette, donde se ve el sepulcro de Edgar Poe, en un jardín á flor de calle. El nombre de este fantasista maravilloso, que hizo arder su genio como la mecha de una lámpara de alcohol, explicará á muchos el estado de ánimo que me obligaba á convertir en una ciudad siniestra y lívida la honrada ciudad fundada por Lord Baltimore, hace cerca de doscientos años, en el estuario del Patapsco, en la tierra de la Reina María Enriqueta, mujer de Carlos I, es decir, en la *Maryland*. ¡Ay! cuán triste nos pareció aquella noche puritana; las aceras largas, largas, corrían ante nosotros monótonamente tableadas por los reflejos de los grandes aparadores iluminados, que espejeaban en el gris de las piedras humedecidas por una llovizna fría como prédica protestante. Por ellas nos lanzamos; pero pareciendo á mi compañero demasiado lejano é incierto el objeto de mi fúnebre visita, emprendimos la vuelta por una calle paralela, vimos un solitario mercado, continuamos escudriñando escaparates repletos de telas muy ricas unos, de objetos muy vulgares otros, de zapatos aquí, de ropa hecha allá, de muebles finos acullá.

Música, canto, ¡oh dicha! Entramos. Era un templo, es decir, un salón protestante, una reunión dominical de *metodistas*. En el fondo un estrado, en el estrado una tribuna, en la tribuna una Biblia, en la Biblia un hombre (esta es una figura), y en el hombre un par de buenos bigotes negros y lustrosos como escarpines de charol. Muchas bancas, muchas señoras en las bancas, junto de la entrada un órgano y unas jóvenes, ó por lo menos unas voces jóvenes que cantaban cuando el señor de los bigotes no predicaba.

Tomamos un cómodo asiento: nadie se fijó en nosotros. Mi amigo y allegado Genaro Fernández, compañero de excursión que había aprendido el inglés en el viaje y que lo hablaba ya como castellano, se indignaba, á fuer de católico sin reservas, de

que un protestante hablase tan bien de la caridad cristiana. Cuando llegó la hora de la *cuesta*, su conciencia religiosa lo obligó á salir y á mí trás él. ¡Ay! entonces sí nos vieron todos, y creo que nos vieron mal.

*

Llevaba en mi cartera excelentes recomendaciones para el arzobispo Gibbons. Este hombre, grande de alma y de cuerpo grande, por su candor de lirio evangélico, por su fe en Cristo y en la democracia, este *Embajador de Dios* (así intitula un libro en que exalta la misión social del sacerdocio católico), ejercía sobre mi espíritu de hombre emancipado, pero nacido y crecido á la sombra del altar, un soberano influjo: Gibbons y Ireland, las dos columnas magnas del catolicismo anglo-americano, son personalidades apasionantes. Sus contornos hieráticos, pero luminosos, destacándose en la inmensa mancha de sombra de la irreligiosidad de nuestro tiempo, parecen prefigurar al misionero del porvenir, al hombre de concordia, de caridad y de pueblo (déjeseme decirlo así), destinado á resucitar la religión, limpiándola del parasitismo gigantesco de la superstición y de la nimia y microbica devoción que no es más que una forma de la irreligiosidad, y encendiendo en las almas muertas un calor de amor hacia el supremo ideal de justicia simbolizado en la cruz y que será lo único (yo no veo otro), será lo único que podrá convertir en unánime *sursum* el terrible choque de los grupos humanos en el siglo que llega.

Todo esto pensaba, mientras me vestía muy temprano para hacer una matinal visita al ilustre cardenal. La simpática solicitud de Ireland por la enseñanza laica, la de este señor Gibbons, que, al recibir el capelo, declaraba en su iglesia titular en Roma misma, que el evangelio y la constitución de los Estados Unidos eran los dos libros más santos que había visto la humanidad; su benevolencia hacia las sociedades de trabajadores (aún las secretas), y la serenidad de su actitud augusta, casi divina, en el congreso de las religiones de Chicago, invitando á católicos, protestantes, judíos, mahometanos y budistas, á dirigir á Dios una plegaria humana, la oración dominical, que todos oyeron y repitieron con unción profunda, me atraían hacia el prelado. ¡Qué distinto es esto de lo que estamos acostumbrados á ver y á oír; cuán distante—parece la distancia de un mundo á otro—es esta conducta, de la estrechez de miras, del formalismo, de la impotencia absoluta para ponerse de veras en contacto con las entrañas de la sociedad moderna y fecundarlas con el verbo de Cristo, que advertimos, en nuestra nación, en los doctos y virtuosos, pero ensimismados é incurablemente rutineros jefes de la Iglesia de nuestro país!

¡Oh! mi mala estrella! Nos encaminamos hacia la catedral, y á espaldas de aquel grandote é insignificante edificio, subimos una escalinata, llamamos á una puertecita, entramos, invitados por un sirviente, en una modesta pieza de recibo, y ahí un secretario nos manifestó que el día anterior, en un tren nocturno, monseñor Gibbons había salido para una población lejana con objeto de consagrar á un obispo.

Muy compungido puse en manos del joven levita, que nos había cortesmente recibido, la carta del señor Romero y la de una de las católicas más eminentes de Nueva York, y después de habernos expresado la contrariedad que el Cardenal experimentaría, pues ya esperaba la visita, aunque ignoraba cuándo se verificaría, nos hizo prometerle que volveriamos á los cinco ó seis días; como buenos mexicanos prometimos, por mortificación, lo que sabíamos que no nos sería dado cumplir.

Decidimos visitar la catedral, de feas torres, que teníamos bien cerca. Mientras pensaba en Gibbons (y pensé en él desde que llegué á Baltimore), se mantuvo fuera de foco en mi cerebro, pero frente á mí, otra figura de arzobispo de Baltimore que me era muy simpática y que es curiosísima; me refiero al célebre dominico mexicano Fray Servando Teresa de Mier; tan erudito, aunque su erudición resulta á veces indigesta; tan inteligente, aunque falta con frecuencia á su inteligencia el lastre del juicio; de un carácter tan bien templado, aunque sin serenidad,

este personaje es el protagonista por todo extremo interesante y singular de una historia cómico–trágica que parece obra de un novelador de imaginación exaltada.

Era por temperamento un inquieto y un emancipado este señor; las reglas de su orden, las tradiciones piadosas de la Iglesia nacional, las máximas ultramontanas de la curia romana, todo le era una cadena que, más ó menos disimuladamente, trató de romper. Y estrelló su espíritu, sin rendirse ni abatirse, contra las paredes del calabozo teológico, social y político de su época; pasó del púlpito, en que puso la mano sobre la leyenda de la aparición guadalupana, á las prisiones inquisitoriales, y así empezó el drama de su vida. Prisionero en España, Cura en París, en tiempo del Consulado, observador irónico en Roma, conspirador negociante en Baltimore, compañero de Mina, prisionero de guerra en Soto la Marina, evadido de todas sus prisiones, fugitivo en todos los países, republicano impertérrito frente á Iturbide, adversario profético de la federación pura en 23, y después de muerto, llevado en forma de momia quién sabe por quién, quién sabe á dónde, la vida de Fray Servando tiene todo el atractivo de una novela cómico–heroica.

Pensaba en él porque quería saber de Monseñor Gibbons, en cuál título se fundaba nuestro compatriota para llamarse en ocasión solemne (cuando invitó para su entierro), arzobispo de Baltimore. Quedeme con mi duda.

*

La catedral es, como decoración y monumento, cualquier cosa; interesante por extremo, sin embargo.

Desnuda y fría, en su amplitud severa, las alas de su crucero están constituídas por dos capillas con sendos órganos. El altar mayor, pobrísimo de ornamentación y estilo, nada dice á mis recuerdos; á la derecha estaba el trono de su eminencia el cardenal arzobispo, compuesto de un sitial feo y casi ridículo y de un dosel con el *capelo* bordado en el fondo rojo. Sobre las bancas que llenaban toda la nave, había multitud de papeles impresos; tomé uno: era la letra de un himno en honor de la Virgen.

Cuando entramos no había nadie; la luz fría que se colaba por los vastos *ventanales* hacía más triste todo aquello; una anciana negra, sacristán mayor de la catedral, sin duda, quitaba algunos floreros y lampadarios del altar mayor, restos de la fiesta que en honor de María se había celebrado la víspera. ¿Y en dónde está el interés de que habláis? diréis para vosotros, lectores míos. Pues en todo está; en esta falta de interés artístico, estético; ese es el interés de la catedral de Baltimore.

¡Ah! Monseñor, vuestro templo católico es un templo puritano; San Agustín y otros santos obispos vuestros predecesores, no más santos quizás que vos, ¡oh! augusto apóstol de la religión de los humildes y de los puros, os asisten en la celebración de los sagrados ritos con sus sombras y en el desempeño de vuestra misión con sus ejemplos; pero allá, en el ángulo más obscuro de vuestra basílica, lee su biblia Juan Calvino. Vuestro templo nada valdría ni en Italia, ni en España, ni en México. Los instintos de esas razas que viven en la voluptuosidad perenne de la luz, del color y del relieve, no se avendrían con vuestra plástica religiosa, Monseñor. Pero los hermanos de los protestantes y los que en vuestro país conviven con ellos, esos sí; para ellos está hecha esta iglesia, de ellos viene la austeridad simple y grave que aquí se ve; vos, Monseñor, creeis como católico, pero sentís como protestante; y teñís vuestros ritos del color melancólico y noble de vuestro sentimiento. Se ve que aquí triunfa la música, que es la voluptuosidad subjetiva, la que mejor comprenden y gustan los hombres de vuestro medio ¿no es verdad, Monseñor? Aquí la voz del órgano y el canto de los niños, que es la música del sentimiento religioso, se funden en una salmodia sublime y pura, la que creían oír en el cielo los profetas hebreos, los autores de los Apocalipsis, no el profeta italiano Alighieri .... Monseñor, ¿nunca ha resonado en vuestros magníficos órganos, aun cuando haya sido con letra latina, el salmo divinamente bíblico de Martín Lutero?

*

Baltimore es una de las pocas ciudades americanas hechas para ser paseadas no sólo para nuestra sorpresa, sino para nuestro encanto. Instalados en nuestro cómodo landó, bajamos á lo largo de las principales calles, muy animadas ahora, de esa simpática ciudad. Vimos muchas escuelas; por todas partes escuelas é iglesias, algunas de bien bonito aspecto; no hay que olvidar que Baltimore fundada por un lord católico, es una de las capitales del catolicismo en los países anglo-americanos. Vimos la Casa de la Ciudad, notable edificio municipal, y por desgracia no vimos ni el instituto Peabody, ni el hospital Hopkins, uno de los primeros del mundo, ¡ay! ni la Universidad que lleva este mismo gran nombre de Hopkins, venerado por cuantos amen el progreso intelectual.

El puerto ó los puertos están admirablemente dispuestos para hacer de Baltimore en el fondo de la bahía magnífica y suculenta de Chesapeake, uno de los mejores abrigos marítimos de las costas del Atlántico. Visitamos en una de las dársenas un vapor que iba á salir para New-York, tan coqueto y bien dispuesto, que por poco tomamos pasaje en él. En la boca de la bahía está el famoso fuerte Henry, heróicamente defendido en 1814 contra los ingleses, defensa que dió motivo á la erección de un monumento militar que está en la ciudad y que no me hizo feliz, y á la composición del gran himno *Star splanged banner*, que cuantos en estos meses hayan asistido á los *meetings* de simpatía por Cuba, habrán escuchado cantar.

Tomamos de nuevo asiento en el carruaje y subimos por el *Riverside Park* á la parte más densa de la ciudad, en donde hierve materialmente la población mercantil y navegadora, y en donde nuestra negligente actitud de desocupados, hacía cierta impresión. Decidimos hacer votos (ya que no podíamos dárselos), por un Mr. Masson, postulado en enormes lienzos que colgaban de las cornisas altas al través de las calles, para gobernador de *Maryland;* pasamos frente á la altísima columna austera, elevada en honor de Washington, y ya á buen trote entramos en la ciudad del gran tono: una avenida bordada de deliciosas casas, no tan lujosas, pero sí tan elegantes como las de la *quinta avenida*, y en la cual dos ó tres sinagogas indican que es aquel un barrio de opulentos y de ahitos.

Por la suave pendiente llegamos á un lago extenso y bien rizado por la brisa en menudas olas de seda azul y oro, circundado por una cintura de blanca y fina arena que acotan las *platabandas* de grama lustrosa y los árboles de un bosque soberbio que desde ahí parecía inmenso. Desde el terraplén (ó terraza como diríamos á la inglesa los mexicanos), que borda la orilla del lago que mira á la ciudad, la vista es sorprendente. Toda erizada de campanarios, la ciudad desciende hasta las orillas del Patapsco envuelta en sutilísimo vaho color de rosa, que el perezoso sol no ha prendido bien esta mañana en su malla de fuego, para transladarlo al cielo en forma de nubecilla blanca. Surgen, entre los ángulos incesantemente quebrados por la dirección irregular de las calles, masas monumentales de colores sombríos ó brillantes, pero no grises, con ese amarillento gris muerto que da á nuestra México, visto á quinientos metros de altura, el aspecto de un bloque de *tepetate* roto en pedazos regulares.

¡Estos parques americanos! ¡qué envidia! El que recorríamos lentamente, como quienes no quisieran salir de ahí nunca, es una porción de la cintura boscosa que rodea la parte alta de Baltimore y se llama el *Druid-hill-park.* El bosque estaba vestido con el riquísimo traje de otoño, con que aquí se aderezan los árboles antes de encerrarse en sus camarines de cristal, para dormir el sueño de invierno. Como van las señoras á los grandes saraos de la estación fría, así estos árboles opulentos parecían cubiertos de sedas, terciopelos y áureos brocados; una que otra mancha de musgo envolvía de felpa verde á un tronco plateado. Todo era matiz, medio color, tintas suaves, rojas, amarillentas; sobre el cielo, color de turquesa enferma, se destacaban dolorosamente las ramas sanguíneas de los álamos, mostrando ya sin

hojas sus nervios de coral vivo, trémulos aún y susurrantes. El fondo de todo esto era una tinta azulina, translúcida, frecuentemente velada por girones de encaje níveo, como algunos cielos de las acuarelas encantadoras de Ramos Martínez.

Por aquellas interminables naves de árboles corrían familias enteras en bicicleta; una vimos compuesta de la abuela, la mamá, las tías y cuatro muchachas que pedaleaban con una agilidad capaz de dar envidia á los Sarre, los Pastor ó los Zaldívar. Las mujeres de Baltimore tienen fama de hermosas; previo un examen cuidadoso de las que pudimos ver en el *Druid Park*, declaramos que esa fama era muy merecida.

Esa misma noche hablábamos de todo ello en nuestro hotel neo-yorquino.

CAPILLA ALFONSINA U. A. N. L. BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ARTE

Escenario.—Un ascensor de nogal con reja dorada, espejo, sofá, alfombras, lámpara; va á subir.—*Personas:* Un cubano méxico-yankee; tres primos (nosotros); el conductor, personaje mudo.

El Cub-mexi-yank.—¿Pero ustedes no han ido al museo metropolitano? . . . .

Efectivamente no habíamos ido.—El conductor cierra la puerta, toca un botón eléctrico . . . .

Nosotros á una.—No. (El ascensor parte.)

El *C. M. Y.*—Pues pasado mañana se cierra.

Nosotros.—Iremos mañana (llegamos á nuestro tercer piso), iremos (salimos del ascensor con profunda emoción).—Estábamos á punto de no visitar el Metropolitano. (¡Horror!) Gracias, amigo, gracias; sin usted . . . .

El *C. M. Y.*— Hay riquísimas colecciones de arte aquí, en Boston, Filadelfia, en Chicago mismo. Los *yankees* han encarecido prodigiosamente el artefacto artístico (perdonen ustedes) pagándolo con el equivalente en oro de sus insolentes vanidades de advenedizos. Para estos hombres lo mejor es lo más caro, y

cubren de millaradas de dollars una tela, para ponerla fuera del alcance del millonario de enfrente. Pues bien, este mismo *facistol* que, por darse tono, aglomera en sus galerías los mejores cuadros de las escuelas modernísimas y algunos excelentes de las escuelas de antaño, y que, gracias á que los modelos supremos del arte están ya recogidos y puestos fuera del comercio, no los ha traído á los Estados Unidos remolcados por sus billetes de banco; este mismo palurdo sumergido ayer en el gran océano de la humanidad que suda y trabaja con sus manos, y que, todavía negro con el carbón de su mina ó hediendo á petróleo ó chorreando grasa de puerco, se yergue de improviso en plena civilización y en pleno lujo y en plena dominación, y se encasqueta su corona de rico, dorada á fuego en los resplandores divinos del arte; éste no tiene inconveniente, por una furibunda, pero admirable vanidad, en regalar su galería á un Museo en su ciudad natal. Y por estos regalos el *Metropolitano* de Nueva York es el mejor montón de obras de arte que hay en América. Allí tienen ustedes colecciones que han costado centenares de miles de dollars, donadas por Miss Hellen Gould, por Catarina Lorillard etc, con espléndida y noble longanimidad. Cuadros hay, entre los regalados al Museo, que han costado bastante más que sesenta mil pesos, como el *Friedland* de Meissonier.

Supóngase cuánta sería nuestra nerviosidad cuando, al día siguiente, á las ocho de la mañana, nos encontramos en una ala del *Central Park*, al pie de un obelisco de sienita, amarillento de siglos y cacarizo de rojizos hieroglifos: se llama *la aguja de Cleopatra.* Hicimos una libación mental en honor de esta señora que, á pesar de ser fea, fué la mujer de más gancho que ha coqueteado en la historia, y, armados de sendos catálogos, penetramos en el *Museo.*

¿Vimos el salón de escultura moderna? No sé. ¿Me fijé en el S. Juan, de Rodín, que había sido la última recomendación de Jesús Contreras cuando partí de México? No recuerdo; una vaga mancha blanca producida por un mármol enérgico y doloroso, es todo cuanto guardo en mi memoria.

Un olor de tumba muerta (¡ay de mí, qué frase absurda acabo de estampar!), un olor de tumba muerta me atraía; entramos en el departamento de arqueología oriental: momias, ataúdes de momias con la imagen del muerto en sendas tapas pintarrajeadas: ¡qué ojos los de esas imágenes! ¡blanca como la eternidad la esclerótica, negra como el abismo la pupila! Sarcófagos, reliquias, talismanes, idolillos, vasos, vasijas de barro, de opaco vidrio verde, esmaltes de todos los colores, perfumeros de todos los estilos, todo eso estaba allí, todo robado al sepulcro. Hace cuatro ó cinco mil años que las tumbas egipcias están siendo saqueadas por los bandidos de la barbarie y los de la civilización, y no se agotan. Aquel adorable pueblo reía y bailaba, pensando sin cesar en la muerte y eternizándola en todas las formas de la materia y del arte; digo mal, lo que pretendía eternizar era la vida. Todo su afán de momificar los cadáveres, de rodearlos de los utensilios y de las representaciones de esta vida, tenía por objeto perpetuarlos en ultratumba por medio de fórmulas mágicas; ¡oh! no morir, seguir viviendo, prolongar indefinidamente la existencia, eso era lo que el egipcio quería, y por ello suspiraba desde el *amenti* una bella señora cuyo epitafio ha sido reproducido en cuanto libro se ocupa en la historia religiosa del Valle del Nilo.

Magnífica, única, es la colección de cacharros, idolillos y objetos fenicios recogidos por Cesnola en Cypre y donados al *Metropolitan.* Pasamos. En casi ninguno de ellos hay arte, hay industria; han sido reproducidos por la estampa todos; en un volumen de la monumental *Historia del Arte* de Perrot y Chipiez, pueden encontrarse. Allí se observa la transición entre el arte oriental y el helénico, constante en documentos de barro y de metal.

En un salón, especie de patio muy bien iluminado que almacena luz por las galerías altas, nos detuvimos, á pesar de lo medido que teníamos el tiempo para poder salir á las cinco de la tarde. Ni podía menos; ahí hay puras reproducciones; la de las cariátides divinas del Erecteión de Athenas, hecha sobre moldes directos de yeso, del tamaño original por ende; la de algunos templos antiguos y medioevales; descuella, entre todas, la del Par-

tenón (restaurado) hecha por Chipiez; ahí se comprende la dulce y tranquila emoción que aquel prodigio dórico de sencillez y de armonía debía causar en cuantos lo veían. Nada más puro, nada mejor; nada podía producir en el ánimo ese contentamiento exquisito de uno mismo que causa la posesión de la belleza, como la contemplación de aquel templo de mármol cromado y ceñido de oro, que parecía etéreo por la atmósfera de zafiro fluído que lo rodeaba y lo impregnaba, en la ciudad santa; las estrofas del himno de Renan en el Acrópolis, hechas de una prosa tan cantante como los versos de Leconte de Lisle, me venían á la memoria y á los labios.

Las figurinas en terracotta de Tanagra, allí estaban también, primorosamente copiadas. . . . Después de verlas, todo parece falto de gracia y de verdadero arte. . . . Mucho oriental, mucho griego y mucho romano había que ver, habrá que volver *¡chi lo sá!* A la altura del piso superior y haciéndose frente, dos enormes lienzos: el *Justiniano*, inmóvil, hierático, de ojos esmaltados y embelesada figura, de B. Constans, y la *Diana* de Hans Makart, no sólo colosal sino grandioso lienzo, lleno de figuras muy bien puestas en irreprochables academias; no dice ó no me dijo nada; me gusta más este cuadro en el grabado (que es conocidísimo) que en el original.

*

Sólo me falta para coronar la copiosa historia de mis desmanes literarios que, sin conocer la técnica del arte pictórico, como diría nuestro Peñita, y sin haber visto más que unos cuantos cuadros del Sr. Pina y del Sr. Clavé, y manoseado tres ó cuatrocientas estampas, quisiera yo sentar aquí plaza de *crítico de arte.*

No, lectores míos, dormid tranquilos, yo no quiero ser crítico de nada ni de nadie; os cuento mis impresiones, rehago este rápido viaje al través de ellas, y nada más: os diré lo que se me ocurrió acá y allá, mientras desfilaban delante de mí, ó mejor dicho, mientras yo desfilaba delante de los cuadros de todos los pintores conocidos ó por conocer.

Todo me gustó: antes de ver los cuadros veía yo los nombres de los autores; ¡y qué lista de gloria aquella, desde Pollaiuolo, un cuatrocentista, hasta el viejo M. Harpignies, que acaba de obtener la medalla de oro en el *Salón* en París! Y en viendo el nombre, ya me gustaba la cosa. Llegaba frente á la tela, y antes de verla, me decía á mí mismo: ¡oh, admirable, admirable! Este es el diabólico efecto de nuestra educación eminentemente libresca, sin movimiento, sin viajes, sin contacto directo con la civilización. «Dijo Vinckelman, dijo Gautier, dijo Taine, dijo Fromentin, dijo Michel, dice Lafenestre, me dijo Juan Gamboa ¡oh! mi pobre y genial Juan Gamboa Guzmán! me dijo Contreras, me dijo la Sra. R. con su admirable instinto artístico. . . . Y con esto ya no sirven los cuadros, sino para confirmar opiniones.

Corría desolado de los prerrafaelitas (los verdaderos), á los prerrafaelitas de hoy (los falsos) y. . . . Necesito ir á ver á Boticelli á Roma, y á Fra Angélico á Florencia, y á Rafael á todas partes; aquí no hay nada de ellos. ¿No hay tampoco un Leonardo de Vinci, cuyos cuadros he visto largas, largas horas. . . . con la imaginación? ¡Hay quien diga que no valen gran cosa! Magnífico; á mí me horrorizan los indiscutidos, la perfección me pone nervioso! Y seguía, seguía, seguía en pos de los grandes, de los *iguales* que llama Hugo. Por ejemplo Velázquez, Rubens, dos grandes pintores, dos amigos, dos cortesanos. . . . Del primero hay aquí algunos retratos; confieso que á mí me gustan por igual los paisajes, las composiciones históricas, religiosas, de fantasía, y las militares y las anecodóticas. . . . Todas, todo. Yo soy un pintor; me falta la mano; por eso no hay cuadros míos. Pero á todo prefiero el *retrato;* por ese camino le entro yo á un artista hasta el alma; es un placer único este de conocer cuándo un retrato se parece, aun cuando no se haya visto jamás el original.

Los príncipes aquí retratados por Velázquez, me dejaron frío;

mucha ropa negra y tiesa, unas caras tiesas y negras. Su retrato sí me pareció una gran cosa, ¡y unas frutas.....! ¡oh! en suma, Velázquez es para mí un pintor de frutas. ¡Pero y los Borrachos y las Hilanderas y los.....! No los he visto: Velázquez es un pintor de frutas, admirable para decorar comedores. ¡Me odio á mí mismo, sólo por haberme atrevido á estampar esta herejía!

Eso se saca con admirar de antemano, incondicionalmente, por conducto de otros: desengaños. ¡Y Rubens! Tengo á la vista una Vuelta de Egipto, un retrato de la Sra. Rubens, un *Piramo* y *Thisbe*. Repitamos con Taine: opulencia de carne y de color, composición de una naturalidad completa, y sin embargo, perfectamente no vulgares; no sé si esto lo dice Taine, ya no recuerdo, pero me figuro..... En estos cuadros que estoy viendo, parecen las figuras haber perdido la epidermis, y los colores, á flor de dermis, estallan en sangre y grasa. Tengo que ir á París á ver á Rubens. Queda convenido que no lo ví á él ni ví á Velázquez. Y soy más filisteo de lo que ustedes creen. Tenía yo los ojos llenos del colorido de azucena y rosa de unos retratos de Reynolds y de Gainsborough; tanta suavidad, tan láctea dulzura hay en esas pieles inglesas, tan luminosa transparencia húmeda en esos ojos ingleses, que Rubens y Velázquez me parecieron brutales. No, no: vean ustedes *la niña y el gato* de Gainsborough, y después el retrato de Baltazar Carlos no hace bien.

El ilustre Bonnat, admirador y discípulo de aquende los siglos, del gran pintor español, me diría sencilla y sinceramente: «es usted un ignorante,» ó tal vez «es usted un animal.» Hay aquí algunos cuadros de Bonnat; es la misma manera sólida que va derecha por la actitud, el colorido, el pliegue de la boca, la expresión de los ojos al carácter, al temperamento del retratado, manera que es admirable en Velázquez, sólo que Velázquez es un rey y M. Bonnat es un duque. Esta nota está tomada delante de un retrato del artista español, por él mismo, y después de admirar el «M. Lorillard» del pintor francés. Me retracto solemnemente de mi opinión: á Velázquez hay que verlo dos veces; no

sólo es un pintor de frutas, es un pintor de hombres. Ahora bien: ¿D. Baltazar Carlos es un hombre? Tampoco es una fruta.

Sigamos picoteando. He aquí una imponente galería: cuarenta ó cincuenta nombres de pintores franceses, ingleses, americanos y españoles (un delicioso *sketch* de Mariano Fortuny), todos conocidos, al pie de las telas. Aquí una inmensa: la Feria de los caballos de Rosa Bonheur. Lo más exacto, lo más admirable de realidad, lo mejor compuesto el total; estos caballos son caballos, no son corceles que se mueven en verso; ¡hay ahí unos grupos de tordillos rodados! Dan ganas de pasarles la mano por el lustroso pelo. ¿Y aquí? ¡Ah! *C'est ici.* Bajo un cristal, un lienzo de un metro de latitud y de poco más de medio metro de altura; dentro un mundo de color y de movimiento; el cuadro se titula «Friedland 1807;» lo firma Meissonier. Costó á Mr. Hilton, el donador que lo compró á la sucesión del archi-millonario Stewart, 66,000 duros. Se sienta uno enfrente del cuadro, emplea en verlo un cuarto de hora: Napoleón hace centro; sus grandes generales hacen coro, los soldados hacen marco; aquí, hacia nosotros, los dragones que vienen pisoteando los trigales en un gran galope de carga épica, dan ganas de gritar *Hurrah*.... Y vuelve uno á ver á Napoleón, y repasa los mariscales y los guías y los soldados y los dragones y todo, todo está sorprendentemente estudiado y admirablemente acabado, no falta un detalle, eso es lo único que sobra, que no falta un detalle. Y vuelve uno á ver á Napoleón..... Lo vería sin cansarme veinticuatro horas seguidas.... Por lo demás, Napoleón es de esos hombres que cuando nos han sido presentados en el primer curso de historia, tienen el don de hacer volver siempre la vista hacia él; empieza uno en Egipto, ahí está al pie de las Pirámides, y desde ese momento, en esa gigantesca cabalgata de los siglos que vemos llegar hasta nuestro momento, en alúd, en torrente, en catarata, en río, en desembocadura inmensa en el mar del tiempo, arrastrando todos los rojos de la sangre y de la púrpura, todos los oros del poder y del vicio, todos los topacios del llanto y del vino, todos los negros del crimen y de la noche, todos los azules

de la agonía y del cielo, todas las blancuras de la carne desnuda y de los ideales sin mancha, la figura del *Corso* hace centro; parece que pasa revista á todas las batallas y que ante él se inclinan todas las banderas de todos los triunfos. ¡Mentira óptica! Fenómeno de *obsesión* de los habitantes de la *ciudad humana* en este fin de siglo; pero si yo hubiera tenido doscientos mil pesos (palabra de honor que no los tengo), habría dado 66,000 porque me hubieran dejado recortar esta figura de Napoleón y llevármela á mi casa.

Frente del cuadro de Meissonier está «la defensa de Champigni» de Detaille. Como cuadro me hace más impresión este del discípulo que el del maestro; como hechura, como factura digo, el maestro no tiene rival posible. Por ahí anda, no muy lejos de aquí, un cuadrito de otro discípulo, «el cazador dormido» de Eduardo de Zamacois, que es una maravilla. Este sí habría llegado á codearse con el maestro de la pintura anecdótica, de *género*, como decimos; ¡pobre Zamacois!

Con franqueza os diré que las vastas telas decorativas, las que contienen asuntos históricos, sobre todo, son mi flaco; será éste un arte facticio y oratorio, pero suele ser magnífico; además, y esto sí va á escandalizaros, yo veo la historia como una ópera con que me regalo á mí mismo. Veo muy claro el escenario, las decoraciones, los escotillones, los bastidores; oigo la partitura, escucho á los cantantes, al coro: de cuando en cuando pasa por delante de mí, el zig–zag negro de la batuta. . . . ¿y el director? Hay un director; no sé dónde está. Y como así veo yo espontáneamente, como así veo con mi temperamento la historia, aunque luego la reflexión y los libros me ayuden á modificar y transformar esta impresión, me encantan los cuadros históricos por más que sean pomposamente fríos como este de Piloty «Thusnelda en el séquito triunfal de Germánico,» pintado expresamente para Stewart, y que todos conocemos, grabado en Alemania. No hay aquí una figura que carezca de interés: Tiberio, Germánico, sus hijos, guirnaldas de flores vivas de su carro de victoria, y sobre todo la mujer del gran Hermann (Arminius) la escultural, uraña y bella Thusnelda. Todo esto es en verdad teatral y facticio, pero magnificentísimo y elocuente: para proyectarlo en una pantalla por el procedimiento de Molteni en una cátedra de historia, sería de primer orden este cuadro; os convidaré, lectores, á verlo en la Escuela Preparatoria, cuando se pueda hacer algo de esto á través de los siglos.

Lo mismo digo del «Atentado de Agnani» de Maignan; así nos hemos figurado todos á aquel soberbio Bonifacio VIII que se creía no sólo jefe de la cristiandad sino emperador del Universo, á aquel á quien pregunta un colega suyo en el Infierno del Dante:

> Se tu si tosto di quell'aver sazio
> Per lo cual non temesti torre a inganno
> La bella donna e poi di farne strazio

y así al glacialmente feroz Nogaret y al bandido Colonna que, cuando el Papa pedía la muerte y el martirio, erguido bajo la tiara en lo alto de su solio, le contestó con una bofetada y le dejó petrificado de odio y de cólera.

Unas *mises* (españolicemos por escrito lo que en México españolizamos de palabra), unas mises que van que vuelan para pintoras, copian acá y acullá algunos cuadros, paisajes generalmente de maestros modernos, bastante mal, en honor de la verdad. Dos ó tres de ellas, en las galerías de la señorita Lorillard, estudiaban una pintura de Cabanel *¡proh pudor!* «El nacimiento de Venus.» Tres ó cuatro telas de este artista hay aquí. Cómo debe de gustar este artista á las señoras; es un Bouguereau en crema. Este nacimiento de Venus, es deleitoso. De un baño de leche, rodeada de amorcillos, iluminada, besada por una luz de aurora color de rosa de listón de muchacha bonita, surge Afrodita mostrando todo el cuerpo musical y voluptuoso teñido de color de nácar pálido de amor. Es, como diríamos, una Venus Luis XV, pintada por un Boucher relamido y para el *boudoir* de una mujer galante. ¡Cómo me gustó! Pero cuánto más, una *Virgen y el niño*, que estaba á doscientos pasos de ahí; una de esas pinturas *incunables*, por decirlo así, como que era de Van

Eick; hasta allí fuímos á parar; remontamos á la fuente para beber en un hilo del manantial puro y fresco de donde fluyó el inmenso río de la pintura moderna. ¡Qué divina virgen, casi fea, pero indeciblemente dulce y cándida, viendo al niño como debe verse á Dios, sentada en su nicho gótico y envuelta en su manto rojo que aún conserva su brillo sanguíneo!

Me gusta mucho Cabanel y esta escuela de lo bonito; esta es la pintura melódica que canta con el color una de esas fáciles *balatas* ó *serenatas* que no se olvidan. Pero aquí me encuentro un italiano, Carlo Maratto—no lo conocía yo;—firma un retrato de un Papa, protector suyo, Clemente IX, que murió de pesar como Bonifacio VIII de cólera; pues me parece que yo conocí á ese Papa desde que he visto su retrato, todo lo que piensa me lo dice con sus ojos grandes y buenos, y yo doy todos los cuadros de los señores Cabanel y Bouguereau, por este retrato colorado.

Y seguí mi excursión: mira, me dijo mi compañero. Ví el catálogo: número 280 *Retrato de un hombre*, por Rembrandt van Ryn. Alcé los ojos. . . . ¡Diablo!

ARTE—¿ARTE?

CLARO es que yo sabía que era una maravilla. Los hombres de mi generación nos creamos viendo en las ilustraciones como *El Correo de Ultramar* (¿vivirá todavía este viejo y divertido amigo?) reproducciones en estampas de algunos cuadros de Rembrandt, que nos parecían, v g.: *La anunciación á los pastores*, muy extraños: feas las figuras, anacrónicos los trajes, y maravilloso ese bloque de sombra de donde surgía esa gran luz; los hombres de mi generación, ya jóvenes, leímos mucho á Taine y *Les maîtres d' autrefois* de Fromentin, y sabíamos, por supuesto, quién era Rembrandt. . . . leído; yo supe algo más de este caballero, porque Valentín Uhink tenía una colección sin par de reproducciones de las agua–fuertes del artista holandés, y nos pasamos muchas mañanas dominicales oyendo misa en aquel misal divino. ¡Oh! primavera, tú la que vuelves, ¡ay! la que no vuelves. . . !

Luego he visto ediciones completas de las obras de Rembrandt excelentemente fotograbadas; y la *Lección de Anatomía* y *La ronda nocturna*, y diez ó doce retratos suyos, son para todos los

aficionados al arte, tan familiares, que basta cerrar los ojos para verlos detalladamente en blanco y negro. Yo no había visto nada, me olvidé de todo, cuando ví aquel *retrato de un hombre;* hace el efecto de una súbita descarga eléctrica; me sentí *yugulado*, quiero decir, que la impresión que sentí fué aguda y dolorosa, como si me agarrasen por la garganta y me echasen por tierra; quiero decir, que me pareció que todo lo que había admirado en aquellas salas, eran *ensayos* firmados por nombres famosos; que en aquel momento se me revelaba el arte en toda su potencia; que aquella cabeza saliente en rojo de una sombra negra hecha de átomos de luz neutralizados, llegaba al no más allá de la realidad y de la idealidad, porque aquella cabeza vivía una vida intensa en su serena indiferencia de burgomaestre cualquiera, y era claro que sólo quien tuviera facultades excepcionales, únicas, para ver la realidad hasta en sus más recónditos elementos de color y de línea, lo cual es el realismo; y sólo quien, para hacer ver á los demás lo que él veía con ojo maravillosamente conformado, por medio de la iluminación pasmosa de una mancha en la sombra, lo cual es el idealismo, lo cual es la poesía, podía producir el efecto que este hombre produce.

Fromentin dirá á ustedes cuál es el secreto de este *procedimiento*, de qué colores y de qué artificios se valía este señor para obtener tal ó cual efecto, cuáles fueron los errores y los defectos de la *Ronda nocturna* y de .... Yo no sé, yo no podía ver, ni discernir, ni encontrar nada. Taine mostrará á ustedes cómo este *vidente*, es decir, que veía en la naturaleza más allá de lo que los otros ven, que veía la tiniebla como los nictálopes, es el resultado de una raza, de un medio y de un momento; pero viéndolo frente á frente, no pensaréis ni en la raza, ni en el medio, ni en nada de esto; sentiréis que os traga la vista, querríais abrir desmesuradamente los ojos para ver más ó reducirlos á un punto para concentrar más la visión y descubrir vivo al artista en las profundidades de su obra, y otras tonterías de este jaez.

En verdad que no sirvo para crítico de arte, *je m'emballe* con mucha facilidad; Brunetière, un dómine de endiablado talento y

que navega siempre en mares tempestuosos, muy bien lastrado de erudición y de odios literarios (que son implacables), dice que sólo los artistas, los conocedores á fondo de la técnica, pueden juzgar una obra de arte; sí, juzgarla, ¿pero gustarla? ¡Oh! nó. Parece que el arte es algo esotérico que sólo los iniciados pueden comprender; entonces pierde sus ligas con la humanidad y resultaría estéril; además esta teoría llevaría á esta otra: sólo el artista es capaz de juzgar sus obras, porque sólo él conoce exactamente sus medios y sus fines .... No, señor; el arte puede revelarse á cualquiera, y con tal que *cualquiera* no signifique un excomulgado de la civilización, puede entender lo que un artista quiso decir con su *partitura* ó con su cuadro, y puede traducir el idioma del artista en su idioma propio, y eso es crítica de arte .... También aquí *je vais m'emballer*.

Dos ó tres retratos de hombre, uno de mujer, un paisaje vivo como si fuera también un retrato de hombre; tanta fisonomía, tanta personalidad, si puede decirse así, ha sabido comunicarle el pincel de este brujo que dicen que pintaba con cuatro quintas partes de sombra y una de luz; un cuadro místico en que la claridad materialmente fulgura y estalla y ciega; tal es Rembrandt en el museo neoyorquino. Me despedí dándole cita para Anvers; no sé si le besé la mano; allí estaba; viendo sus cuadros se siente su presencia.—Y después nada quise ver: ¿cómo tuve valor para ver y admirar á otro, á un compatriota y con temporáneo de Rembrandt, á Franz Hals? No sé; sé que es también admirable; hay allí de él, un fumador y un retrato de señora, la señora Franz Hals nada menos, que son buenamente maravillosos. La luz bajaba; solos Perico y yo vagábamos por los salones; las figuras de los cuadros salían á pasear en aquella penumbra misteriosa; nos las encontrábamos por todas partes; estaban dentro de nosotros probablemente; pero las exteriorizábamos y las veíamos discurrir ante nosotros. ¿Cómo ese mofletudo holandés retratado por Rembrandt estaba más delante de mí, que Napoleón que desde hace un siglo está en todas partes? No sé; así era.

Debíamos de tener el mismo modo de mirar admirado, pero

no sorprendido, de esta Juana d'Arc de Bastien Lepage (un gran artista muerto en flor), que vislumbra entre los árboles los espectros un poco macizos de sus santas y de S. Miguel, armado como ella quisiera verse.... Antes de salir de estas inolvidables galerías, después de seis horas de contemplar, de mirar, de ver y de entrever, lo que sólo en veinte ó treinta sesiones podría hacerse con fruto, nos detuvimos unos cinco minutos, los últimos, frente á un cuadrito «*estudio de una vaca*» decía el catálogo. Una purísima obra de arte.

*

Pasamos, á todo correr, por un salón de instrumentos musicales; nada notable: algunos de los que llaman con infernal osadía instrumentos musicales los viajeros que los recogen en la Oceanía ó en el Africa austral, muy curiosos; allí vimos los famosos *bobres* de Madagascar. He aquí por qué son famosos:.... ¿Pero habéis leído una poesía de Leconte de Lisle que se titula *Le Manchy?*

Sous un nuage frais de claire mousseline
tous les dimanches au matin
Tu venais á la ville en manchy de rotin
par les rampes de la colline. . . .

¿No? Pues no podéis saber, lectores, por qué los *bobres* merecen nuestro respeto.

Colecciones de armas; espléndidas, literalmente espléndidas. Luego pasamos por los salones de cerámica china. Sólo ellos merecen una larga visita al Museo; por sólo ver estos vasos, estos esmaltes, estos rojos, estos azules, estos verdes, que parecen turquesas y esmeraldas convertidas en pastas fluídas para teñir las porcelanas con un pincel de oro, porque todo, por sus reflejos metálicos, parece que tiene fondo de oro. La luz moribunda espejeando el vientre de un tibor color de sangre, ó marcando con rasgos de fuego las aristas de estos vasos ó las curvas indeciblemente fantásticas de las asas de estos tazones, que parecen tallados en un trozo de mar cristalizado en bloque de zafiro, nos retenía, nos cautivaba; ya no queríamos salir de ahí.... Salimos; un gran viento frío nos saludó con un abanicazo en la cara, al pisar los umbrales del Museo. Las copas de los árboles temblaban nerviosas, llorando sus hojas de Otoño que las ráfagas arremolinaban en la escalinata blanca. El obelisco se enderezaba rubio en la transparencia tenuemente rosada del crepúsculo.... Tristes, sin saber por qué; silenciosos, sin saber hasta cuándo; crispada el alma con el calofrío de los deseos insaciados é insaciables, volvimos á pie á las calles grises de la ciudad.

*

La visita al Museo me había dejado neurasténico; puesto frente á frente de una langosta blanca y tierna en su envoltura nacarada de dragón mitológico, permanecí inapetente; y no eran las reminiscencias pictóricas las que me *obsediaban* (feo y antiacadémico verbo), sino los cacharros y tibores de la chinería que acabábamos de entrever; comprendía en aquel momento cómo algunas niñas chinas que pierden á sus amantes, se consagran al amor de uno de estos vasos de esmalte rojo que parecen un ensueño auroral. Un poco de champagne glacial y seco me volvió en mí y me dió fuerzas para recorrer la Vía Apia (abundaba el apio en la mesa), que separaba la langosta del café negro; estuve á punto de encender un puro, y medio mareado sólo con ese conato, tomamos un *cab*, fuímos á un teatro cualquiera, nos aburrimos de lo lindo, y una hora después encallábamos en una casa de personajes de cera; otro museo y otro arte.

Allí están todos: exceptuando todas las celebridades mexicanas, que aun no son universales, á pesar de ser de la misma pasta que las que lo son, allí están todos; soberanos y medio soberanos, como la reina Victoria y el Emperador Guillermo y como M. Faure y el Príncipe de Gales. Algunos muy bien; algunos están hechos á propósito para ser reproducidos en cera: este joven Kaiser alemán, p. e; la rigidez del uniforme, de la actitud, van muy

bien con la inmovilidad de la estatua; á los otros quisiera uno hacerlos andar, hablar, mover los ojos; á éste no. Éste está bien así, con los ojos fijos como un sonámbulo, absorto en la contemplación de una visión interior, tragado—si pudiera decirse—tragado por su propio ensueño. Es un hombre febril, un neurótico, hijo de una apasionada del arte y de un apasionado de un ideal santo de libertad y de justicia; activo, dinámico diremos, como él solo; pero sometido á repentinos instantes de *alto* en que la actividad física se transmuta en fuga mental hacia los paraísos de la ilusión y del deseo. Este correctísimo oficial, este impecable diplomático, desempeña admirablemente un papel; en el fondo es un poeta místico que se reserva y que espera; cree en su misión de providencia social en Alemania y en la misión de Alemania en el Universo; es de la raza de los Otto III, de los Enrique el Negro, de los dos grandes Federicos del duodécimo y décimo tercero siglos, soñadores de hegemonías continentales, adoradores de su absolutísmo y creyentes en el carácter religioso de sus grandiosos y efímeros señoríos. A mí me gusta mucho este Emperador Guillermo; creo que tiene algo que decir ante la historia y que espera su cuarto de hora. ¿O no, ó no tendrá nada dentro, y la enfermedad moderna de ver en todo símbolos, nos hace convertir en esfinge á un joven soldado de parada? ¡Quién sabe!

Este otro personaje sí que no es esfinge, y está, por cierto, perfectamente retratado, Cleveland, que conversa amigablemente con S. M. la Emperatriz de las Indias rodeada de su augusta y copiosa familia. Mr. Cleveland también es de una gran raza; de la de los hombres justos y buenos que fundaron la Unión Americana.

Un gran período militar y guerrero, en que sobrenadan las codicias y los apetitos de dominación y explotación de las conquistas, en este pueblo repleto de energías de incalculable potencia, traerá consigo un cesarismo más ó menos disimulado; pero seguro, y éste es quizás el secreto *desideratum* de un gran grupo de políticos de aquí; ya no preponderan los hombres que rechazaron la anexión de la isla de Santo Domingo; ahora los que quieren anexar el archipiélago de Hawaï son los *que tienen el oído* de esta gran República. Cleveland será uno de los pocos hombres capaces de hacer escuchar los consejos de un honrado y noble amor á la libertad en un pueblo ebrio de fuerza y de gloria, y poseído de la conciencia de su misión de constituir en la tierra un *pueblo standard*—un pueblo tipo, conciencia heredada de sus fundadores puritanos.

Si no puede la nación americana con su peso romper el equilibrio del mundo político, puede llegar á hacerse temer de Europa y tener inmóvil á la América latina ante la boca de sus cañones monstruos; pero esa será la víspera del desmembramiento. Mas dejémonos de la manía de profetizar; lo cierto es que Mr. Cleveland es todo un ciudadano; nadie desprecia como él la popularidad ó la *populacheridad;* nadie como él ha sabido ponerse frente á su propio partido y ha arriesgado su jefatura democrática, no por orgullo ni por capricho, sino por no faltar á lo que él cree su deber; esto se llama ser un hombre; los demás, son los títeres cómicos ó trágicos de la historia.

*

Abominables, en la más absoluta comprensión del vocablo, todos estos artistas, los Wagner, los Listz, los Verdi; y los poetas V. Hugo, A. de Musset; y los sabios y los filántropos y los. . . . y todos . . . . ¡oh! unas caricaturas cadavéricas en cera vieja.

Abajo, en los subterráneos, escenas de crimen y de muerte: Carlota Corday, María Atonieta, una señora despidiéndose de su hijo que van á ahorcar, un hombre matando de un hachazo á un negro que ha matado á su mujer y á su hijo dormidos. La escena, reproducida con sus detalles más minuciosos, resulta de un realismo hondamente dramático y espeluznante; y en la media luz verdosa de aquel frío sótano, siente uno impulsos de huír. Esto encanta á las señoritas que abundan siempre en esta lúgubre estación, ávidas de emociones fuertes, *diletantas* (¡qué palabraza, mi querido Balbino!) diletantas puras (ó impuras). Arriba, en el

primer piso alto, un autómata gana á todos los que juegan con él, pero gana indefectiblemente los partidos de ajedrez. ¡Me ganó á mí, que si no soy el primer ajedrecista del mundo, sí he jugado ocho ó diez veces, sucumbiendo con gloria en todas ellas!

En un departamento en que se ven y no se admiran, los episodios finales de la guerra de secesión (muchos fieltrazos negros, muchos zapatazos y botazas empolvadas, muchas levitas azul-obscuras desabrochadas como la de Grant, ó perfectamente ceñidas bajo la barba gris, como la de Lee), un guardián dormía sentado en una banca; una familia de burgueses, de *payos*, como aquí decimos, que por primera vez visitaba el establecimiento, reunida en un conciliábulo animado, aunque en voz baja, discutía este problema: aquel guardián ¿era *un vivo* ó era un hombre de cera? cuchicheos, risas, pero nadie se atrevía á poner el cascabel al gato; de repente el guardián se despereza, bosteza ruidosamente y se queda viendo atónito á los burgueses: este es Ulíses Grant, dice, mostrando la efigie del vencedor de Richmond. Carcajada general; todos creíamos que era de cera el dormido .... Pues bien, era de cera; así al menos me lo sostuvo uno de mis compañeros, y á mí cualquiera me hace vacilar con sólo enunciarme la proposición contraria enfáticamente. ¡Ay! sólo sé que nada sé. No era de cera.

¿Y esto es arte, Dios mío? ¿Este es arte como el de Rembrandt van Ryn? ¿Copiar la realidad es el arte puro? El muñequero autor de Cleveland y de Victoria y el retratista del Museo metropolitano, copian, reproducen pasmosamente bien; luego tienen el mismo mérito; vamos, el fotógrafo es superior al pintor; es más exacto.

El arte no copia, interpreta; lee la naturaleza el artista, y traduce su lectura con su alma, con su sentimiento, con su pasión. Ese *Retrato de Hombre* de Rembrandt, es un hombre cualquiera, pero es un hombre vivo y la vida se la comunicó como un Dios el artista, con sólo verlo, con sólo hacer pasar el alma de sus ojos pequeños, comprensivos, fulgurantes (esos ojos de Rembrandt que Rembrandt reprodujo tanto), á los ojos del hombre que re-

trataba. Y así se comprende cómo el arte, produciendo la sensación de la realidad completa, es decir, de la verdad, produce la emoción de lo bello. Rembrandt se sirve para esto de un simple procedimiento, el contraste de la sombra y de la luz; pinta, lo reptimos, con una quinta parte de luz y cuatro quintas de sombra. ¿Pero es sombra la suya? ¿O es la luz agregada á la luz, como en el fenómeno de las interferencias? No sé; pero viéndolo, devorándolo con los ojos, digámoslo así, se siente que la revelación de la vida por el arte, es el goce supremo; se siente uno con el deseo de decir á la vida como los apolíneos del gran demente Federico Nietzsche: «te amo, porque tu imagen es bella; eres digna de ser soñada.»

NIÁGARA

El tren pasó de la velocidad máxima á la mínima y pudimos ver más despacio, y pudiéronse dibujar más detalladamente en nuestra retina, las manchas de bosque color de tabaco, los grupos de caseríos con simétricas placas de nieve en los tejados, y abajo, acá, allá, vastos charcos blancos en el suelo húmedo y fangoso. Paró el tren; eran las siete de la mañana.

De la temperatura de veinticinco centígrados del Pullman, pasamos á tres ó cuatro grados bajo cero en la estación, rápidamente, como se hace todo allí, sin transiciones, sin matices, en *bloc*.

Una gran bocanada de viento polar nos caló de frío hasta la médula; el cielo espeso, acolchonado de enormes vellones de lana gris, se nos venía encima y con él nos ponía en contacto la lluvia á manera de rocío de moléculas de hielo. Sería una hipérbole decir que la sensación era agradable; la verdad es que yo no pensaba en ello; mientras mis compañeros arreglaban nuestra translación á *Niagara–house*, el único hotel que permanecía abierto en el lado americano, yo veía con lentitud en

derredor mío, como queriendo convencerme á mí mismo de que era indiferente. Estaba resuelto á no sorprenderme; ¡había visto tantas veces en fotografía la gran catarata! ¡la había soñado tanto, que toda sorpresa era imposible! Al contrario, sentía de antemano la orgullosa melancolía de la desilusión. Muchas descripciones del Niágara había visto: la de Chateaubriand, la de Tyndall (hablo de las que me habían impresionado más) y la que me era íntima y familiar, escrita por mi padre en 48, precisamente en la época en que yo nacía. No las recordaba en aquel instante; ni quería. De la poesía de Heredia apenas se había salvado en el naufragio de mi memoria esta frase: *Niágara undoso* .... ¡Puede llamarse undoso al Niágara, Dios mío!

La impaciencia me devoraba, como la zorra las entrañas del joven espartano, sin que mi fisonomía dejase traslucir nada. Los rostros de los gordos compuestos de curvas más ó menos amplias, son muy propios para disimular las emociones; serían máscaras gruesas, pero perfectas, si la facilidad de cambiar de color no nos vendiese .... Me desconcertaba profundamente una cosa: el ruido, el famoso trueno perenne del Niágara, que se escucha á treinta kilómetros de distancia, allí, á doscientas varas, no se oía. ¿Dónde está el trueno? preguntaba á mis compañeros. Y todos nos deteníamos y tendíamos el oido .... Nada: el Niágara no estaba de truenos ese día, no rugía el león; tenía frío.

Atravesamos en un carruaje casi cómodo, algunas calles de la ciudad, de la misma ciudad americana de siempre. Estas ciudades de casas muy altas, emparrilladas de ventanas desnudas de ornato, pintadas de los mismos colores, construidas del mismo material, alineadas por idéntico modo, parecen hechas en una fábrica, con los mismos moldes, como los sombreros ó las maletas. Llegamos al hotel; nos instalamos rápidamente; corrimos á las estufas luego, y en seguida comimos muy bien un mal almuerzo.

Luego, mientras los coches de la excursión llegaban, visitamos de prisa el salón de baratijas del Niágara: *niagaridades*

les llamaré, con escándalo de la Academia y de la eufonía. Sí, allá en el fondo de un corredor, había una ventana, y desde esa ventana se veía un buen trozo del río .... Pero yo no quise ver aquello.

La graciosa muchacha que cuidaba de las niagaridades y las vendía suavísimamente caras, me mostraba unas fotografías, excelentes por cierto, y unos muñecos vestidos de indios de la comarca y pipas de todos tamaños y mocasines de piel sedosa y rosarios de *niagara–stone* y centenares de prensa–papeles de cristal con su niagarita dentro, en todas las posturas, y corta–papeles y qué sé yo. Todo era muy bonito y no poco fastidioso. Estaba ya aburrido del Niágara.

*

Partimos al fin .... El aspecto de las cosas se había ido transformando; las hebrillas líquidas de la llovizna se habían cuajado y bajaban en menudísimo polvo de sal blanca; pero aquellos átomos pronto se cambiaron en estrellitas que caían y caían y caían en prodigioso número, sin ruído, y lo algodonaban todo, y nos vestían de blanco en unos cuantos segundos .... El invierno había llegado al Niágara en el mismo tren que nosotros, y es un decorador incomparable; aquí en nuestro clima sólo colora espléndidamente el cielo y descolora la Naturaleza; allá es distinto, allá es un divino cristalizador. ¿Abusa de lo blanco? ¡Oh, no! Al menos para mí.

Iban nuestros carruajes á buen paso por las calles; en una especie de garita recogimos unos boletos, para pasar por las estaciones que trazan nuestro itinerario. Todo blanquea, de los tejados al piso; las ruedas de los coches corren sobre *uata* y no dejan surcos pardos como suelen; la nieve es ya una capa espesa. Los bosques, que se acercan ó se alejan aquí y allí de la corriente, están vitrificados; las ramas son corimbos de cristal, los troncos emergen blancos de la blanca nieve; por entre las ramas se ve correr al río furioso, rabiosamente gris y espumarajeando bajo la fusta de la ráfaga; en el fondo, en el último término de

aquel silencio glacial, un rumor inmenso, el trueno de la catarata. Lívido de impaciencia y de frío bajé del coche; el viento y la nieve nos empujaron y entramos á. . . un museo de niagaridades. . . . Muy confortable, á fe; buena temperatura, lindas muchachas que ofrecían, como los tratantes europeos á los negros de Africa, baratijas de mil pintorescas especies, las mismas que habíamos visto en la ciudad : *wingwams*, *calumets*, *mokasines*, *tomahauks*, en fin, todo el *atrezzo* de una novela de Fenimore Cooper; esperaba yo darme de manos á boca, al salir, con *el último mohicano* . . . .

No, no estaba ahí, ó no lo ví, porque al salir estábamos junto á la Caída americana, en una gran terraza, cuyos bordes de piedra dominan el río, y que deja gastar uno de sus ángulos por la masa de agua que llega con tranquilidades de reina que va á morir, y luego, en una graciosa voluta espesa y transparente, al través de la cual se ven las aristas de las rocas, cae de golpe y ruje dolorosamente y levanta oleadas y remolinos en el río. Allá abajo veíamos la orilla de ese río desequilibrado y frenético, con su vía férrea que se mete casi bajo la Cascada, y su muelle en donde se embarcan los viajeros que hacen el viaje profundamente conmovedor de la *herradura*, es decir, que llegan á la boca del abismo. La Herradura estaba allá: la Gran Caída, al lado de la cual la angosta cortina americana tiene elegancias y coqueteos de mujer; de mujer demente, eso sí, como Ofelia. La Herradura es el anfiteatro ciclópico de rocas de donde se lanza el brazo principal del río; no la veíamos, la entreveíamos; una nube de agua pulverizada que subía del fondo y pugnaba por confundirse con la tormenta, velaba aquel espectáculo soberano que se dibujaba en nuestra retina, y se transmitía á nuestro espíritu con no sé qué lineamientos apocalípticos.

Metimos la mano en el agua de la Catarata y, convertidos en ambulantes estátuas de sal, volvimos al museo donde las *mises* limpiaron nuestros abrigos de su forro blanco. Y seguimos río abajo. Otro museo. Lo mismo; todo muy ordenado, muy arreglado; los mismos indios de Cooper, con sus caras de palo pintado muy coloradas, muy serias, muy feas; las mismas indias llevando á sus vástagos ocultos bajo los paños azules del *enredo* (como por acá decimos); las mismas enormes raquetas para los pies, las mismas barcas de cuero, y las mismas gargantillas, pulseras y anteojitos; todo hecho por los *pieles rojas*. . . . en Alemania. Y, sobre todo, las mismas muchachas, con los mismos delantales, las mismas caras blancas y rosadas, sonriendo del mismo modo, rogando de idéntica manera y cazando los dineros del transeunte con la misma dulce y apremiante habilidad. Sospecho que estas señoritas han sido encargadas á la misma fábrica por la empresa de explotación del Niágara; debe de haber una Escuela Normal para educar á estas lindas extraedoras de *dollars*. Yo, encastillado en mi ignorancia del inglés parlado, había salido bastante bien de la aventura. «¡Ah! usted es español, me dijo una de ellas; pues venga usted á ver estos rosarios.» ¡Ay de mí! aquella joven era poliglota; no habia defensa posible.

*

Por unos pasadizos tapizados de nieve corrimos á ver más de cerca el río; nuestras compañeras asentaban mal el inexperto pie mexicano en aquel resbaloso colchón, y rodaron. Nos conducía el último mohicano bajo las especies de un viejo inválido de la guerra de secesión; habia bajado por aquellos angostos pasillos cien mil veces . . . . y rodó también. Volvimos á nuestros coches . . . . Bajamos un poco más hacia aquel rio, ahora visto sin cesar á través de las amortajadas ramas, plomizo y formidable como el cielo; paramos en otra estación, es decir, en otro museo, en otras baratijas niagarescas, en otras muchachas bonitas, en otro hogar idéntico á los otros . . . . Pasamos, nos metimos en un descensor, y, por un tubo enorme, bajamos hasta la orilla del río, al pie de la Caída americana. La nevada sigue sin tregua, parece que la atmósfera ha convertido todos sus átomos en plumones blancos, que no caen verticales, sino que vuelan arremolinados; el viento nos los escupe al rostro . . . . ¡Qué tremendas

colisiones de olas! Que abscesos gigantescos de agua reventando en espuma! Aquello era una cinta de mar en borrasca, encajonada en la enorme barranca . . . . Nos retratamos; puede uno retratarse en un gabinete, ó en el hotel, ó en Nueva York; es lo mismo. Se escoge el fondo: un trozo del Niágara, y resulta uno más ó menos familiarmente de espaldas á la Catarata.

Algunos minutos después corríamos silenciosamente hacia el Canadá; cinco ó siete pulgadas de nieve cubrían el suelo; la sinfonía en blanco mayor estaba en su crescendo soberano. Todo habia desaparecido; no había más que un infinito panorama de nieve que servía de marco á una nube de agua; esa nube era la Catarata. El sol, mancha difusa y vaga de oro blanco, deslizaba por algún repentino intersticio una efímera flecha de fuego que irisaba un segundo el humo de la Caída, daba un tono súbito de espejo metálico á un fragmento de agua y desaparecía apenas entrevisto, apenas soñado.

Aquellas selvas, todavía esta mañana maravillosamente coloreadas de cobre rojo, de oro viejo y de verde anémico de una suavidad inefable, por el lánguido pincel del Otoño, no son más que masas cónicas de sal lavada. Hace un instante aún, la parte de los árboles no expuesta al viento, se mostraba obscura; ahora la nieve cae más vertical y todo queda del mismo color diáfano y lácteo. La sombra es azul, las ramas son millares de racimos de cristal, armados en alambre negro. El paisaje es lunar; viajamos por el planeta muerto; el calor es un recuerdo; la naturaleza es un cadáver muy rígido, muy pálido . . . .

Por un puente de vidrio pasamos al Canadá; asombrados veíamos trozos colosales de la gran Herradura, entre la espesa y retumbante niebla que vomitaba el abismo; el cielo, arrastrado por la tormenta, se pegaba al sudario blanco, como un beso húmedo y convulsivo. La Caída estaba trágica, era la tragedia misma, la tragedia de lo fugaz, de lo que se va, de lo que no vuelve, del tumultuoso hervor de la transformación eterna. Eso era horroroso y divino. El Dante debió de haber soñado paisajes así: si su alma era un abismo, esas aristas de rocas que deja ver

la transparencia del agua verdinegra, se me fijuraban el brocal roto de aquella alma . . . .

Llegamos . . . . El 5º museo. ¡Oh! Dios de los paisajes sublimes, ¿por qué permites esto? ¿Por qué te han forzado estos sajones á tamaña condescendencia? ¿Por qué has dejado convertir el Niágara en una juguetería? El Niágara es ya un drama con entreactos de pastorela, es un trueno con intermedios de sonaja, es una sinfonía con intervalos de organillo, es un cíclope con un racimo de guapas chicas bajo el brazo; ¡vamos, es un ogro, es un cuento de Perrault!

*

No vimos nada; nos fuímos derecho á un gabinete en donde dejamos nuestros abrigos y, en un santiamén, los pilotos de la Catarata nos vistieron de hule de pies á cabeza; las manos quedaban desnudas para estar expeditas, lo que me puso pensativo: estábamos ridículos é impermeables.—Vamos al descensor; salgamos al aire libre. ¡Y no era poca la libertad de aquel aire! La nieve nos azotaba el rostro, nos cegaba, se nos amontonaba en las barbas, formaba estalactitas en nuestras pestañas y cornisas en nuestras cejas; el frío nos mordía á su gusto la cara y las manos indefensas. Un gran blondo nos perseguía; con la obstinación implacable y suave de los hiperbóreos, nos obligó á sentarnos sobre un montículo de nieve y nos retrató. ¡Qué agradable y qué estético debe de ser el cuadro! Nuestros trajes nos dan una apariencia de escafandros buseando en la nieve! ¡Oh, la fotografía, la fotografía, el medio infalible de inmortalizar lo feo!

Seguimos á paso veloz, rumbo al abismo; en la jaula del descensor íbamos tres mexicanos, dos señoritas americanas con sus impermeables amarillos que les daban un curioso aspecto de coleópteros sobrenaturales; ¡con decir que dentro de los pantalones tienen que caber todas las enaguas!—y el guía. La temperatura bajaba con nosotros, se despeñaba á saltos del cero abajo; nuestras manos pasaban del color de la sangre viva al lívido; aquello era un sufrimiento lleno de atractivo y de deliciosa angustia.

Llegamos, dejamos nuestra jaula. . . . He aquí la Catarata ó algo que me figuré que eso era; un telón espeso de agua y tempestad que huía á nuestro lado, que huía de sí misma como una loca exasperada al vislumbrar el precipicio. Lo que me pasmaba era la suprema majestad con que la corriente llegaba al borde y el repentino vértigo de la caída; la masa perseguía á la masa, la molécula á la molécula, sin cesar, sin cesar nunca desde la Creación que es el principio que asignamos á lo que no lo tiene; aquel infinito de átomos caía con fuerza tal, que parecía llegar al fondo de la tierra de donde surgía instantáneamente en forma de nube, y de un sólo esfuerzo, de un sólo trueno volvía á nivel de donde había caído, al través del íris, en días de sol, hoy, en medio de las ráfagas de nieve que la azotaban y la deshacían.

Pasamos, cortándonos las manos, por una garganta estrechísima de rocas. ¿Cómo pudo efectuar mi curiosidad dolorosa la tracción de mis dos ó tres toneladas de carne? ¡lo ignoro! Ello es que el viento y la nieve nos ahogaban cuando llegamos al pie de una roca inmensa; por una escalera de mano subimos á la meseta, uno de cuyos ángulos perfora al torrente que vuela casi por encima de ella. Con un terror divino veíamos al monstruo lanzarse hacia nosòtros, bañarnos en su vaho y desplomarse á nuestros pies á una distancia que parecía la misma que hay entre el cielo y la tierra.

Bajamos de nuestro mirador terrible y, seguidos ó precedidos por nuestras bizarras compañeras, subimos por una estrecha galería tallada en el granito y pavimentada de madera; al salir de ella nos sentimos inundados; todo el ambiente era agua; estábamos debajo de la bóveda líquida de la Caída. No veíamos ni de dónde venía ni á dónde iba aquello; teníamos delante un muro de cristal en disolución perenne; las rocas vibraban en inacabable terremoto bajo nosotros; todo nos indicaba que estábamos en poder de la Catarata.

Avanzamos más, llegamos hasta un banco tallado en la masa de piedra, y allí nos sentamos, bajo una *ducha* que parecía salir á borbotones de la constelación de Acuario, y frente al velo rasgado de la Gran Humeante. Luego por una cornisa fuímos á un balcón desde donde vimos otro aspecto del abismo. ¿Cómo no resbalamos unos cuantos centímetros hacia afuera y volamos al precipicio que nos habría reducido á humo? Comprendí que era inútil contemplar más en aquel momento; había llegado al límite en que la sensación se transforma en alucinación, en que ya no vemos, sino imaginamos. Después que nos desvestimos y tocaron con fruición nuestras manos ateridas algunas tibias y auténticas pieles boreales, repasamos el río por otro puente.

La nevada había cesado, y no es posible decir la gracia con que el ilimitado marco de plata encerraba en su centro á la Catarata. Nuestro cerebro reposaba en esa dulcísima impresión, y tornábamos á figurarnos, en aquella claridad azulosa, que viajábamos por la luna. Solo el agua del río corría negra bajo la espuma. De cuando en cuando una plantita, vivaz aún, hacía un esfuerzo por levantar la gran mortaja blanca y mirar al cielo.

. . . . . .

¡Oh! volver, volver, murmuraba yo acostado, á media noche, en el muelle, pero diabólicamente trepidante lecho del *sleeping-car*, corriendo á todo vapor rumbo á Chicago. Y asistí en sueños á la maravillosa caída del Ganges, desde el cielo, sobre la cabeza del dios Shiva, mayor que la Tierra; en cuanto pude releí el texto famoso del Ramayana. . . . «La atmósfera, llena de miriadas de copos de blanca espuma, brillaba como brillaba un lago plateado por el plumón de los cisnes. El agua, que caía de la cabeza de Mahadeva, se precipitaba al suelo de donde subía y á donde bajaba perennemente en torbellinos, antes de seguir su espléndido curso.»

La verdad es que la imagen del Niágara queda en el espíritu como un inmenso telón de fondo; es una decoración perpetua para el drama subjetivo cuyos episodios constituyen el interés y la tristeza de la vida interior.

BIBLIOTECA NACIONAL
A. N.

DE NIÁGARA Á CHICAGO

TERRIBLE, martirizadora, hecha de cielos grises en movimiento vertiginoso y de ráfagas compuestas de un millón de agujas de acero por minuto, fué la tarde que pasé en el Niágara. Inolvidable porque el perenne despeño del río en los abismos no tenía el carácter profundamente *pasional* y trágico de las horas matinales. Ya no había lucha, ni torbellinos de nieve, ni grandes bocanadas de aliento polar; la mortaja blanca caída sobre la tierra, era tan espesa, que apenas dejaba adivinar las rígidas formas del cadáver de la vegetación; bajo ella el río, entre aquella inmovilidad ilimitada, parecía formado de crepúsculo y agonía; aquello era el símbolo gigantesco de lo eternamente fugaz é inútil de la vida.

Con estas reflexiones de moralista estupefacto en la cabeza, y en los pies un frío de tumba vieja, salí del carruaje de la compañía explotadora de la admiración de los turistas, y me metí por unos vericuetos convertidos en charcos de agua helada; llegamos al borde superior de la cortina de rocas que separa la Caída americana de la canadense, y nos dimos, de nuevo, de manos

á boca con este Niágara hipnotizador, que jamás, jamás quisiera uno dejar de ver, como si deseara sorprender un momento en que se detuviese arriba el río, y suspendido en la orilla del precipicio, cristalizara su corriente vertiginosa en la cornisa del abismo y dejase escapar la masa de agua lanzada ya hacia el río bajo, mostrando, en desgarramiento formidable, el esqueleto granítico de la barranca; y luego enmudeciera todo, todo callara, y un silencio igual al de los instantes del Génesis que precedieron á la palabra creadora, reemplazara este perenne murmullo hecho de truenos y de tormentas.

Lo cierto es que la fiebre de fantasear, de describir, de comparar, de urdir metáforas y bordar imágenes, se apodera de todos ante el Niágara. Primero deprime, sumerge y disuelve el espíritu en espumas y arco–íris; viene la reacción, y luego un febril trabajo mental sucede á la estupefacción. Lo que se busca, al través de todo este caleidoscopio de sensaciones que acaban por monotonizarse en una impresión sola de admiración y de impotencia, es fijar y definir bien el fenómeno, para llevarse la *negativa* en el interior del alma y *revelarla* á solas y disfrutarla sin cesar....

De toda nuestra contemplación vespertina, dos momentos me asombraron y me encantaron: la vista del río en el lugar en que prepara, en que *arma* su gigantesco salto, y el panorama total desde el remate de una altísima torre de fierro en un establecimiento de la ciudad de Niágara.

Avanzamos de roca en roca; todo el río venía hacia nosotros; todo él se componía de cascadas; todo él se compone de ensayos; cada cien varas emprende un salto toda la corriente de orilla á orilla; toda ella se encrespa y se precipita de golpe. Aquello es limitado, definido y breve relativamente, y parece infinito como el mar; quiere uno sorprender, en esas olas sin descanso y sin fatiga, una expresión de angustia y de miedo al acercarse á la caída, al azotarse en el abismo. Estábamos llenos de agua helada, nuestros *impermeables* chorreaban agua escupidos sin cesar por aquel oleaje desesperado; el río se convertía para nosotros en una ducha sin fin. Y sin embargo, no acertábamos á movernos, nuestra mirada se prendía á cada ola y la seguía en sus evoluciones desesperadas, asistía á su agonía trágica y la veía hundirse y desaparecer en un grito espantoso en la sombra.

Aquellos millones de dramas idénticos, perennemente renovados, nos retenían dolorosamente. Yo no veía cómo podría separarme de allí; no lograba moverme, no me iba á mover; el deseo imposible del Fausto de Marlowe de deshacer su alma en moléculas infinitas y dispersarlas en el espacio, se apoderaba de mí; el budista escondido en el fondo de mi temperamento perezoso que aspira al *Nirvana* por la flojera de soñar durante toda la eternidad, se asomaba á mis ojos, y desde esa ventana contemplaba al río correr, correr, correr....

Por desgracia mi imaginación trabajaba, funcionaba el dinamo mental y veía claramente el retroceso de la Catarata de una en otra cortina de rocas (porque todas las pequeñas caídas previas que tenía ante los ojos eran las grandes del porvenir), hasta llegar al lago de donde parte el río, que entonces se derramará directamente en su gigantesco cañón de granito. Yo no lo veré... no lo creo.... Uno ó dos millones de años (siento no haber recogido el dato aritmético preciso) pero tal ha de ser (millón menos ó millón más), el tamaño del tiempo que nos separe de ese que será el de la metamorfosis definitiva del Niágara.... Tal vez los hombres de este siglo estaremos de vuelta entonces en este purgatorio terráqueo.... Quizás no. Mi buen amigo el coronel Santa Fe, que tiene la felicidad de vivir en íntimas relaciones con lo suprasensible, podría darme una consulta sobre el caso.... ¿Pero para qué volver á esta Tierra si no se vuelve con lo que se ama?.... Es preferible al espectáculo del Niágara, un rincón del espacio desde donde podamos contemplar el salto de la *vía láctea*, el río de mundos, en la noche del infinito.... *dans le trou du charbonier*.

*

Ateridos, cansados; como si hubiésemos andado 43 leguas en los ventisqueros polares, vimos con ojos de estatua las pruebas pirotécnicas de un señor con aspecto de gitano, que explota una fuente de carburo ó sulfuro de hidrógeno, ó algo por el estilo, en combustión perenne, y cuya flama, encerrada en un tubo, hace maravillas, entre ellas la de poner horriblemente lívidos y feos á los circunstantes; no lo digo por mis compañeros y por mí, que éramos feos de antemano, pero las señoras .... En fin, la luz que convierte en dinero el *guebro* aquel, es muy poco galante .... Cruzamos el centésimo museo, resbalamos por entre los mismos mocasines, cuentas blancas, pagayas, pipas de palo y esquimos de todos tamaños y colores que ya conocíamos, saludamos á una *miss* que debe de pertenecer á la misma fábrica que las de los otros museos, tomamos el ascensor y subimos á la cupulilla de una torre altísima de fierro ....

Panorama incomparable; la ciudad de Niágara sacando las puntas de sus chimeneas y los remates de sus tejados rojos de la gran placa de nieve que la había cristalizado en la mañana, estaba á nuestros piés; allá en el horizonte el Canadá esfumado, desvanecido, desleído en una masa gris de moléculas de agua; el sol se adivinaba por una claridad mayor en el vago plateamiento de la bruma occidua. Bajo esa claridad venía convulso y ronco, encabritándose y relinchando el río; no, no dice esto mi impresión; es una metáfora, probablemente recordada de las que usan los clásicos siempre que hablan de un río. Me dijo cierta ocasión Pablo Macedo, que el Niágara le había hecho la impresión del mar metido en una bandeja y derramado sin cesar en el abismo. Aquel río sin márgenes, porque la niebla las borraba, y que venía con estremecimientos epilépticos hasta el borde de la herradura, era magnífico, acongojador, inspiraba admiración y piedad; habría uno querido pararlo, desviarlo .... pero esto no era fácil. El río se bifurca, y dando su segunda rama un rodeo, viene aquí más cerca á formar la cortina derecha y elegante de la Caída americana.

Las escamas del río se apagaban, su masa gris corría cada vez más opaca; el tumbo inmenso llenaba con su trueno los ámbitos; el espectáculo sublime ya era más bien oído que visto. La noche fué complicando de sombra y de misterio aquel panorama sin comparación posible; los focos eléctricos que la niebla rodeaba de halos opalinos, marcaban las líneas de la ciudad perezosa y fría. Y yo, hombre sujeto al imperio de la carne en forma de beefsteck, habría renunciado á comer con tal de seguir soñando frente de aquella tiniebla, ese divino ensueño, sin contornos, casi sin conciencia, en que nos sumerge el dulce hipnotismo de los espectáculos inmensos .... Pero teníamos que tomar á las ocho en punto el tren de Chicago ....

¿Qué pasó en aquella noche? ¿Cómo habiendo encontrado todo el Pullman ocupado, á pesar de haber separado nuestros camarotes ó lechos (al gusto) desde New York, logramos encontrarnos mi buen amigo Genaro Fernández y yo, lugares cómodos para dormir? Es posible que este milagro se debiese al inglés de mi compañero, tan claro que yo mismo lo entendía y que difícilmente lo entendian los *yankees* que sólo entienden el inglés obscuro. Es muy posible; el resultado fué admirable; tenía yo tal cansancio de alma y de cuerpo, la sensación del Niágara habia apurado por tal modo en mi espíritu la sensibilidad, que me podía considerar muerto psicológicamente. Vagamente oí que querían que yo dejase mi maleta abierta: dí mis llaves al conductor á quien, en aquellos instantes, habría dado también mi cabeza, y luego supe que como la linea férrea unas veces corría por el Canadá y otras por los Estados Unidos, había necesidad de dejar expedita la acción de los aduaneros; ese *luego* fué á las ocho de la mañana del día siguiente. Desperté fatigado, porque en sueños había seguido viendo al Niágara, y ya me caía en la cabeza como el Ganges cae en la del dios de la Trimurti Indica; ya lo veía á mis pies desde la cuerda de Blondin, ya me sentía rodar por la Caída encerrado en un barril, como otros

lo habían hecho. De modo que, en sueños, me morí dos ó tres veces, y muchas más, si se cuentan las muertes de miedo.

Ello es que después de almorzar me pasé algunas horas viendo con cierto estupor, es decir, hecho un estúpido, el paisaje gris, opaco y sin carácter que ante mí se extendía, sin darme cuenta de nada; por lo menos de nada me acuerdo. Creo que entonces fué cuando dormí de veras.

Un horizonte áspero, repulsivo, espinado de chimeneas negras, frío, húmedo y negro de nubes de humo que complicaban lo fúnebre del panorama, nos reveló la cercanía de Chicago. *Estopamos*, como decía mi compañero, en una enorme estación fea y sucia; pasamos por sobre veinte pares de ferrocarriles, le huímos el cuerpo á seis ú ocho locomotoras que, arrastrando cadenas interminables de wagones, se metían bajo techo sin decir «fierro vá,» y tomamos un coche incómodo y caro que nos condujo á nuestro hotel en el corazón de aquella ciudad exuberante.

Era claro que entrábamos en una inmensa víscera, en una formidable entraña de uno de los tres ó cuatro cuerpos que en el orden económico componen la Unión; Chicago no es un cerebro, ni un corazón, es un estómago ó cosa así; turbio, frío, incoloro, compuesto de masas de construcciones toscas, sin la menor intención estética, pero grandísimas, pero deformes, aquella ciudad que tiene dos tercios de siglo de edad, me hizo el efecto de una Nueva-York descascarada de todo estilo, de toda hermosura, de todo color y originalidad. Pero eso sí, los cereales, los ganados, las carnes circulan por todas las canales, venas y arterias, y se amontonan en todos los rincones y esquinas de este gran vaso de alimentación. La atmósfera, compuesta de átomos de agua y de carbón mineral, llegaba á ser casi irrespirable para nuestros pulmones que acababan de llenarse con el gran viento oxigenado del Niágara, y confirmaba en nosotros la idea de que andábamos por una sección de un tubo digestivo; la humedad que dejaba la bruma en las paredes nos parecía cierta especie de jugo gástrico, y yo temía instante por instante ser digerido por Chicago, la inmensurable tripa; mi compañero, que es de puro hueso, sonreía desdeñoso ante esta perspectiva.

Eran las tres de la tarde y llegamos casi á obscuras á nuestro hotel; no era ni el *Auditorium* ni el *Palmer*, pero era una buena casa confortable; estos *yankees* que van y vienen incesantemente, son quienes mejor han entendido el modo de rodear el reposo de condiciones de comodidad absoluta; tienen que ganar en calidad lo que pierden en cantidad; ellos han encontrado la fórmula material del descanso intensivo. Yo se los agradezco.

*

Anduvimos una hora por el centro de la ciudad, vimos algunos de estos fenomenales edificios á que Nueva York nos había acostumbrado; pero más sombríos, más sucios, más improvisados; en aquella tarde apizarrada y densa, el pórfido negro y el granito rojizo hacían efectos lúgubres. Pero en fin, esos edificios decían algo, tenían una fisonomía, una presuntuosidad de advenedizos ricos que no dejaba de llamar y hasta de embargar la atención. Desgraciadamente estos modelos de arquitectura industrial y millonaria (permítaseme decirlo así) están barajados con casas de oficinas tan completamente desnudas de arte, que acaban por producir no sé qué vago deseo de cometer un crimen y de renovar el incendio que hace más de treinta años devoró á Chicago.

Tomamos un elevador en una de estas casas; entramos en una oficina. ¿El Sr. Cónsul de México? preguntamos.—Un joven simpático, amable, que me reconoció en seguida, se levantó vivamente; nos abrazamos y quedamos de amigos de veinte años en un minuto: era Felipe Berriozábal. Salimos con él; visitamos de paso algunos edificios; como era natural, hicimos alto en una estación de bomberos. No se encrespen mis lectores; no voy á describirles la maniobra *describidísima* (estoy faltando al respeto que debo á la Academia) de los bomberos americanos, ni la rapidez con que quedan casi automáticamente metidos en sus

pantalones, cuando los despierta la campana de alarma (supongo que dormirán sólo con un ojo), ni la instantaneidad con que vomitados por los tubos se encuentran sobre los caballos repentinamente guarnecidos, arrastrando bombas cuyas calderas están siempre á media presión, y pasando del sueño de sus camas solteriles, casi sin transición, á la pesadilla roja de las llamas, de los chorros de agua y de fuego, á los gritos de las víctimas, á los truenos de los desplomes y á la muerte quizás; no, no les describiré nada.

Ya era plena noche, ó por lo menos, plena sombra, cuando salimos de ahí; las grandes avenidas mercantiles, surcadas por wagones funiculares que manejaban unos hombrones vestidos de hopalandas forradas de pieles, estaban apretadas de gente é iluminadas de blanco y oro por la luz de los focos incandescentes que brotaba á torrentes de los escaparates, y por la que bajaba en amplias vibraciones de las lámparas de arco. Surgiendo sin cesar de las penumbras palpitantes formadas en derredor de los altos cayados de fierro que sostienen los globos eléctricos, á la zona de luz cruda que las bañaba de lividez espectral, ó á la que emitían los cristales de las tiendas y las iluminaba de costado, las jóvenes obreras que por millares salían de los almacenes para tomar sus *elevados* ó sus *tranvías*, corrían por las aceras envueltas en sendas capas de paño, con sus canastillas en la mano y los ojos muy abiertos y muy fijos, como si una mano irresistible las atrajera hacia sí.

Penetramos en un edificio que ostenta la singularidad de tener algo así como un patio central, cercado por cuatro muros que se elevan á la altura de diez y ocho ó veinte pisos. Desde el centro del patio nos parecía que estábamos en la boca de un telescopio invertido; cuando veíamos desde arriba se nos antojaba el *tiro* de una mina. Esto se llama el *Templo masónico;* en el elevador que nos llevó á aquellas sublimes alturas nos encontramos de conductor á un muchacho mexicano, vestigio perdido de la *Exposición* de Chicago. Abajo en el *bar* tomamos un bock de helada cerveza contemplando un espléndido mosaico roma-

no que representaba el *Descubrimiento de América;* á regular distancia parecía aquella riquísima obra de arte un tapiz de alto lizo. También era un resto de la *Exposición.* Entonces los yankees se morían de amor por España, y la pobre princesa Eulalia creyó que la Federación americana estaba enamorada de ella.... y le correspondió.

CARNE

Muy temprano emprendimos el viaje; íbamos á ver lo más característico de este repentino y prodigioso emporio de los granos y de la carne; íbamos á ver los establecimientos de matanza de Armor & Cº, uno de los excelsos emperadores de la manteca y del jamón; aquí en Chicago entra un río de maíz y sale convertido en carne de puerco, puesto que este grano es el alimento principal del risible y solemne animal condenado por el hombre al pecado capital de la gula. Tuvimos tiempo apenas de visitar muy de prisa el enorme Hotel Palmer, el gigantesco *Auditorium:* mis lectores creerán que soy pródigo en epítetos de aumento; la verdad es que los Estados Unidos en su conjunto y sus detalles, merecen los susodichos epítetos y no merecen otros. El Auditorium, más grandioso quizás que los hoteles de primer orden de New York, con su teatro que puede contener algunos millares de personas, carece del supremo lujo de confort artístico del *Waldorf*, que está á punto también de tener su teatro, y cuyo jardín es ya uno de los centros de reunión del New-York elegante.

Nuestro amable *cicerone* deseaba que visitásemos el edificio en que se halla el palacio de Justicia: no quise. Cuando pienso en la ignominiosa *caserna* que en México llamamos «Palacio de Justicia,» no me quedan ganas de hacer comparaciones en detrimento de mi equilibrio biliario.

El cielo seguía gris; atravesábamos una especie de atmósfera de agua porfirizada, reducida á impalpable polvo que no ocultaba los edificios, que sólo los esfumaba en las aristas superiores, en los balaustres de las cornisas y los remates de las mansardas. El lago, acostado á nuestra izquierda, sin un sollozo, sin un murmurio, escamado levísimamente de plata pálida, nos enfriaba con su aliento húmedo; un barco dibujaba su contorno fantástico en la neblina del horizonte.

*

Entramos por un largo viaducto de madera desde donde dominábamos los campos que por aquel lado limitan la ciudad, convertidos en vastísimos tableros en cuyas casillas, acotadas por recios travesaños de palo, se clasifican diariamente millares de reses.

En ciertas horas del día toman éstas el camino de las galerías-puentes que nosotros seguíamos en aquel momento, y penetran en el matadero; todo está muy limpio, lavado y restregado á porfía; pero todo permanece resbaloso, grasoso á fuerza de sangre y unto derramado por doquiera; un tufo de estiercol, de carne viva de animal muerto, se cuela por las vías respiratorias y determina desde aquel momento hasta la vuelta al aire puro, un estado de náusea contenida que no tiene nada de paradisiaco.

El escenario de los primeros pasos de esta roja y hedionda tragedia, es muy poco complicado; un alto envarillado de hierro que recorre los cuatro lados de una pieza que tendrá cuatro ó quinientos metros cuadrados; de las varillas cuelgan en argollas, para que puedan correr sin tropiezo é incesantemente, fuertes garfios de hierro. A un lado la entrada de las reses que se precipitan en una especie de estrecha canal de madera; en el borde

de esta canal funcionan dos ó tres hombres fuertemente musculados y armados de mazos de hierro. Pasando por un pavimento pegajoso de sangre y baba, subimos á un balcón desde donde se domina toda la escena.

Entran las reses, encajónanse solas, reciben sendos golpes secos en el testuz y ruedan fulminadas por un plano inclinado de donde, atadas rapidísimamente por las patas traseras, son enganchadas y levantadas á la altura de las varillas y allí quedan suspendidas, convulsas aún y con el hocico embadurnado de mucosidad y sangre. Todo esto es momentáneo; cien ó doscientas reses son sacrificadas en algunos minutos, y no bien se les ve izadas, cuando haciéndolas correr por las varillas quedan delante de los cuchilleros; con un solo movimiento de estos artistas la yugulación se verifica; y mientras corre la sangre á negros borbotones de la enorme herida, las reses son empujadas á otra sección en donde, ya casi exangües, se las despoja de las vísceras en un santiamén, luego son despellejadas por otro regimiento feroz y rojo, y así llegan á la cuarta varilla en donde, dividida en dos cada res y enjugada con enormes esponjas, baja del gancho á unos carros *ad hoc* que violentamente las llevan á los refrigeradores. ¿El suelo quedará convertido en un hacinamiento horrible de escombros animales? No; la limpia se verifica con singular presteza; la sangre corre por las canales del piso; las vísceras, las cabezas, las pezuñas, las pieles, son recogidas instantáneamente y llevadas á departamentos especiales en que todo se aprovecha; de la sangre se obtiene una substancia con que se hacen objetos semejantes á los de goma laca; con los vellos de las pieles se hacen pinceles; y las pieles, la materia córnea y las pezuñas de los carneros van al Japón, y todos los intestinos, y todo, todo se utiliza. El ingenio de este pueblo para dividir el trabajo y para obtener de la industrialización de un producto natural un *máximum* de rendimiento, es pasmoso.

Mis compañeros se empeñaron en verlo todo; yo que tengo una evidente vocación al martirio, con tal que se pueda ir á él cómodamente, es decir, que yo quizás subiría al Calvario si pu-

diera hacerlo en funicular, me dejé guiar. Fuímos, pues, á ver matar algunos centenares de carneros; pobres víctimas, con sus grandes ojos humanos, llorosos, resignados; era aquella una degollación de inocentes, de símbolos de la inocencia; yo tenía ímpetus de romperles la cabeza á sus herodes. Luego penetramos en otro matadero, el de los cerdos; el negocio supremo en Chicago: ¿no le llaman *Porcopolis?* ¿No es la tierra del jamón y de la trichina?

Tristes animales, mueren sin dignidad, mueren en caricatura; sus chillidos, después del silencio de los otros sacrificados, irrita; sus actitudes, su fisonomía, por decirlo así, son cómicas. Y luego, cuando se les ve pasar en una cadena sin fin por las canales llenas de agua caliente, con unas figuras furiosamente ridículas, para ser *epilados* primero y despellejados después, la risa se vuelve carcajada. ¡Qué injusticia! Era la nuestra una risa que tenía algo de lúgubre y nos dejaba descontentos de nosotros mismos.

Después visitamos los departamentos en que doscientas muchachas, hermosas algunas de ellas, hacen paquetes de picadillo que olía muy bien y á mi me produjo náuseas. En seguida vimos hacer mantequilla con aceite animal—margarina—y un poco de crema. De la colicuación de estas grasas resulta la mantequilla que comen las tres cuartas partes de los yankees y que están comenzando á hacernos comer á nosotros. Es infame; cuando al calor de la boca se líquida, se siente que es aceite; es una iniquidad. Yo decía para mi coleto: con su pan se la coman, y juré no volver á comer mantequilla en los Estados Unidos, y lo cumplí. Pasamos por los refrigeradores, inmensas catedrales de carne, formadas de diez ó doce naves, cuyos rojizos calados muros están hechos de mitades de reses colgadas en interminables hileras, bajo un frío polar; nos enseñaron un trozo de carne incorrupta que tenía veinte años. Tiritando, estrangulado el estómago por el horror y el asco, impresionado por el tono neutro de muerte industrial que allí reinaba, pensando que la premisa obligatoria de todo jamón sabroso era la ejecución de uno de esos gordos y ventrudos personajes, cuyo risible martirio acababa yo de presenciar, salí del matadero, dejándome referir que en esa sola casa de *Armor and Co.* se habían matado ese día cinco mil cochinos y pueden matarse diez y seis; tres mil cuatrocientos carneros y siete mil doscientas reses. Supe también que los ochocientos ó mil obreros que allí trabajan ganan diez ó quince centavos por hora, que las rayas y gastos suben á 120,000 pesos mensuales y otras cosas que he olvidado; mi memoria no tenía en aquellos momentos su plasticidad acostumbrada.

*

Toda la ciudad me parecía hecha de carne grasosa y sanguinolenta; cuando en los aparadores de las tiendas de comestibles ó en las puertas de los *restaurants* veía yo, y esto se ve cada veinte pasos, un gran carnero desollado, purpúreo, rico en tornasoleados músculos envueltos en su aponeurosis, gruesa malla de adiposidad muerta, me invadía un asco inefable. Mientras mis compañeros, bajo la hábil dirección de Berriozábal, comían copiosamente en un inmenso salón cuyos muros y techos eran espejos, yo tuve que circunscribirme á una taza de té y á la audición de una indefinida repetición del valcesillo de moda, tocado por una orquesta más ó menos italiana ó húngara, y por un místico *harmonium.* Hubo algo menos monótono por fortuna: un grupo de jóvenes de la flamante Universidad de Chicago invadió el restaurant; armados de pintorescos garrotes con moños del color distintivo de éste que será un plantel maravilloso, y *guturando* en coro no sé qué breve y jocoso estribillo, se sentaron en derredor de una gran mesa y se dispusieron á comer alegremente; aquellos muchachos, á pesar de ser sajones, tenían la sangre efervescente como los vinos espumosos; no hay mejor Champagne que la juventud.

Las grandes Universidades hoy en plena actividad en otros Estados y las en formación de Chicago y San Francisco, cuyos egresos superarán á cuanto gasta nuestro gobierno en la Ins-

trucción Pública, pondrán rápidamente á la Unión en la categoría de los grandes pueblos creadores de civilización. Nosotros, repitiendo como *ritornello* eso de que el pueblo americano es un pueblo esencialmente práctico, queremos decir que los *yankees* desprecian todo cuanto es teoría y ciencia pura ó encumbrada filosofía. Error inmenso; los centros de enseñanza superior, entre nuestros vecinos, son laboratorios tan admirablemente dotados de instrumentos de progreso intelectual, que estos diablos de hombres que lo ambicionan todo y todo lo logran, que conseguirán, en el siglo futuro, el centro de gravedad de la elaboración de la Teoría, será probablemente norte-americano. ¡Cuándo tendremos nosotros, no ya una universidad de Chicago, sino una escuela superior, una sola!

*

Pensando en estas cosas semi-tristes, penetré en un café cantante (llamémosle así). Abajo había una gran cervecería en que entraban y salían alegremente muchas señoritas que ahí desembarcan de todos los continentes, sabiendo que Chicago es uno de los principales mercados de carne del mundo.

En aquel teatro asistimos á unas *tandas* divertidísimas; en primer lugar porque no había cantos de negros, capaces de sugerir el suicidio con su monotonía zoológicamente melancólica; en segundo lugar porque, en vez de cantos negros, escuchamos cantares irlandeses.

Nos parecieron llenos de melancolía ardiente, dignos del país del arpa; dignos de la Isla Verde; dignos del verde mar. ¡Y los bailes! tan simples, quiero decir, tan sencillos, tan inocentes como bailes de niños, encantadoramente insípidos; ¡qué bonito todo esto! Yo tengo una gota de sangre irlandesa en las venas, y aquella gota me tiñó de irlandés toda la sangre al oír esos cantares, y al ver á las cantadoras; dos de ellas, sobre todo, eran por la armonía perfecta de las líneas, por el color suavísimamente rosado de la piel y del cabello, por la profunda obscuridad de los

océanicos ojos azules, verdaderos tipos de belleza. Esta raza céltica hace más fina y más poética, digamos, á la raza sajona cuando con ella se mezcla, y aquí en los Estados Unidos crece y se multiplica con tal vigor, que acabará por absorber toda la savia del árbol sajón, ó la mitad de esa savia; la otra mitad corre de cuenta de los alemanes. Ya verá Inglaterra un día lo que de todo esto resultará; Irlanda está destinada á ser *la cuestión de Cuba* de mediados del siglo próximo.

En segundo lugar, una orquesta árabe *dejó oír* sus expresivas y desapacibles inarmonías; no sé para qué las dejó oír; esa música debía siempre ser subjetiva, existir en el fuero íntimo, como los casuistas decimos, y allí permanecer inviolable y muda. A compás de aquellos agrios atabales y roncas guzlas empezó á moverse una mujer, lentamente primero, en girada rapidísima después, y al fin vertiginosamente; casi no se veía la figura y sólo se advertía el movimiento; cuando la joven rotatoria terminó su danza inverosímil, nuestra situación era imposible, estábamos contagiados, nuestros nervios habían llegado á una tensión dolorosa, íbamos á ponernos á bailar también; nos explicábamos las rondas prodigiosas de los derviches en las mezquitas de Oriente.

Vimos luego el *cuchi-cuchi*, la famosa danza del vientre, bailada ó expresada, diremos, por una egipcia de grandes ojos urentes, negros como la hoguera del pecado, de gran boca roja, á manera de herida abierta, y espantosamente sensual sobre la dentadura de marfil africano. A compás de un rítmico movimiento de caderas, el vientre desnudo comienza por plegarse en ondas concéntricas y acaba por verdaderas gesticulaciones convulsivas que le dan un siniestro aspecto de mascarón de fauno epiléptico; no he visto nada ni más curioso ni más horrible. A seguida una blondina y enjuta americana se presentó á hacer lo mismo, y á pesar de sus abominables contorsiones, no logró sino hacer reír; era la caricatura odiosa y repugnante del *cuchi-cuchi*. No, los cabellos rubios no casan, sino con el sensualismo inconsciente de Ofelia ó con el pecado sentimental de Gretchen,

no con este animalismo erótico de las regiones que el desierto lame con su lengua de fuego.

Dos muchachas siamesas simpáticas, risueñas, bestiales, de abultado estrapontín, como las hotentotas que llevan á la espalda á sus hijos parados en verticalidad perfecta, maravillas de *esteatopigia*, dijeron también, acompañadas de guitarras primitivas, guitarras de la época cuaternaria, unas melopeyas lentas, lánguidas y opacas. Tenían, desde medio muslo, las piernas y los piés desnudos, con unas ajorcas en los tobillos, capaces de servir de cintura floja á la menos esbelta de nuestras pollas. Y sin embargo, aquella pareja de paquidermos adolescentes, se movía con cierta graciosa agilidad sobre sus bases que parecían atacadas de elefanciasis. Hondamente hastiados, cansados y enervados, abandonamos aquel lugar.....

*

De focos como éstos, irradian las líneas negras de una inmensa red de impureza cosmopolita que envuelve al Chicago nocturno. Centenares, millares de sacerdotisas de la Astarté internacional, vagan entre la sombra ó se reconcentran en el bajo y pestilente tugurio negro ó en magníficos palacios, donde los opulentos retretes en que se sacrifica á todos los vicios en todas las formas, semejan fragmentos vivos del *Festín de Babilonia* de Rochegrosse.

Un joven médico americano que ha estado en México y que nos acompañó á nuestro hotel, nos detallaba los ritos de estos nefandos cultos, que sería imposible transcribir, ni en latín siquiera. La civilización tiene sus inmensas cloacas á donde va todo lo que tritura, desorganiza y defeca, para hacer la dicha precaria de unos cuantos grupos selectos; es el sistema de *tout à l'egout*. En ese albañal florece, hija de la miseria y de la noche, la inmensa flor negra del vicio.

RUINAS

ESTAS formidables ciudades americanas no son para vistas en dos ó tres días; se hacinan de tal modo en el sensorio las imágenes y las impresiones, y cansan por tal extremo los esfuerzos para retenerlas, que acaba cualquiera por sentirse enfermo. Este Chicago renacido después del incendio de 1871 como por ensalmo—sesenta mil edificios en treinta años—con sus avenidas interminables, mal pavimentadas, bordadas de altísimos muros cuadriculados por aberturas iguales, sin ornamentación ninguna, especie de murallas ciclópicas que se suceden de manzana en manzana, á veces interrumpidas por edificiotes obscuros, ricamente columnados de mármol ó pórfido, ó por brechas cerradas con maderos y donde aun no hay construcciones, ó por casas en vía de erección, y que así, en inmensos bloques y por medio de mecanismos que funcionan admirablemente, se elevan á muchos metros sobre el nivel del suelo para dar entrada á dos ó más cuerpos nuevos, este Chicago parece á propósito para dejar en el cerebro la impresión y el recuerdo de una Babel de las regiones frías.

¡Y cómo van y cómo vienen y cómo parece que no se paran nunca los wagones, los carros, los coches, la gente, todo trabajosamente encajonado en el cauce de aquellas amplias calles y desbordándose en las esquinas con ímpetus de torrente y rumores de marea! Algunas veces tomábamos sin querer el paso de ataque de la corriente humana que nos comprimía y arrastraba; pero si alguna cosa logrará siempre un mexicano, es ser perozoso en medio de la actividad de un mundo, y vagar negligentemente en medio de cien mil individuos que corren montados y espoleados por el *jockey* impasible é implacable del amor al *dollar*. Nuestro compañero de paseo nos enseñaba en esta *Calle del Estado*, que yo creía que terminaba en San Luis Missouri, el límite á donde había llegado el incendio en 1871.

Y un recuerdo me bailaba en la memoria. A mí me hizo gran impresión este incendio, porque leí su descripción en *Le Journal des Débats*, cuya lectura fué para mí una necesidad desde que lo recibía el excelente y paternal anciano M. Guilbault, director peritísimo del *Liceo franco-mexicano*, en donde yo viví tres ó cuatro años. La descripción hablaba del inmenso primer tren de auxilio formado en New-York para socorrer á Chicago que ardía; éste partió á todo vapor y llegó á la ciudad incendiada, después de arrojar á su paso centenares de miles de llamamientos al pueblo americano, para que se aprestase á socorrer á la hermana abrasada: inútil es decir que esta voz no clamó en el desierto; fué oída. Al calor de estos actos de solidaridad humana, la enorme confusión de razas, lenguas y costumbres que se llama los Estados Unidos, ha logrado incubar un alma y esa alma es la Patria.

Poco antes de llegar á Chicago el tren paró; la vía atravesaba un bosque espeso que era presa en aquellos instantes de una formidable conflagración también. Obstáculo inesperado é insuperable. ¿Qué hacer? Pregunta del conductor: ¿los durmientes están quemados? Contestación: empiezan á quemarse. La excitación profunda que causa en el frío temperamento de los anglo sajones la presencia de un gran peligro, se ha convertido

en el yankee, en el deseo invencible de superar el obstáculo, poniendo de su parte, á fuerza de audacia, el azar, ó lo que llamamos así. El conductor del tren pronunció el *all right* sacramental y *go a head*.... adelante, adelante, adelante, besados, lamidos, mordidos por las llamas, sofocados casi, y adelante, adelante.... á todo vapor, á todo vértigo.... y llegó el tren á la inmensa hoguera de Chicago, saludado por un ¡hurra! sin término.

El escritor francés presentaba á los latinos este hecho como ejemplo; así, les dice, así debemos movernos, así se hace, así se vence. Es verdad, así hay que moverse para no quedarse atrás; hay que pasarse la vida moviéndose, moviéndose y moviéndose. ¡Qué vida tan hermosa y tan terrible esta vida yankee, Dios mio! Cuando Prevost Paradol, nombrado ministro de Francia en Washington, la vió de cerca, se pegó un tiro. El maestro Spencer (desde entonces lo quiero más), interpelado en un banquete en New-York para que, en virtud de sus observaciones, formulase un consejo al pueblo americano, contestó: este es mi único consejo: señores, sentáos.

*

El frío se acentuaba en aquellos postreros días de Octubre; muy agradable cuando se traduce por la cristalización de todas las moléculas de agua de la atmósfera y su precipitación en flores de inmaculada espuma, como hace dos días en la nevada del Niágara, ó muy sabroso cuando el aire inmóvil y glacial baja cual bloque inmenso y en él inmerge el cuerpo que se deja picar y morder voluptuosamente en la piel, y flota ágil y vivo en la masa aérea, como un nadador en el agua fría y transparente; pero abominable cuando el viento sopla y fustigan las ráfagas y parece penetrar en los tubos de los huesos, como el que nos regaló el Michigan, mientras en un ligerísimo carruaje recorríamos el Parque Jackson, en que floreció, en gigantesca flora de yeso, de piedra y de hierro, la Exposición, la *Feria del mundo*, como aquí la llaman, y que hoy es un campo de ruina, aunque

no de soledad; no hay modo, pues, de citar la Elegía á las ruinas de Itálica.

Un ejército de trabajadores recogía los restos de los efímeros y ostentosos palacios que el oro yankee aglomeró en breve tiempo á orillas del lago, y que en unas cuantas horas deshizo el incendio; por todas partes llenaban de escombros el vastísimo parque, fragmentos de madera, de hierro, de piedra artificial, que acá y allá formaban tristes montículos; avanzando un poco, vimos las enormes masas de hierro del Palacio de las Máquinas, deformadas y torcidas por el fuego, formando un brutal y espantoso conjunto, como si una mano satánica hubiera hecho un amasijo de zócalos, columnas, traves y techumbres, y con él hubiese bombardeado la tierra desde un círculo del Infierno. Más allá de aquellas torres Eiffel caídas y convertidas en tirabuzones, tomamos la vía monumental que conducía al primoroso laguillo que estaba al pie del edificio principal de la Exposición incinerado casi por la hoguera formidable; la estatua rígida de la República, que surgía del agua, está ahí todavía, despostillada y lúgubre; ahí están las grandes estatuas de animales que bordaban la vía; ahí el colosal *marino* y el enorme *labrador;* todo muestra ya la osamenta bajo su deleznable musculación de *staff;* todo va á desaparecer, todo está en agonía, ¡y qué agonía! la infinitamente lívida agonía del yeso y del cartón–piedra.

Un espectáculo angustioso: el convento de la Rábida, copiado con notable exactitud á orillas del Michigán para hacer más característica la Exposición Colombina, aun está en pie: alza tristemente en aquel crepúsculo de ópalo sus paredes que nacieron viejas y sus esquinas gastadas, y abre sus puertas y ventanas desnudas, frías y sin luz como los ojos de un cadáver..... Al pie del convento está amarrada una reproducción de la Santa María; la carabela no se balancea, no se mueve, parece un ataúd saqueado, quieto y lamentablemente solo, en aquel rincón abrigado del viento, que apenas plegaba las olas como un hálito fatigado de moribundo.

El cuadro era siniestro; parecía un naufragio en que se hubiesen complicado en lúgubre conjura el tiempo y el espacio, los siglos, el olvido, el desprecio, y aquel sitio mortuorio y aquel expirar de día de otoño. Los empresarios de la *Feria* llamaron á España para decorarse con ella, con el empeño con que los advenedizos colocan en sus salones un viejo mueble histórico; España coqueteó con aquel pueblo musculoso y robusto, de quien temía y preveía un ultraje supremo. Mandó sus tesoros artísticos y arqueológicos, todo lo que simbolizaba el mágico encanto de su pasado heróicamente aventurero: las carabelas de Colón, y todo cuanto encarnaba la gracia aristocrática de su presente: la princesa Eulalia; el robusto y brutal mocetón se quitó ante todo esto su gorra de marino, saludó y se sintió con más apetito que nunca.

Un pabellón alemán, un templo japonés, perfectamente conservados, bonitos y vulgares, formarán parte de la ornamentación definitiva de este parque, que va á ser poblado de árboles y flores, y será, de seguro, una maravilla dentro de pocos años. Lo más hermoso de todo cuanto perdonó el incendio y será consolidado y traducido en la eternidad de la piedra y del mármol, es este palacio de las Bellas Artes, en que un arquitecto europeo, según mis informes, sumó con verdadera elegancia y buen gusto algunas imitaciones muy puras de los monumentos helénicos; ese será el *Museo* artístico del Parque nuevo, superior, como aspecto, al famoso metropolitano de New–York, y soberbiamente situado entre jardines que sirven de marco al espejo vivo del lago.

*

Disponíamos ya de poquísimo tiempo; debíamos tomar el tren directo para el Paso antes de las nueve p. m., y el crepúsculo, la gran auréola pálida del sol, se había apagado en la sombra de abismo de la noche.

Tenía yo tal seguridad de no encontrar una sola estrella en el cielo, que ni por un momento tuve la ocurrencia de levan-

tar los ojos; prefería ver los primorosos juegos de luz eléctrica que los anunciadores multiplican en las calles. En un café de irlandeses, ó en donde cantaban irlandeses, hicimos alto. Una especie de cleriguillo pálido y ardiente como un jesuita regicida, declamaba más bien que cantaba una imprecación terrible contra los opresores ingleses: era la voz de la Irlanda norteamericana que recordaba el gran apóstrofe de Walt Whitman: «¡Oh! «Irlanda, ¡oh! anciana madre, una palabra: álzate del suelo sobre «que yaces abatida, con la frente hundida entre las rodillas; le- «vanta el velo de tus blancos cabellos en desorden, porque sá- «belo, Ese por quien lloras no está en esa tumba, es una ilusión; «el heredero, el hijo que amas no ha muerto aún; el Señor no «ha muerto; vigoroso y joven ha resucitado en otro país. Mien- «tras que llorabas junto á tu arpa rota, junto á tu arpa regia mu- «da ya sobre este sepulcro, el que llorabas había sido transpor- «tado á lo lejos; vientos propicios lo empujaron por la mar, y hoy, «henchidas las venas con sangre de nuevo joven, prospera y crece «gigante en la tierra de una patria nueva».

Salimos, y en la primera encrucijada que atravesamos, presenciamos un espectáculo con que ya estábamos familiarizados; en New–York habíamos asistido á él con frecuencia mis compañeros y yo.

Un grupo de seis ú ocho personas se habían instalado bajo un fanal eléctrico; treinta ó cuarenta circunstantes formábamos el obligatorio público de bobos con que cuenta toda manifestación al aire libre. Los actores de esta pequeña comedia característica, eran verdaderos tipos de impavidez: uno de ellos llevaba una bandera, otro un fanal semi–chinesco, el tercero un banco que pudiera servir de tribuna, otros dos tocaban sendos acordeones; cada uno de estos individuos era, al mismo tiempo, orador, corista, músico y porta–faros ó porta–estandarte. Era una sección del *salvation army*, del ejército de salvación; en aquellos momentos trescientos ó quinientos grupos idénticos á éste funcionaban en Chicago. Después de un himno ó salmo cantado con la música de uno de los aires en boga, sube uno de los

ocho individuos; todos llevan una especie de uniforme que consiste en una levita larga en guisa de sotana y un casquete como los de los jockeys ó ciclistas, y prorrumpe en un discurso lento primero, precipitado y vehemente al fin: tal fué el que nos tocó oír. Pintó el orador los estragos cada vez mayores que el vicio hacía en Chicago, é invitó á los que oían á filiarse en el ejército de salud. Después del discurso los dos individuos que delante del orador mantenían tendida la bandera americana, recogieron su lienzo, moviéronse los acordeones de lo lindo, el faro se levantó en alto, el jefe ó capitán entonó una ferviente jaculatoria á que hicieron todos coro con la música del *after the ball*, y después de recibir algunos óbolos, entre ellos los nuestros, continuaron su excursión.

Tengo muy pocos instintos militares; cuando leí *El Consulado y el Imperio*, me creí general; ¡qué diablo! M. Thiers, era un Mariscal de Francia, sin haber esgrimido en su vida otras armas que la lengua, la pluma y el tenedor; tan general me creí, que un general de veras, mi respetable amigo el Sr. Berriozábal, estuvo á punto de hacerme coronel provisorio durante el período en que el Sr. Iglesias se empeñó en constitucionalizar la oposición invencible del país á la reelección de un ilustre y obcecado república. Pudo hacerme coronel, soldado nunca. Pero admiro á los soldados en el sacrificio, me encantan en forma de defensores heróicos de las causas buenas, y á veces hasta de las malas; son mi delicia desfilando pintorescamente al son de las fanfarrias bélicas, y les tengo cariño bajo las especies de alumnos del Colegio Militar. Y me parece digna de loa esta idea de un barbón puritano inglés, Mr. Booth, de redimir del vicio á la sociedad, formando, por medio de una música de quinto orden, de una elocuencia de sexto, y de un desprecio al ridículo de primera calidad, una gigantesca guardia social que cuenta sus soldados por centenares de mil, que arrostra las lapidaciones de las multitudes y las censuras de los sabios y los prudentes.

Las ciudades de Europa y los Estados Unidos han silbado despiadadamente las procesiones ruidosas del Ejército de salvación,

arrastrado por el lodo sus banderas de Circo, despanzurrado sus tambores y apedreado sus insignias. Bien ¿por qué? Convengo en que esa promiscuidad de entusiasmos súbitos de hombres y mujeres en favor de la regeneración social, y la forma que toman, se presta á la explotación de unos muchos por unos cuantos. ¡Vaya una novedad! Casi, casi pudiera decirse que esta es la forma de toda organización social, y el Siglo que ha inventado las sociedades anónimas, no puede arrojar la primera piedra. Yo me siento desarmado ante la tenacidad de estas valientes prédicas contra la borrachera y la prostitución. . . .

En un café de gente *non sancta* en Chicago se presenta una muchacha bonita, una antigua hetaíra; risas generales, curiosidad unánime; la muchacha sube tranquilamente á una mesa, toca en su violín una sonata tierna de esas que conmueven mucho á los sajones: murmullos; la muchacha en seguida cuenta su historia (la historia de Magdalena), é invita, con la voz impregnada de sollozos, á sus antiguas compañeras á hacer lo mismo que ella: silencio general.

A eso me resigno ante esta asociación ya enorme y rica y tolerada, ya no silbada, ya no lapidada, al silencio. ¡Ay! el silencio; pensar en el silencio teniendo en perspectiva cinco días de ferrocarril contínuo, es un horrible suplicio.

LA POSTRER JORNADA

No había más remedio; yo he sido siempre hombre muy formal, hasta cuando fuí poeta—sabido es que en los poetas la informalidad es profesional,—yá fuer de formal tenía que cumplir mi compromiso de abrir un período de exámenes de historia el día cuatro de Noviembre, y el día cuatro de Noviembre debía estar y estuve en México; me fué sensible arrastrar en pos mía á mi inmejorable compañero de viaje, y dejar de visitar *Pullman City*, ciudad–fábrica que deseaba ver desde que el excelente Doctor Licéaga me hizo una pintura admirativa de ella, á la vuelta de su primer viaje á estas comarcas en compañía del General Díaz y su familia.

No había remedio; nos despedimos del amabilísimo Felipe Berriozábal que nos había acompañado de una estación á otra, dentro de Chicago misma, y adelante. Entré valientemente en mi camarote con ánimo de dormir; pero como no se duerme con el ánimo (¿con qué se duerme?) me entregué á la contemplación del paisaje que resultaba pensado más bien que mirado, gracias á una luna pudorosamente arrebujada en los primeros celajes

del invierno. Y la tela sin fin que se desarrollaba ante mis cristales era tan igual, tan igual, tan igual, que acabó por hipnotizarme; praderas sin término, como que el Illinois ha sido llamado el Estado Pradera.

¿Praderas sembradas? ¿cultivadas? Supongo que sí; á veces pasábamos un puente, de improviso cruzábamos un charco, laguneta ó cosa semejante, sobre grandes estacas; acá y allá parecía que la luna había dejado caer un trozo de su cristal al suelo: era nieve congelada desde el día anterior. Grupos de farolas eléctricas manchaban de luz la bruma, y, con la rapidez de nuestra carrera, las veíamos formar ruedas en movimiento, girándulas fantásticas de brillo lastimador. Esta llanada inmensa del Illinois con su cintura de lagos y de ríos, es un granero inagotable en el suelo y un hullero inacabable en el sub–suelo; el territorio de los Estados Unidos, me decía yo casi durmiendo, podía representarse por una serie de billetes de loteria premiados con el premio gordo ....

*

Desperté corriendo en línea recta hacia el Missuri, rumbo á Kansas City; lo que había entrevisto en la noche, lo veía ahora y seguía no divertiéndome. Aquel paisaje suculento, me parecía una enorme foja de expediente de estadística, hecho más bien con datos que con colores, un paisaje de economía política, en fin. Sólo Bulnes con su prodigiosa fantasía ha podido encontrar el modo de hacer pintoresca la estadística y fingir policromías orientales con columnas de guarismos; en cambio, un poeta *de fond en comble*, Luis Urbina, hace años que se bate con las sumas de la septima sección del ministerio de Hacienda, sin poder hallarles consonante. Estos gravísimos pensamientos me traían, por fáciles asociaciones de ideas, el recuerdo de la Patria.

El Señor Romero había tenido la bondad de enviarme periódicos de México que aún no leía yo .... Lo hice con cierta emoción. ¿Y cómo no? En uno de ellos me encontré un discurso de un mi antiquísimo amigo, en que me retrataba, digiriendo mi

sueldo de flamante magistrado á orillas del Niágara .... Por más que esté uno acostumbrado á estos afectuosos recuerdos de los amigos, aquel me trajo las lágrimas á los ojos.

Pasamos el Missuri; á nuestra vista, un poco lejos, brillaba Kansas City, una ciudad doble que está parte sobre el Missuri y parte sobre el Kansas; que nació ayer y nació de golpe con sus edificios, sus fábricas, sus tranvías, sus *rastros* que rivalizan con los de Chicago, etc. ¿Quereis, lectores, que os la describa? Nada más fácil; aquí á mano tengo una buena descripción hecha por un viajero, y *Kansas City* es muy conocida por los *turistas* mexicanos. Pero yo no la ví sino de paso: *Kansas City*, nos dijo el negro que nos servía en el carro–comedor .... ¡Ah! .... Hasta luego, repusimos, y seguimos comiendo. De esta prosaica manera pasamos por el centro geográfico de los Estados Unidos, por el ombligo de la Federación, como habría dicho Esquilo.

*

Un amigo mío decía que percibía el movimiento de rotación de la Tierra, y que eso lo tenía neurasténico (no se decía así cuando vivía mi amigo, pero esto me quería decir) y cansado de la vida; ya lo creo; me figuro su tormento, pensando en el suplicio mío. Tengo á la vista un paisaje que no dice nada, un cielo de acuarela de principiante y una luz cualquiera, una luz chillona y dominguera sin carácter, sin estilo, sin chiste, y vamos corriendo, corriendo, corriendo por este desierto sin dignidad y sin gracia y hasta sin melancolía; y así, inmóviles y moviéndonos furiosamente á la vez, sentimos que el fastidio nos lleva al idiotismo; quisiéramos parar, quisiéramos correr por nosotros mismos, digámoslo así; quisiéramos no asistír á este implacable desmenuzamiento de nuestra personalidad en el espacio, en la distancia.

El tren seguía devorando millas, mascándolas con sus enormes mandíbulas de fierro, cuyo chocar perpetuo nos dilaceraba los nervios, y digiriéndolas y excretándolas instantáneamente

en forma de solitaria sin fin dobladillada de acero. Por el día, casi blasfemando decía yo: ¿nos pararemos, con mil diablos? Y por la noche, cuando volvía á la conciencia de mí mismo, después de algunos momentos de entresueño, clamaba: ¿nos pararemos Dios mío? Y era la voz que clamaba en el desierto.

Cuando amaneció *el día de muertos*, la forma de los celajes indicaba la proximidad de las montañas; allí estaban efectivamente, y si hubiera tenido humor de ver algo, las habría percibido desde que pasamos el Arkansas y llegamos á *las Vegas*, en Nuevo México. Yo no cambio las montañas por la mar; pero cuando no hay mar, ¡oh! dioses, montañas, sí, montañas, no un mar de tierra! Las Rocallosas cortaban con sus perfiles extraños el horizonte á nuestra derecha; el río Pecos y el Río Grande (Bravo) bañan unas zonas exíguas de estas áridas comarcas; entramos de nuevo en el país de la sed. ¿Pero cómo vinieron aquí los habitantes de los grandes *pueblos*, grandes como ciudades, que han dejado tantas monótonas y tristes y curiosas ruinas en este cuadrilátero neo–mexicano? ¿Cómo creció y se multiplicó aquí, entre la civilización rudimentaria de los *mount–builders* y la civilización plena de los *nahoas* de nuestra Mesa Central, este hacinamiento de grupos sedentarios y agrícolas que ha dejado regada con los vestigios de su alfarería la área enorme de Utah, de Arizona, de Nuevo México? ¿Será cierto que el blanco trajo aquí la sed con la tala implacable del bosque; la sed y la muerte? Sí, esto parece el cementerio de las razas. Allí arriba, en las oquedades de las sierras que nos acompañan en procesión fantasmagórica, están los depósitos de agua, *las tinajas*, y acá abajo está la admirable tierra acarreada por los torrentes pluviales de las montañas desnudas ya, y que debe de ser asombrosamente fértil, que lo es en cuanto, como en *las Vegas*, la toca el agua. Ya el *yankee* emprendedor puso su ojo y su espíritu frente al problema de la irrigación de esta comarca; ya puso la mano y el *dollar* en la solución del problema, lo que quiere decir que será resuelto indefectiblemente, aquí primero y en México después.

Para mi compañero y para mí, él de estómago exigente y de exigente paladar yo, el problema consistía en huír de las fondas en donde, en un mismo plato, se comen diez indefinibles manjares de esos que provocan, en los comienzos mismos de una encrespada digestión, esta pregunta: ¿qué fué lo que comimos? Pero para realizar esta fuga, era preciso ¡ay! caer en la cocina de carne y de legumbres conservadas del *buffet* de los carros dormitorios, si sabrosa al paladar, fatal al estómago y mortal al bolsillo. Pero no había remedio, por ello nos decidimos; por ocho ó diez pesos mexicanos tomamos un plato de *corned beef*, otro de *Boston–beans* con tocino, unos espárragos y una botella de Zinfandel de California, de sabor ligeramente farmacópico.

*

Al mediar el día llegamos al *Paso;* el Bravo nos pareció un poco menos manso aquí que en *Eagle–Pass* á nuestra salida de la República, hacía más de un mes. Nuestro viaje había concluído; el territorio que íbamos á pisar, vasto, despoblado, inculto en su mayor extensión, ejercía sobre nosotros una fascinación extraña, completamente subjetiva, pero absolutamente dominadora; nos parecía que allí, en la orilla derecha de este río que completa los límites geodésicos que estos fuertes nos impusieron en 48, estaba reconcentrada en un puñado de tierra toda la República nuestra, toda la Patria nuestra aún. Y un latido de emoción, y un conato de lágrimas nos invadió instantáneamente; en silencio tomamos nuestras maletas, y con ansiedad singular, como si hubiésemos estado ausentes cien años, entramos en el wagón que nos condujo á lo largo de un hermoso puente, desde la aduana del Paso Texas á la del Paso Juárez. Cosa extraña, venía yo del país de la libertad y me parecía que la recobraba al salir de él; la enorme actividad, la obra enorme del pueblo de que me separaban cincuenta metros ya en aquel instante, me había hecho en el espíritu el efecto que diez arrobas de acero sobre el pecho.

Bajamos del wagón frente á la aduana mexicana, y caí en los brazos de Javier Osorno, tan feo como yo, pero ¡tan correcto, tan elegante, tan *último corte* en el traje y tan bien barnizado en la piel de Rusia del borceguí rojizo como bien tendido en la piel de Suecia de los guantes *marrón* abotonados de oro! ¡Me dió un gusto verlo! Y al gordo y simpático Bauche, administrador de la Aduana, y al bizarro Marcelo León con su cara de último Abencerraje, y su noble corazón de amigo y de papá. ¡Oh! qué placer encontrarse de buenas á primeras con tanta buena gente, y tan amable, tan franca, de idioma tan dulce como las uvas de miel de los viñedos cercanos! Me despedí con tristeza de estos viejos amigos, y á las cinco de la tarde emprendimos el camino de México, reingresando en los Estados Unidos, que allí estaban bajo las especies del eterno *Pullman–car*, á través del Imperio Chino, en forma de cocineros chinos y de manjares que merecen serlo.

Blindémonos, pues, de paciencia y de sueño . . . .

¿Y contra el polvo, qué blindaje hay? Hay uno; leo en este instante que un señor Green, hijo de la famosa archimillonaria Hetty Green, ha inventado el modo de colocar en las ventanillas de los wagones dos hojas de tela metálica finísima, entre las que hace pasar una corriente de agua vaporizada por un ventilador, y ¡adiós calor! y ¡adiós polvo! Sí, pero ¿cuándo se aplicará á los wagones mexicanos esta invención bendita? La noche aplacó el polvo y nos aplacó los nervios.

*

¿En dónde diablos encuentran mis jóvenes amigos los simbolistas, delicadísimos artistas que tienen la espeluzante manía de escandalizarnos á los románticos viejos y á los viejos académicos, con giros, conceptos y vocablos, que en el fondo son inofensivos, convengo en ello, pero que de pronto atemorizan como ojos de gato vistos en la sombra; en dónde, digo, suelen hallar esas metáforas tan voluptuosas, tan tristes, de contornos imprecisos, esfumados por el ensueño, que les sirven para traducir la sensación de la noche? De molde me vendría ahora una de esas

metáforas; mas no de las que expresan el afán de infinito y de vuelo que fluye de las noches trágicas, en que el relámpago revela la pasmosa cantidad de luz latente en la sombra; no tampoco de esas que parecen compuestas de tiniebla, de abismo y de anhelo doloroso de más allá, ni de esas que producen algo así como la fugaz intuición del Universo y que nos hacen adivinar que las constelaciones son hieróglifos sin clave, por desventura. No, nada de esto: quisiera una figura, un tropo que trasladara á la palabra, por comparación, la misteriosa impresión de paz sepulcral que derrama desde su globo deslustrado esta divina veladora de la noche y que expresara cómo nos sustrae de lo material y de lo que pasa, la claridad de la luna, lentamente trasvasada al alma, mientras su resplandor frío parece congelar las estrellas y apagarlas luego en lentas agonías.

El tren había anclado en pleno desierto á las nueve de la noche, con la locomotiva rota; antes de dos ó tres horas no llegaría la que se había pedido al Paso. Aprovechando la forzosa inmovilidad de los carros, los pasajeros se habían dedicado á dormir, aunque no á pierna suelta, cosa que ni ese Puck que se firma Micrós, lograría en un *sleeping–car*.

Uno de los conductores y yo nos echamos á andar vía adelante, pisando (sin retruécano) las cabezas de los durmientes. A quinientos metros el tren me parecía uno de esos colosales cetáceos de los mares geológicos, varado en las playas del tiempo, que nos seguía con su ojo de llama en aquellas soledades amortajadas por la luna.

Mi compañero, que parlaba sin miedo y sin descanso un español capaz de sacar callos, por erizado de guijarros, sintió la influencia enmudecedora de la noche, y, respetando mi silencio, me hizo el obsequio del suyo; la verdad es que daba miedo interrumpir el de la inmensidad. Habíamos andado dos kilómetros, nos detuvimos; mi compañero colocó su linterna en el suelo y nos sentamos sobre unos troncos medio carbonizados, restos de una antiquísima fogata de campamento ferroviario. Delicioso momento psicológico; sentía que la conciencia difundida en to-

do mi ser, se reducía, como el dolor bajo la influencia de la morfina, á un solo punto casi imperceptible; mi *yo* descansaba en la invisible punta de aguja del átomo y parecía que iba á reabsorberse en el Todo. Y el campo que la conciencia abandonaba, lo ocupaba no sé qué fuerza ó qué energía esparcida en el Cosmos; sentía que eso que se llama la naturaleza, la vida universal, compuesta de indefinido número de muertes parciales, se enseñoreaba de mí. Y esta lucubración no será correcta en Epsicología (¡oh! cruel Academia) y temo el seño fruncido de mi sabio Ezequiel; pero ¡qué fruición deliciosa! Por desgracia esta catalepsia del espíritu, esta iniciación en los supremos goces del Nirvana, es fugaz; la imaginación, que sigue automáticamente su trabajo de combinar en nuestro espíritu nuevas y viejas placas fotográficas, excita de nuevo la actividad de nuestro *yo* casi perdido, y lo hace reentrar en el torbellino de las impresiones y de las ideas. ¡Oh! la imaginación, la loca de la casa.

*

Por aquí, trepando por esta rampa de centenares de leguas que sube majestuosamente á las *Mesas* mexicanas, ó serpeando por las cordilleras que forman sus bordes titánicos, han marchado sin cesar las razas aborígenes hasta que quedaron comprimidas, y velozmente ahogadas ó lentamente atrofiadas, por las dos corrientes de las razas blancas. Unas no renunciaron jamás al movimiento, es decir, á la libertad, y del Chichimeca al Piel Roja, han ido y venido estrellándose en las ciudades que la religión creó para los sedentarios en torno de los teocalis sagrados. Otros. . . .

No, mis lectores se dormirán sobre estas hojas postreras con otro motivo, no con el de que les haya traidoramente deslizado una meditación histórica para *cerrar con broche de oro*, como se dice en literatura de brindis, este viaje. Pero sí me perdonarán (ó no me perdonarán, es lo mismo) que yo acabe por dos minutos de examen de conciencia. Así deben acabar todas las jornadas de que la vida se compone, según Pitágoras, Séneca,

Marco-Aurelio y San Agustín,—verifíquense las citas.—¿Qué he sacado de mi viaje á los Estados Unidos? Poco, nada. ¿Supe ver? Apenas. ¿Supe mirar? ¡Tampoco! ¿Supe discernir? No pude. ¿Qué me queda? ¿Cómo me explicaré? Me queda una especie de zumbido de oídos en el espíritu; una especie de visión apocalíptica, una serie de fragmentos de una espiral de fierro, cuyas vueltas ocúltanse en las brumas del horizonte y cuyos extremos se pierden, arriba en la irradiación del cielo, y abajo en la noche del infierno. . . . Por esos fragmentos de tramos corre la gente sin cesar, sin cesar, *go a head*, *go a head*. . . .

No; vengamos del Apocalipsis á la Tierra; si yo pudiera personificar á este pueblo, del modo que me lo figuro siempre, lo pintaría en forma de atleta, de púgil, listo para romper los huesos de los Corbett ó Fitzsimons que se le pongan delante. ¡Vamos á ver! Helo aquí plantado. Hagamos como las *misses* de New-York ó de Boston, que, siguiendo el ejemplo de la riquísima Mrs. Jack Gardner de Boston, la amiga de Paul Bourget, se entregan á una *personal examination* de los músculos de los boxeadores. Este es admirablemente desarrollado: cuello, brazos, piernas, torso y dorso, protuberantes de músculos duros, se amontonan bajo la turgencia de la piel blanca, enrojecida por las duchas frías y dorada por el sol. ¿Y la cabeza? Desarrollada por la voluntad. ¿Y el rostro? Armado de ojos duros y de mandíbulas de fierro por el apetito insaciado. La vida mental y la alimentación *à outrance* enfermarán del estómago á este atleta, lo harán neurasténico y vendrán terribles desequilibrios. Ved los pródromos: una democracia que aspira á la gloria militar y caerá en el cesarismo; una democracia facticia que está dominada por una plutocracia de cuatro mil millonarios, que la tiene á sus pies y de quien, sumisa ó rabiosa, es esclava. Una plutocracia que quiere conjurar el odio de cincuenta millones de pobres, dándoles la limosna de los hospitales, de los asilos y de maravillosos institutos de instrucción pública, que pondrán armas terribles en manos de sus adversarios. . . . Y las mujeres deseando ser hombres para luchar también por la vida, es de-

cir, por el lujo y el comfort, y corriendo al través del matrimonio y del divorcio como en un *steeple–chase*, para conseguir una felicidad sin reposo, sin hogar, sin alma. . . .

Todos estos pesimismos me vienen de los libros que he leído sobre la sociedad americana, son *librescos*; yo no ví bien, entreví un gran pueblo. . . . y adquirí una convicción, que la libertad es un aire respirable.

*

Una horda, no de chichimecas, sino de coyotes que ululaban como hienas, nos hizo volver de prisa al tren, y media hora después, el tren volaba, recuperando el tiempo perdido. Adios, pués, ¡oh! tierra de lo repentino, de lo colosal, de lo estupendo; naciste ayer y has crecido en una hora; brotan tus ciudades en los pantanos, en los desiertos, en los bosques, como pasmosos hongos de hierro. Me voy á la tierra de las horribles chozas de adobe, de las casas bajas, *banales* y sin comfort; á la tierra de las personas lentas, negligentes, anémicas; de la temperatura enervante y dulce, del cielo tramado de luz. Esa tierra á donde voy me gusta más; pobres, pequeños é inactivos, los pueblos á que pertenezco se han apropiado un lote mejor en la batalla de la vida; á hormiguear indefinidamente en torno de migajas, hemos preferido cantar al sol como las cigarras de la fábula. ¡Bah! séamoslo siempre, cantemos siempre, puesto que todo es ilusión.

Sólo el amor es cierto, con su divina certeza de un minuto. Mañana borraré con mis besos las lágrimas de los rubios que me aguardan en mi hogar, y cambio feliz los millares de sensaciones que he resentido en mi rápido viaje, por la emoción de mañana.

ÍNDICE

	PÁGS.
De Buenavista al Bravo.	7
Del Bravo al Mississippi	19
New–Orleans	27
Á New–York por Atlanta.	39
La Ciudad Imperio	51
In excelsis	63
Por abajo	75
La vita buona	87
De paseo–Bowery	99
Colón–Cervantes	111
Washington	121
El Capitolio.—Paseando	131
Por Baltimore	141
Arte.	151
Arte.—¿Arte?	161
Niágara.	171
De Niágara á Chicago	181
Carne	191
Ruinas.	199
La postrer jornada	207